

A detailed illustration of a space station in space. The station is a complex structure with multiple modules, solar panels, and antennas. It is set against a vibrant, colorful background of a nebula or galaxy, with streaks of light and stars. The station is shown from a perspective that suggests it is orbiting a planet, with a portion of the planet's surface visible at the bottom.

# SABOTAJE EN EL ESPACIO

**Serie Cadete Espacial 7**

CAREY ROCKWELL

CLÁSICOS DE CIENCIA FICCIÓN # 9

# Créditos

Título: **Clásicos de Ciencia Ficción - núm. 9**

- Sabotaje en el espacio

(Versión gratuita en español. Prohibida su venta.)

Traducción: Google

Edición: Artifacts, septiembre 2021.

Ebook publicado en [Artifacts Libros](#)

\_\_oOo\_\_

Obra Original de **Carey Rockwell** con Copyright en el Dominio Público.

**Sabotage in Space** (Grosset & Dunlap Publishers New York, ©1955. Rockhill Radio)

Texto en inglés publicado en [Proyecto Gutenberg](#) el 6 de junio de 2006.

Texto en inglés revisado y producido por Greg Weeks, LN Yaddanapudi y el [Online Distributed Proofreading Team](#).

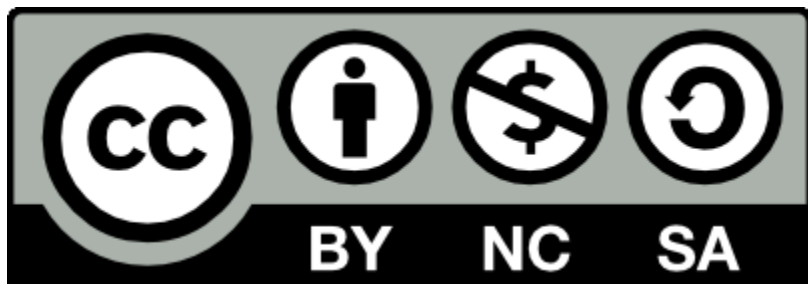
---

# Licencia Creative Commons

Clásicos de Ciencia Ficción - núm. 9 se publica bajo Licencia CC-BY-NC-SA 4.0 <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

Si quieres hacer una obra derivada, por favor, incluye el texto de la sección de Créditos de este eBook.

## Licencia CC-BY-NC-SA



Esto es un resumen inteligible para humanos (y no un sustituto) de la licencia, disponible en Castellano. Advertencia:

### Usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y crear a partir del material.
- El licenciador no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.
- **Bajo las condiciones siguientes:**
- **Reconocimiento:** Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- **No Comercial:** No puede utilizar el material para

una finalidad comercial.

- **Compartir Igual:** Si remezcla, transforma o crea a partir del material, deberá difundir sus contribuciones bajo la misma licencia que el original.
- **No hay restricciones adicionales:** No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.

# Sobre la serie Cadete Espacial

[Tom Corbett](#) es el personaje principal de la serie de historias "Cadete Espacial" (*Space Cadet*) que se presentaron en radio, televisión, libros, tiras ilustradas y comics en la década de 1950.

Las historias siguen las aventuras de los cadetes Corbett, Astro y Roger Manning (más tarde llamado TJ Thistle) mientras entrenan para convertirse en miembros de la Guardia Solar. La acción tiene lugar en las aulas de la Academia y en sus dependencias, así como a bordo de la nave de entrenamiento (el crucero espacial Polaris) y en mundos alienígenas, tanto dentro del sistema solar como orbitando otras estrellas cercanas.

Curiosamente, la serie comenzó en 1949 como una radionovela y luego como una serie de televisión y cómic antes de pasar por fin al formato libro. La serie de libros comenzó como un enlace al personaje con tramas que se hacían eco de los guiones de radio, más que de los de la televisión o los cómics.

El asesoramiento técnico para las novelas fue proporcionado por Willy Ley, uno de los principales expertos en cohetes a reacción de la década de 1950, y también escritor de ciencia ficción, conocido tanto como ser una voz clave que instaba el desarrollo de la exploración espacial en los EE. UU. como autor de innumerables artículos de revistas y libros, incluidas contribuciones en otras series.

*Grosset & Dunlap* publicó su octavo título en 1955/56, marcando el final efectivo de la serie en radio, televisión y los libros.

## Novelas traducidas al castellano

Novelas traducidas entre junio y agosto de 2021.

- [Clásicos de Ciencia Ficción #3](#) ¡En espera hacia Marte! (Stand By For Mars!, 1952)
- [Clásicos de Ciencia Ficción #4](#) Peligro en el espacio profundo

(Danger in Deep Space, 1953)

- [Clásicos de Ciencia Ficción #5](#) Tras el rastro de los piratas espaciales (On the Trail of the Space Pirates, 1953)
- [Clásicos de Ciencia Ficción #6](#) Los pioneros espaciales (The Space Pioneers, 1953)
- [Clásicos de Ciencia Ficción #7](#) La revuelta en Venus (The Revolt on Venus, 1954)
- [Clásicos de Ciencia Ficción #8](#) Traición en el espacio exterior (Treachery in Outer Space, 1954)
- [Clásicos de Ciencia Ficción #9](#) Sabotaje en el espacio (Sabotage in Space, 1955)
- [Clásicos de Ciencia Ficción #10](#) El Reactor Robot (The Robot Rocket, 1956)

# Sobre el autor

**Carey Rockwell** es el seudónimo bajo el cual la editorial *Grosset & Dunlap Publishers New York* publicó las novelas de la serie del Cadete Espacial, con Willy Ley como asesor técnico.

Se desconoce el verdadero nombre del escritor original de estas novelas y, de hecho, se cree que los textos no fueron escritos por una única persona. Es probable que las historias fueran inventadas por un grupo de escritores contratados por palabras o que ya colaboraban con la editorial en otros proyectos, esporádicos o no.

Ahora bien, también es muy posible que las novelas de Tom Corbett fueran todas escritas por el propio **Joseph Lawrence Greene** (1914-1990), autor estadounidense de novelas y cuentos de ciencia ficción entre cuyas creaciones más familiares se encuentra *Tom Corbett, Space Cadet*. Siendo un escritor prolífico, también contribuyó con numerosas historias a los cómics y fue editor para la editorial *Grosset & Dunlap* mientras escribía bajo varios seudónimos que incluían, supuestamente, el seudónimo de la casa "Alvin Schwartz" y también "Richard Mark", y usando diversas variaciones de su propio nombre ("Joseph Lawrence", "Joe Green", "Joseph Verdy", "Larry Verdi", "Lawrence Vert"), que ejemplifica tales juegos de palabras en idiomas extranjeros para "Green" como "Verdy", "Verdi" y "Vert".

La autoría de la serie no está muy bien documentada, pero las sugerencias incluyen al propio Greene, editor de la serie, también como escritor. Otra posibilidad nombra al autor de *The Cincinnati Kid*, Richard Jessup, como candidato a la autoría de las novelas de Corbett.

# **Sabotaje en el espacio**

**por**

**Corey Rockwell**



# Capítulo 1

"¡Bong-g-g! ¡Bong-g-g! ¡Bong-g-g! -"

Con un sonido retumbante y hueco que recuerda a las antiguas torres de reloj de los siglos XVIII y XIX, el tono de la hora electrónica sonó desde la Torre de Galileo, dando la hora de las nueve. Mientras las notas reverberaban sobre la vasta extensión de la Academia Espacial, EE. UU., Las luces de las ventanas de los dormitorios de cadetes comenzaron a parpadear y las aceras que cruzaban el campus, conectando los distintos edificios, se detuvieron con estruendo. Cuando la última nota lúgubre había desaparecido para morir en las colinas distantes, la escuela estaba oscura y silenciosa. El único movimiento que se podía ver era el lento paso de los oficiales de guardia de cadetes, patrullando sus ritmos; el único sonido, el chasquido medido de sus botas sobre las tiras de metal de las aceras.

En el lado norte del cuadrángulo cerca de la Torre, un joven oficial de guardia se detuvo frente a uno de los dormitorios y examinó las ventanas oscurecidas del edificio de cristal y duracero. Satisfecho de que todo estaba en orden, continuó su camino solitario. Un momento después, una figura en sombras surgió de los arbustos frente a la entrada del dormitorio y dio un paso adelante rápida y cautelosamente. Haciendo una pausa en la acera para mirar fijamente al oficial de guardia desaparecido, la figura fue iluminada por la tenue luz del vestíbulo de entrada. Era un joven que vestía el uniforme azul real de un cadete espacial. Alto y enjuto, con rasgos cuadrados coronados por una mata de cabello rubio muy rapado, estaba parado sobre las puntas de sus pies, listo para moverse rápidamente en caso de que apareciera otro oficial de guardia.

Después de una rápida mirada a su cronómetro de muñeca, el joven cadete cruzó la acera hacia el portal de cristal transparente del dormitorio. Vacilando sólo lo suficiente para asegurarse de que el pasillo interior estaba despejado, deslizó el portal para abrirlo, se metió dentro y corrió por el pasillo hacia un gran panel negro en la

pared cerca del pie de las escaleras deslizantes. En el panel, en cinco largas columnas, estaban las placas con los nombres de cada cadete alojado en el dormitorio y al lado de cada placa había dos palabras, IN y OUT, con una pequeña pestaña que encajaba sobre una de las palabras.

De los ciento cincuenta cadetes en el dormitorio, ciento cuarenta y nueve fueron marcados como IN. El cadete esbelto y rubio lo hizo rápidamente por unanimidad, extendiendo la mano hacia la pestaña junto al nombre de Roger Manning y deslizándola para tapar la palabra FUERA. Con una última mirada final a su alrededor, corrió escaleras arriba, sonriendo en secreto triunfo.

En la habitación 512 del quinto piso del dormitorio, Tom Corbett y Astro, los otros dos cadetes que, con Roger Manning, formaban la famosa unidad Polaris del Space Cadet Corps, estaban muy concentrados en sus estudios. Aunque la orden de apagar las luces se había dado por el sistema de altavoces del dormitorio, la lámpara del escritorio ardía intensamente y había una manta sobre la ventana. Los chicos de la unidad Polaris no estaban solos en su desobediencia. En todo el dormitorio, las luces estaban encendidas y los cadetes estudiaban en secreto. Pero todos se sentían bastante seguros, porque los oficiales de guardia de cadetes en cada piso estaban ansiosos por estudiarse a sí mismos y se hicieron de la vista gorda. Incluso el oficial de la Guardia Solar del día, a cargo de todo el dormitorio, simpatizó con sus esfuerzos e hizo mucho ruido innecesario durante sus rondas nocturnas.

Con su cabello castaño rizado cayendo sobre su frente, Tom Corbett frunció el ceño en concentración mientras mantenía los audífonos de su máquina de estudio apretados firmemente a sus oídos y escuchaba una conferencia grabada sobre astrofísica mientras se desenrollaba del carrete de estudio giratorio. Como cadete de mando de la unidad Polaris, se requería que Tom supiera más que simplemente su deber particular como piloto de una nave espacial. Tenía que estar familiarizado con cada fase de los viajes espaciales, con un conocimiento práctico de los deberes de todos sus compañeros de unidad.

Astro, el oficial de la cubierta de energía de la unidad, caminaba de un lado a otro entre las literas como un oso enorme y descomunal,

murmurando para sí mismo mientras trataba de memorizar la tabla de tiempos de reacción de los motores de los cohetes. Aunque el enorme cadete de Venus era un genio en todas las tareas mecánicas y capaz de trabajar con herramientas de la misma manera que un cirujano trabaja con instrumentos, tuvo grandes dificultades para aprender las teorías y las razones científicas de todas las cosas que hacía instintivamente. De repente, Astro se detuvo, miró su cronómetro y luego se volvió hacia Tom.

"¡Oye Tom!" él llamó. "¿Dónde está ese idiota, Manning?"

"¿Eh?" respondió Tom, quitándose uno de los auriculares de sus oídos. "¿Qué dijiste, Astro?"

"¿Dónde está Manning?" reiteró Astro. "Son diez minutos después de que se apagaron las luces."

"Iba a conseguirnos esos carretes de estudio, ¿no?" musitó Tom.

"Ya debería haber regresado," gruñó el venusiano. "La biblioteca cerró hace una hora. Además, no podría haber conseguido esos carretes. Todos los demás cadetes de la Academia están detrás de ellos."

"Bueno, es un bromista bastante ingenioso," suspiró Tom, volviéndose hacia la máquina de estudio. "Cuando va tras algo, lo consigue por las buenas o por las malas."

"Es la parte del maleante lo que me molesta," refunfuñó Astro. "Además, si el O.D. lo pilla fuera de los cuartos, estará estudiando mientras limpia el comedor."

De repente, la puerta de la habitación se abrió de golpe y se cerró de golpe. Tom y Astro se giraron para ver a su compañero de unidad desaparecido recostado contra el marco de la puerta, sonriendo ampliamente.

"¡Roger!"

"¿Dónde has estado? ¡Maldita sea!"

Tom y Astro saltaron hacia adelante y hablaron al mismo tiempo. El

cadete de cabello rubio simplemente los miró con pereza y luego se acercó tranquilamente, sacando seis pequeños carretes de estudio de sus bolsillos.

"Querías estos carretes de estudio, ¿no?" dijo arrastrando las palabras, dando a sus compañeros de unidad tres cada uno. "Sé mi invitado y estudia como un loco."

Tom y Astro leyeron rápidamente los títulos de los carretes y luego miraron a Roger con asombro. Eran los que necesitaba la unidad para sus exámenes finales, los que necesitaban todos los cadetes.

"Roger," preguntó Tom, "¿cómo conseguiste estos carretes? La biblioteca estaba sin ellos esta tarde. ¿Los tomaste de las habitaciones de otra unidad?"

"¡No lo hice!," dijo Roger con firmeza. "Y no me gustan tus insinuaciones de que lo haría." Él sonrió. "¡Relájate! Los tenemos y podemos pasar rápidamente a través de ellos por la mañana y tenerlos de regreso a donde pertenecen mañana al mediodía."

"¡Dónde pertenecen!" Tom exclamó. "Entonces no tienes ningún derecho sobre ellos."

"¡Escucha, hot-shot!" gruñó Astro. "Quiero saber de dónde sacaste estos carretes y cómo."

"¡Bueno, si eso no es gratitud por ti!" murmuró Roger. "Salgo y arriesgo mi cuello por mis queridos compañeros de unidad y ellos se quedan discutiendo en lugar de abrocharse el cinturón para estudiar."

"Esto no es una broma, Roger," dijo Tom con seriedad. "Ahora, por última vez, ¿nos dirás cómo los conseguiste?"

Roger pensó un momento y luego se encogió de hombros. "Está bien," dijo finalmente. "Cuando bajé a la biblioteca para ver si era nuestro turno para ellos, descubrí que aún estábamos en el vigésimo séptimo en la fila."

"¿Vigésimo séptimo?" Astro jadeó.

"¡Así es, astronauta!" resopló Roger. "Así que traté de engañar a ese pequeño muñeco espacial de bibliotecario para que subiera nuestros nombres en la lista, pero en ese momento llegó un cadete de Lombriz de Tierra con un pedido de Tony Richards de la unidad Capella, un pedido de los mismos carretes que necesitábamos. "

"¿Quieres decir que los tomaste de una lombriz de tierra?" preguntó Tom.

"Bueno, no los tomé exactamente," respondió Roger. "Lo esperé en el cuadrángulo y le dije que lo buscaban en la oficina del despachador de cadetes de inmediato y que le llevaría los carretes a Tony."

"¡Y los trajiste aquí!" aulló Astro.

"Sí." Roger sonrió. "¿Crees que ese idiota sabrá quién soy? No en un millón de años. Y para cuando Tony y los demás descubran quién los tiene, habremos terminado. ¿Entiendes?"

"Lo entiendo, está bien, miserable cincelador," gruñó Astro. "Tom, tenemos que devolvérselo a Tony."

Tom asintió. "Tienes razón," dijo.

"¡Ahora espera un minuto!" dijo Roger enojado. "Me tomé muchas molestias para conseguirte estas cosas—"

"Mira, Roger," interrumpió Tom, "Preferiría tener una noche con esos carretes que una licencia de dos semanas en Átomo City en este momento. Pero la unidad de Capella está teniendo dificultades para llegar a las listas de pases de primavera. Necesitan esos carretes más que nosotros."

"Sí," dijo Astro. "Probablemente podríamos hacer los exámenes ahora y aprobarlos, pero realmente tienen que estudiar. Estoy a favor de llevarlos de regreso a la unidad de Capella ahora mismo. ¿Y tú, Tom?"

El joven cadete asintió y se volvió hacia Roger, que estaba allí, frunciendo el ceño. "Entendido," dijo Tom, "tanto Astro como yo lo apreciamos mucho. Pero no querrás que la unidad Capella suspenda

la Academia, ¿verdad?"

Roger se mordió la uña del pulgar y luego miró tímidamente a sus dos compañeros de unidad. "Tienen razón, muchachos," dijo. "Fue una especie de truco sucio. Dame los carretes. Se los llevaré a Tony ahora mismo."

"¡Espera un minuto!" exclamó Astro. "Es después de horas. Se supone que no debemos estar fuera del dormitorio."

Por un segundo, los tres chicos se miraron vacilantes. Luego, como si se hubieran comunicado telepáticamente sus decisiones individuales, se volvieron hacia la puerta. Tom la abrió y salió al pasillo con cautela, luego se volvió y asintió. Roger y Astro lo siguieron rápidamente.

Cuando Roger cerró la puerta detrás de él, murmuró: "No hay razón para que todos nos vayamos. Yo fui quien tomó los carretes, así que debería traerlos de vuelta. ¿Por qué vosotros dos arriesgan ser atrapados?"

Astro le dio un puñetazo en el hombro con cariño. "Siempre trabajamos juntos, ¿no?" él declaró. "Si uno se va a meter en problemas, todos deberíamos."

"Vámonos," instó Tom en un susurro agudo, y todos corrieron silenciosamente hacia la escalera deslizante.

Segundos más tarde, los tres cadetes de la unidad Polaris estaban en el pasillo principal del edificio de dormitorios, caminando de puntillas hacia el portal delantero. Haciendo una pausa solo para mirar dentro de la oficina del O.D. para asegurarse de que el oficial no los viera, llegaron al portal y se agacharon. Deteniéndose de nuevo para explorar el área inmediata en busca de agentes de guardia, cruzaron la acera deslizante y se adentraron en las sombras de los arbustos.

Rápida y silenciosamente, corrieron por el césped verde del cuadrángulo hacia el dormitorio donde estaba alojada la unidad Capella. Una vez se desplomaron de cabeza en el césped y se quedaron quietos cuando un oficial de guardia apareció

repentinamente de la oscuridad en la base de la Torre de Galileo. Pero pasó sin verlos y continuaron cruzando el cuadrángulo.

Al llegar a otro grupo de arbustos justo enfrente del dormitorio de la unidad Capella, los chicos se detuvieron y discutieron su movimiento final.

"Esto se está poniendo ridículo," susurró Roger. "No debería haber dejado que vosotros dos vinieran conmigo. Pero yo mismo iré el resto del camino."

"Hemos llegado hasta aquí, Roger," afirmó Tom. "Iremos el resto del camino y te ayudaremos a explicar."

"Y tienes mucho que explicar."

Los tres cadetes se giraron cuando una voz familiar salió de la oscuridad detrás de ellos. Vieron tres figuras, todas con uniforme de cadete, con la insignia de la unidad Capella. Al frente estaba Tony Richards con el ceño fruncido con enojo.

"¡Tony!" jadeó Tom. "¿Qué estás haciendo aquí?"

"Íbamos de camino a tu dormitorio, Corbett," gruñó Tony Richards. "Los vimos a los tres escabulléndose por el cuadrángulo."

"¿Vienes a visitarnos, muchachos?" preguntó Roger suavemente.

"¿Sabes? muy bien por qué veníamos," espetó McAvoy, el segundo miembro de la tripulación de Capella.

Davison, el tercer miembro de la unidad, dio un paso al frente. "Devuélvanos nuestros carretes de estudio," exigió.

"Tómatelo con calma," dijo Tom con voz tranquila. "Te los íbamos a traer de vuelta."

"Apuesto," espetó McAvoy.

"Relájate," gruñó Astro. "Tom dijo que los íbamos a devolver. Admitimos que fue un truco sucio, pero no has perdido mucho tiempo. Tal vez media hora."

"No intentes encubrir a Manning, Astro," dijo Tony acaloradamente. "Es una pena que vosotros dos estén atrapados con un cohete malo como Manning en su unidad."

"¡Cohete malo!" exclamó Roger.

"Ahora, espera un minuto, Tony," dijo Tom, avanzando hacia el cadete de anchos hombros. "Estamos devolviendo los carretes, y nos disculpamos por arrancarlos del Lombriz de Tierra. Pero eso no significa que escuchemos ese tipo de charlas sobre Roger."

"Él los robó, ¿no?" replicó Davison.

Roger dio un paso adelante. "Davy, muchacho," dijo en un tono bajo y controlado, "no me gusta ese comentario. Tengo una idea para hacerte comer esa palabra."

"No creo que puedas, Manning," respondió el cadete enojado.

Tom se interpuso rápidamente entre ellos. "Escuchen, amigos, no queremos problemas. Aquí están los carretes." Los extendió.

"Eso es lo que quiero decir, Corbett," dijo McAvoy con sarcasmo. "Manning te mete en problemas y luego tú y el chico grande tienen que sacarlo de apuros."

"Nos hemos disculpado," replicó Astro enojado. "Vas a recuperar los carretes. Así que no más bromas sobre Roger."

"Puedo cuidar de mí mismo, Astro," dijo Roger.

"Toma, toma los carretes y regresa a tu dormitorio," gruñó Tom. Le entregó el montón de carretes, pero cuando Tony extendió las manos, uno de los carretes cayó al césped. Nadie hizo un movimiento para recogerlo.

"Ahí están los carretes," dijo Tom con frialdad. "Ahora golpéalo."

"Vamos," dijo Davison, inclinándose para recoger el carrete. "El aire empieza a apestar por aquí."

Roger, con el rostro enrojecido, dio un paso adelante y puso el pie



en el carrete justo cuando Davison lo alcanzaba. "Ya es suficiente, Davison," gruñó.

"Vaya, sucio rastreador espacial..." Davison se enderezó y se balanceó salvajemente. Roger esquivó el golpe con facilidad, luego hizo girar al fornido cadete y lo empujó hacia los arbustos.

Tony Richards dio un paso adelante y Astro se volvió hacia él amenazadoramente, pero Tom rápidamente los hizo a un lado y se enfrentó a Richards.

"Escucha, Tony," dijo. "Salimos todos fuera del horario de atención, y si un oficial de guardia nos ve, lo hemos tenido. No queremos problemas." Miró a Davison, a quien McAvoy estaba inmovilizando. "Nos disculpamos. Ahora sal de aquí antes de que estemos todos registrados."

Richards asintió y empezó a volverse hacia sus compañeros de unidad cuando, de repente, Davison se soltó y se abalanzó sobre Roger. El cadete de pelo rubio no fue tomado por sorpresa. Se hizo a un lado y lanzó una rápida sacudida directamente a la mandíbula del cadete Capella. Davison se tambaleó hacia atrás y cayó al suelo. Sacudió la cabeza, se puso de pie de un salto y cargó hacia atrás con un rugido.

Tanto Tom como Astro, Tony Richards y McAvoy agarraron a sus respectivos compañeros de unidad y trataron de contenerlos. En la lucha por mantener separados a Roger y Davison, Astro empujó accidentalmente a Richards a un lado.

"¡Qué diablos—!" gritó Richards. De repente soltó a Davison y le dio a Astro un empujón que envió al gran cadete al suelo. Y luego, sin previo aviso, McAvoy se volvió hacia Tom. El cadete de pelo rizado vio que el golpe llegaba una fracción de segundo demasiado tarde y lo atrapó en un lado de la cabeza. Cayó de nuevo entre los arbustos.

Roger gritó enojado por el ataque repentino, y agarrando a Davison por la parte delantera de su túnica, golpeó con fuerza el estómago del cadete con un fuerte derecho. Richards agarró a Roger, sujetándolo por la cabeza y el cuello, mientras McAvoy lo atacaba con crueldad. Al ver a su compañero de unidad aporreado, Tom y

Astro atacaron y la batalla comenzó. Las dos unidades se olvidaron de los oficiales de guardia y de la gran posibilidad de ser atrapados y golpearlos en la oscuridad del cuadrángulo. La pelea parecía ser el clímax de una disputa de larga data. La tripulación de la Polaris se había enfrentado por primera vez a Richards y sus compañeros de unidad cuando fueron asignados al viejo crucero espacial Arcturus. Cuando la nave fue desguazado, los cadetes fueron trasladados al Capella, pero la rivalidad continuó más fuerte que antes. Una y otra vez, las dos unidades de crack habían competido durante horas en los campos deportivos, en las pruebas de vuelo espacial y en el aula. La unidad Polaris había salido constantemente adelante, a menudo por no más de una fracción de puntos, pero su superioridad era clara, y la unidad Capella no pudo reprimir su resentimiento y celos.

Tony Richards y Tom se habían enfrentado y estaban boxeando con los puños como relámpagos, cada uno esperando una oportunidad. Detrás de ellos, Roger y Davison simplemente se golpeaban la parte media del otro, y Astro y McAvoy rodaban por el suelo como osos, gruñendo y tirando. Era fuerza bruta contra fuerza bruta.

Tom se alejó bailando de la izquierda como un estoque de Richards, tiró bajo y disparó un fuerte derechazo al estómago de su oponente que lo dejó sin aliento. Richards se dobló y se interpuso para hacer una derecha sólida, luego vaciló. Richards había terminado. El golpe en la sección media le había quitado toda la pelea. Tom se negó a aprovechar su ventaja mientras el otro no podía defenderse. Tom se enfrió rápidamente y se dio cuenta de que toda la pelea no era más que un malentendido. Mientras Richards se hundía en la hierba indefenso y sin aliento, Tom se volvió para interrumpir las otras dos peleas. Pero Roger acababa de terminar su batalla con Davison. Haciendo una finta a la sección media y bajando la guardia de Davison, Roger enganchó su izquierda limpiamente a la mandíbula, siguiendo inmediatamente con un derechazo. Davison se dejó caer al césped, inconsciente.

Mientras tanto, Astro había rodado sobre el último cadete de la unidad Capella y, con su gran fuerza, sujetó los brazos de McAvoy a su costado. Cara a cara, los dos cadetes se miraron el uno al otro. Los músculos de los brazos de Astro se tensaron y gotas de sudor

brotaron de su rostro.

"¡Darse por vencido!" demandó el venusiano, apretando su agarre.

Tom disparó un fuerte derecho al estómago de su oponente Tom disparó un fuerte derecho al estómago de su oponente

Lentamente, McAvoy se hundió bajo la presión que aplicaba Astro y su rostro empezó a enrojecerse.

"Se romperá la espalda," le susurró Roger a Tom.

Tom asintió y dio un paso adelante. "Déjalo ir, Astro. Ha terminado."

Astro no la soltó. Su rostro estaba blanco de ira. McAvoy se inclinó más hacia atrás. "Ríndete," exigió Astro.

"Agárralo," le dijo Tom a Roger. Sácalo de Mac antes de que se rompa la espalda.

Tom y Roger saltaron al lado de Astro y cada uno agarró uno de los poderosos brazos que rodeaban a McAvoy. Se necesitaron todas sus fuerzas para romper el agarre parecido a un visel que el gigante venusiano tenía sobre el otro cadete, pero lentamente tiraron de los musculosos brazos hacia atrás y McAvoy se desplomó sobre la hierba.

Los tres cadetes victoriosos se detuvieron y miraron a la tripulación derrotada de Capella, luego se miraron entre sí.

"Bueno," suspiró Roger, "supongo que lo menos que podemos hacer ahora es llevarlos de vuelta a su dormitorio."

Tom y Astro asintieron. Cuando los tres chicos comenzaron a avanzar, fueron detenidos por una voz detrás de ellos, una voz que rugió como una explosión atómica.

"¡Soportar!"

Girándose sorprendidos por segunda vez en un espacio de diez minutos, Tom, Astro y Roger vieron una vista amenazadora detrás

de ellos, con los puños cerrados en las caderas, las botas abiertas y la enorme cabeza inclinada hacia adelante. Era el mayor Lou Connel, conocido más familiarmente como "Despegue" Connel, un oficial superior de línea de la Guardia Solar y el disciplinar más severo de toda la Academia. Detrás de él estaba un hombre bajo y delgado, a quien ninguno de los chicos reconoció.

Connel dio un paso adelante lenta y amenazadoramente, mirando a los tres chicos.

"Fuera un poco tarde, ¿no es así, chicos?" preguntó con una suavidad que envió un escalofrío por sus espinas.

"S-sí señor," respondió Tom, con un ligero temblor en su voz.

"¿Por asuntos oficiales, supongo?" La voz del mayor seguía siendo tan suave como la seda.

Tom tragó saliva y luego negó con la cabeza. "N-no, señor," se estremeció.

Los ojos de Connel se abrieron con fingido horror. "¿Por qué, Corbett," exclamó, "nunca nadie te dijo las reglas de la Academia Espacial? ¿O quizá no sabías qué hora era?"

Tom se mordió el labio. Sabía que él y sus compañeros de unidad estaban atrapados en una trampa desesperada y que Connel simplemente los estaba provocando. "Sabía qué hora era, señor," dijo. "Salimos después de horas."

De repente, hubo un movimiento en la maleza detrás de Tom cuando McAvoy se puso de pie a trompicones. Richards también se incorporó, aturdido.

"¡Importante!" Fue el hombre detrás de Connel quien habló. "¿Quiénes son?"

Como en respuesta, Davison también se puso de pie y los tres miembros de la unidad Capella fueron repentina y horriblemente conscientes de la presencia de Connel. Inmediatamente se prepararon, sus rostros pálidos por el miedo repentino.

"¡Entonces!" Ahora la voz del mayor empezó a rugir de nuevo. "¿Pelear, eh? Bueno, ahora realmente tenemos algo aquí."

—Señor,"empezó Richards trémulo—, si nos deja explicar...

"Dejaré que te expliques bien," tronó Connel. "Fuera de horas, peleando, te lo pasarás genial dando explicaciones a una pregunta."

"¡Una investigación!" Tom exclamó involuntariamente.

"¿Esperabas algo menos?" rugió Connel. "Estáis todos detenidos y recluidos."

Los seis cadetes temblaron pero no dijeron nada, parados en rígida atención, con los ojos al frente.

"Vuelve a tus aposentos de inmediato."

Como uno solo, los cadetes giraron y se marcharon. Tom, Astro y Roger cruzaron el cuadrángulo de regreso a su dormitorio, y la unidad de Capella tomó la acera deslizante que conducía a sus habitaciones. Connel los vio irse, con el ceño fruncido feroz en sus rasgos escarpados.

—Un poco rudo con ellos, ¿no es así, mayor? preguntó el hombre que estaba al lado del oficial de la Guardia Solar.

—Las reglas están destinadas a ser obedecidas, profesor Hemmingwell,"replicó Connel con rigidez—.

"Quizá tengas razón," reflexionó el extraño. "Pero ¿qué es eso de una investigación?"

"Un juicio, profesor. Un juicio conducido por los propios cadetes para ver si el acusado debe ser expulsado de la Academia."

"¿Expulsado?" exclamó el profesor. "Ciertamente crees en la disciplina."

"Estos muchachos serán guardias solares," respondió Connel en breve. "Si no pueden obedecer órdenes ahora, nunca lo harán."

"Bueno, en realidad todo es muy poco importante, mayor," dijo Hemmingwell encogiéndose de hombros. "Tenemos muchas más cosas vitales en las que pensar ahora que meros cadetes. ¿Nos vamos? El comandante Walters nos está esperando."

Mientras el hombrecillo vestido de civil se alejaba, Connel reprimió una réplica abrasadora. Es cierto que su misión aquí en la Academia fue de gran importancia. Pero los cadetes también eran importantes. Y tenía miedo. La unidad Polaris estaba en graves problemas, lo bastante graves como para provocar la expulsión de la Academia.

# Capítulo 2

Academia Espacial, EE. UU.!

Este era el sueño y la meta de todo niño en el emocionante año 2354, cuando la humanidad se había extendido más allá de los límites de la Tierra y había conquistado el espacio, colonizando planetas y abriendo senderos hacia mundos distantes en las profundidades del negro vacío del universo exterior. Para apoyar la necesidad cada vez mayor de astronautas entrenados para manejar las naves cohete que unían los planetas y los puestos avanzados de satélites distantes, la Alianza Solar, el gobierno del sistema solar, había erigido la Academia Espacial. Fue allí donde los muchachos más prometedores fueron entrenados para convertirse en miembros de la Guardia Solar para patrullar las rutas espaciales y mantener la paz en el universo.

Organizados en unidades de tres compactas y contundentes, los cadetes de la Academia fueron entrenados para trabajar juntos en las condiciones más severas. Pasaron sus horas de vigilia en uno de dos lugares; en poderosos cohetes cruceros, volando por el espacio en interminables misiones de entrenamiento, o en la Academia en aulas y salas de conferencias, donde estudiaron todo, desde la teoría del vuelo espacial hasta la aplicación de las leyes espaciales. Un curso de estudio muy importante fue la teoría del gobierno. Porque, sobre todo, la Alianza Solar era un gobierno del pueblo. Y para asegurar la supervivencia y continuidad de ese sistema democrático, los oficiales de la Guardia Solar funcionaron como los perros guardianes de la democracia espacial, encargados de la misión vital de asegurarse de que el gobierno reflejara la voluntad del pueblo.

Como enfoque práctico de este curso, los funcionarios de la Academia habían establecido un Consejo de Cadetes para la resolución de disputas e infracciones de las reglas por parte de los cadetes. Fue a este cuerpo gobernante cadete a quien el comandante Connel remitió la lucha entre las unidades Polaris y Capella.

La Academia había zumbado con conversaciones desde la pelea, y

los bandos estaban marcados con fuerza y rapidez. Ambas unidades fueron extremadamente populares y las discusiones se extendieron por los dormitorios sobre qué unidad tenía la culpa.

Mientras tanto, el Consejo de Cadetes decidió tener un juicio completo para que cada unidad tuviera una oportunidad justa de defenderse de los cargos. Se seleccionaron un juez y un jurado y se nombraron abogados para cada lado. Finalmente se fijó una fecha para el juicio.

Durante este tiempo, Tom, Roger y Astro estuvieron confinados en sus habitaciones. No hablaron mucho, cada uno consciente del hecho de que si el Consejo de Cadetes decidía en contra de ellos, podrían ser expulsados de la Academia. Lo mismo podía decirse de la unidad Capella, por supuesto, pero el Consejo podría decidir que la Polaris había instigado todo el asunto. Roger estaba particularmente callado, ya que sus acciones para obtener los carretes de estudio habían iniciado toda la cadena de eventos desastrosos.

Los muchachos no sabían qué cadete sería designado para defenderlos hasta bien entrada la tarde siguiente, cuando alguien llamó a la puerta y un cadete pequeño y delgado, con un par de espesos anteojos que le daban un decidido aspecto de búho, entró en la sala. habitación.

"¡Alfie Higgins!" gritó Tom.

"¡El cerebro!" gritó Astro.

"¡Me alegro de verte, amigo!" gritó Roger.

Los tres cadetes rodearon al pequeño Alfie y lo golpearon juguetonamente en su alegría de ver a otro cadete. Alfie se limitó a mirarlos con gravedad.

"Hola, Tom, Roger, Astro," dijo sombríamente.

"¿Qué estás haciendo aquí?" preguntó Tom. "No se nos permiten visitantes."

"No soy un visitante, Tom," respondió el pequeño cadete. "Soy su



abogado defensor." Miró a Roger y Astro. "Espero que le resulte satisfactorio."

"¡Satisfactorio!" exclamó Tom. "Alfie, no podríamos pedir a nadie mejor."

"Así es, Brain," dijo Roger. "Eres el chico para nosotros."

Astro gruñó su aprobación. "Sí."

"Bueno, en ese caso," dijo Alfie, abriendo su maletín, "sugiero que vayamos directo a los hechos. El juicio es mañana."

"Está bien, Alfie, estamos listos," dijo Tom. "Supongo que quieres escucharlo todo."

"Si no te importa," dijo Alfie, ajustándose los anteojos. "Empieza tú, Roger."

Sentados en la sala, relajados pero preocupados, los cuatro cadetes discutieron los detalles del caso. Alfie tomó muchas notas, interrumpiendo ocasionalmente a Tom, Roger o Astro para hacer una pregunta directa.

Hablaron durante casi cuatro horas antes de que Alfie finalmente se sintiera satisfecho de que conocía todos los hechos. Los dejó con la misma actitud sombría que tenía cuando llegó por primera vez, y cuando los chicos estaban solos, todos sintieron un escalofrío de miedo. El significado completo de un abogado defensor los golpeó. Estaban en serios problemas. Después de unos momentos de silencio, Tom se levantó y fue al baño para darse una ducha. Astro se dejó caer de espaldas en su litera y se durmió. Roger comenzó a lanzar dardos ociosamente a su "sistema solar" sobre su litera. Era un mapa de su propio diseño que representaba los planetas girando alrededor del sol, solo que cada planeta estaba representado por una imagen de una niña, y su propio rostro sonriente era el sol. Se sabía que había hecho citas lanzando un dardo al mapa a ciegas y sacando a la chica cuya foto había acertado.

Cuando Tom regresó unos minutos después, miró a sus compañeros de unidad y negó con la cabeza. Nunca, en todas las aventuras que

habían compartido o en todas las situaciones difíciles en las que habían estado, Roger o Astro se habían rendido como parecían estar haciéndolo ahora.

"Y," pensó Tom miserablemente, "¡con una buena razón también! Tengo ganas de tirar la esponja yo mismo."

El enorme gimnasio de la Academia Espacial se había convertido en una sala de audiencias temporal, y a las diez de la mañana, al día siguiente, la cavernosa cámara se llenó de todos los cadetes que pudieron salir de servicio, además de una generosa cantidad de oficiales e instructores de la Guardia Solar que estaban profundamente interesados en el manejo de sus alumnos del procedimiento democrático ordenado.

Cuando el juez cadete abrió el procedimiento, el comandante Walters, el comandante Connel, el capitán Strong y el teniente Wolchek, comandante de la unidad de la tripulación Capella, miraron atentamente desde sus asientos en la parte trasera del gimnasio. Hacia adelante, en dos pequeñas mesas inmediatamente frente a la plataforma del Consejo, las unidades Polaris y Capella se sentaron rígidamente, mientras sus abogados defensores colocaban los documentos y los datos sobre la mesa para una referencia rápida. El pequeño Alfie Higgins no le dijo una palabra a Tom, Roger o Astro, simplemente estudió a su oponente, el cadete Benjy Edwards, quien actuaba como abogado de la unidad Capella. Edwards, un chico fornido de rostro rubicundo, miró al otro lado de la cámara y se burló de Tom. El joven cadete reprimió un rápido estremecimiento de ira. Había mala sangre entre los dos. Una vez, Tom había encontrado a Edwards intimidando a un grupo indefenso de cadetes de Lombriz de Tierra, obligándolos a marchar y hacer ejercicio bajo un abrasador sol marciano sin ningún motivo, y Tom había puesto fin a eso. Edwards había aprovechado cada oportunidad para vengarse de Tom, y ahora tenía su mejor oportunidad.

Desde el principio, el juicio fue discutido con amargura. Aunque los problemas eran claros: posesión ilegal de las bobinas de estudio, salir al cuadrángulo después de horas y peleas, Edwards trató de acusar a la unidad Polaris de infracciones irrelevantes. Pero Alfie Higgins era su igual. Desde el principio, admitió que la unidad

Polaris era culpable del primer cargo, pero hizo un fuerte reclamo de que habían compensado con creces la infracción arriesgándose a ser censurados para devolver los carretes a sus legítimos dueños. Además, obligó a Tony Richards a admitir que había aceptado la disculpa de Roger. El Consejo acordó retirar ese cargo y mantener en suspenso el segundo cargo, ya que ambas unidades parecían haber tenido buenas razones para estar fuera de horario. Benjy Edwards frunció el ceño, pero no pudo encontrar ninguna razón para objetar la decisión del Consejo. Alfie, por otro lado, sonrió por primera vez esa mañana. Se volvió hacia el Consejo y anunció que el único punto en cuestión era la pelea y quién asestó el primer golpe.

En el fondo de la habitación, Connel se volvió hacia Strong. "Yo, personalmente, voy a firmar el pase de licencia de una semana para Alfie cuando esto termine," dijo. "Nunca había visto un cerebro tan maldito en funcionamiento en toda mi vida."

"Realmente le pasó uno a Benjy Edwards, de acuerdo," murmuró Strong, su voz teñida de orgullo.

Frente a la plataforma del Consejo, Alfie se volvió hacia el juez.

"Me gustaría llamar al estrado, si el tribunal por favor," dijo con voz clara, "el cadete Tom Corbett."

Tom caminó hacia la silla, tomó juramento y se sentó, frente a Alfie.

"Cadete Corbett," Higgins hizo una pausa, y luego preguntó casi casualmente, "¿le dio el primer golpe?"

"No," respondió Tom.

"Despedido," dijo Higgins de repente. "Llame a Roger Manning al estrado, por favor."

Roger se levantó y pasó junto a Tom en el camino de regreso, tomó su lugar en el estrado y repitió el juramento.

Alfie miró a Roger con calma y con voz clara preguntó: "Cadete Manning, ¿le dio el primer golpe?"

"No."

"Despedido," dijo Alfie. "Por favor, llame al Cadete Astro al estrado."

La audiencia cadete comenzó a murmurar ya sentarse tensamente hacia adelante.

"¿Qué diablos está haciendo?" gruñó Connel.

Strong sonrió. "Maldita sea si lo sé, Lou," dijo. "Pero espera y verás. Te apuesto diez créditos a que es una lulú."

Astro prestó juramento y Alfie esperó a que la habitación se calmara.

"Cadete Astro," dijo finalmente, "has escuchado a los otros miembros de la unidad Polaris decir, bajo juramento solemne, que no dieron el primer golpe. Ahora, te pido que consideres cuidadosamente tu respuesta. Astro"—Alfie hizo una pausa dramática, y casi gritó la parte final de la pregunta—"¿dar el primer golpe?"

"¡No!" gritó Astro.

"Despedido," dijo Alfie rápidamente, volviéndose hacia el Consejo. "Señores," dijo, "él no dio el primer golpe, ni el cadete Corbett, ni el cadete Manning. Y no voy a insistir en que a los tres miembros de la unidad Capella se les haga la misma pregunta, ya que reconozco que son tres caballeros impecables que no pudieron dar el primer golpe en una pelea común."

Cuando la audiencia en la sala del tribunal estalló en un rugido, Benjy Edwards se puso de pie de un salto.

"Señoría," apeló, "insisto en que se permita a la unidad Capella subir al estrado y negar la acusación..."

"Su señoría," interrumpió Alfie, "la unidad Polaris no carga. Admiten libremente que la unidad Capella no pudo, repito, señor, no podría haber dado el primer golpe. Y la unidad Polaris..."

"Tu honor-!" gritó Edwards. "Yo insisto."

El juez cadete golpeó con el mazo. El abogado de Polaris hablará.

"Gracias, su señoría. Solo quería decir que los miembros de la unidad Polaris ceden a la unidad Capella. Presento, señoría, que no fue más que un malentendido y que ambas partes deberían ser castigadas o liberadas."

"¿Eso es todo?" preguntó el juez cadete.

"Sí, señor," dijo Alfie.

"El abogado de la unidad Capella puede hablar ahora. ¿Insiste en que sus acusados sean llevados al estrado para jurar que no iniciaron la pelea?"

"Su señoría..." comenzó Benjy. Pero Alfie ya había plantado la semilla. Hubo gritos de "Dáselo a los dos" desde el gimnasio.

Con el rostro enrojecido, Edwards levantó la mano y pidió silencio. "Señoría," comenzó finalmente, "después de consultar con los miembros de la unidad Capella, me han ordenado que declare que están dispuestos a acatar la sugerencia del abogado de Polaris."

Mientras los cadetes en la sala del tribunal gritaban su aprobación, el juez cadete consultó rápidamente con los miembros del Consejo. Se tomó una decisión rápidamente. Se emitió un veredicto de conducta impropia de los cadetes contra ambas unidades, con órdenes de que se colocara una fuerte reprimenda en sus registros oficiales individuales. Además, a cada unidad se le negaron permisos y pases de fin de semana de la Academia hasta el final del trimestre, dentro de cuatro semanas. Todo el tiempo libre debía dedicarse a la guardia.

"Debe informar al suboficial Timothy Rush para recibir más órdenes en todo momento que no sean realmente responsables en los horarios de la Academia," concluyó el juez cadete. "Despedido."

El caso se cerró con un fuerte rugido de aprobación por parte de toda la audiencia cadete, que había visto la justicia y la democracia en acción. Tom, Astro y Roger se miraron y sonrieron. Aún eran cadetes espaciales.

# Capítulo 3

"¿Dónde está el capitán Strong?"

Sorprendido, el comandante Walters miró hacia arriba y vio al comandante Connel entrar en su oficina, acompañado por el profesor Hemmingwell. El hombrecillo delgado frunció el ceño con irritación mientras se acercaba al escritorio del comandante.

"Quería al capitán Strong aquí para esta reunión," continuó el profesor.

"Por supuesto," respondió Walters. "El capitán Strong debería estar aquí." Se volvió hacia Connel. "¿Lo has visto, Connel?"

Cuando Connel bajó su volumen en una silla blanda, suspiró. "Steve está con su unidad, criticando esa pelea con la unidad Capella."

Walters sonrió. "¿Se enteró de nuestro juicio, profesor?"

"Sí," respondió Hemmingwell con rigidez. "Francamente, no veo cómo el capitán Strong puede ignorar esta reunión para tomar de la mano a esos cadetes infantiles."

La cara de Connel se puso roja y miró rápidamente a Walters, cuyo rostro se estaba acercando al mismo color. Ninguno de los dos esperaba tal comentario de un científico.

"Profesor," dijo Connel pesadamente, inclinándose hacia adelante en su silla, "le aseguro que Steve Strong no está tomando sus manos. De hecho, odiaría estar en el lugar de esos cadetes en este momento."

Hemmingwell gruñó y se apartó de la ardiente mirada de Connel. "Sea como sea," dijo. "No veo que el personal de esta institución haya hecho algo constructivo durante los últimos tres días. En lo que a mí respecta, esta charla infantil sobre una pelea común ha sido una completa pérdida de tiempo."

"Profesor Hemmingwell," dijo el comandante Walters, levantándose de su silla, "si tuviera que elegir entre su proyecto, por más valioso que sea, y la valiosa lección aprendida hoy por mis cadetes, se lo diré ahora mismo. que la lección vendría primero. Este era un tema muy importante. Los cadetes tenían su sabor real de la democracia en acción hoy, en un nivel en el que podían entenderlo. Y, me atrevo a decir, hay bastantes niños que escucharon esa charla infantil, como usted dice, y la recordará en algún momento en el futuro cuando sean llamados a actuar como oficiales de la Alianza Solar."

Connel se aclaró la garganta ruidosamente. "Creo que será mejor que sigamos con la reunión," dijo. "¿Tiene los planos y especificaciones, Hemmingwell?"

Pero el enjuto profesor se negó a dejarse disuadir. Se enfrentó al comandante Walters y movió el dedo bajo la nariz del astronauta.

"¡Tienes perfecto derecho a tener tus propias ideas sobre la educación de tus cadetes!" él gritó. "Pero tengo derecho a mis ideas sobre mis operaciones con proyectiles espaciales. He dedicado una buena parte de mi vida a este plan y no permitiré que nada, ni nadie, se interponga en mi camino."

Antes de que Walters pudiera responder, Connel se levantó de un salto y gruñó.

"¡Muy bien! Ahora que tenemos los discursos fuera del camino, pongámonos manos a la obra."

Walters y el profesor de repente se detuvieron en seco y sonrieron al brusco oficial de línea, quien, a pesar de todas sus tácticas de intimidación, sabía cómo aliviar una situación delicada. Walters volvió a sentarse y Hemmingwell extendió varios mapas grandes sobre el escritorio de Walters. Señaló una ubicación en el gráfico del área que rodea la Academia Espacial.

"Esta es la zona de aquí," dijo, colocando su dedo en el mapa. "Creo que es más adecuado para nuestro propósito. Dave Barret y Carter Devers están de acuerdo..."

"¿Alguien mencionó mi nombre?"

La puerta corrediza de la oficina del comandante se abrió y entró un hombre alto y distinguido de cabello gris acerado, seguido por un hombre más joven y guapo.

"¡Devers!" exclamó Hemmingwell con evidente alegría. "No te esperaba hasta esta noche."

"Me escapé antes de lo que imaginé," respondió el anciano, quien luego se volvió hacia los dos oficiales de la Guardia Solar. "Hola, comandante Walters, mayor Connel. Conozca a Dave Barret, mi asistente." Hizo un gesto hacia el joven que estaba a su lado y se dieron la mano por turno.

"Bueno," dijo Devers, "¿nos hemos perdido algo?"

"Recién comenzando," respondió Walters.

"Bien," dijo Devers. "Oh, por cierto, quiero que se entienda, Comandante, que mientras le presto a Dave para que trabaje en la operación con el profesor, ni siquiera voy a dejar que le pague. Él permanece en mi nómina, así que no puedes alejarlo de mí. Los Jilolo Spaceways se perderían sin él."

Walters sonrió. "De acuerdo conmigo," dijo.

"No me importa quién le pague, siempre y cuando esté conmigo en esto, comandante," dijo Hemmingwell, limpiándose las gafas con cuidado. "Ese joven tiene una mente equipada con una calculadora incorporada."

Dave Barret sonrió con evidente vergüenza. "Si el señor Devers puede dedicarle su tiempo por un crédito al año como salario, no tengo ninguna objeción a trabajar en este proyecto," dijo. "De hecho, le dije al Sr. Devers que si no me dejaba venir aquí, lo dejaría y vendría de todos modos."

Hemmingwell sonrió. "Bueno, ahora, si el capitán Strong estuviera aquí, podríamos llevarnos bien con el asunto en cuestión."

Devers frunció el ceño. "¿Por qué es tan importante?" preguntó.



"Steve ha sido puesto a cargo de las adquisiciones para la construcción del hangar y la conexión de la línea de derivación desde la estación de monorraíl," respondió Connel. "Y eso me recuerda, profesor," continuó. "¿Dónde va a estar tu hangar? ¿Y de dónde viene ese espolón? ¿Tendremos que construir mucho para que esa maldita cosa se deslice sobre esas colinas?" Connel señaló el anillo protector de altos picos escarpados que rodeaban la Academia.

"Es por eso que Dave Barret aquí es tan importante," respondió Hemmingwell. "Descubrió una manera de hacer un túnel a través de esta sección aquí," señaló a una sección particularmente accidentada de las colinas— "a la mitad del costo de llevarlo directamente a esa llanura de allí."

Connel y Walters estudiaron el mapa de cerca. "Muy bien," dijo Walters.

"¿Crees que puedes hacerlo, Dave?" preguntó Connel.

"Estoy seguro de que puedo, señor," respondió el joven.

"¿Y ahorrar tiempo?" gruñó Connel.

"Tendré esa línea a través y en funcionamiento, trayendo el primer cargamento de material de hangar en tres semanas."

Impresionado por la confianza del joven, Connel se volvió hacia el comandante Walters y asintió.

"Bueno, si puede hacer eso, Barret," dijo Walters, "el profesor Hemmingwell tendrá que comenzar sus operaciones ahora, ¿no es así, profesor?"

"Así es," dijo el anciano enjuto. "Ahora mismo, en este mismo minuto."

Devers habló de repente., "Me gustaría que me explicaran una cosa, comandante, a menos que, por supuesto, se trate de una violación de la seguridad, pero..., "Vaciló—

"¿Qué es?" preguntó Connel.

"He estado de acuerdo con usted desde hace algún tiempo," explicó Devers. "Pero aún no sé la naturaleza exacta del proyectil que propones construir. ¿Cuál es su propósito?"

"Ciertamente se merece una respuesta a esa pregunta," dijo el comandante Walters cálidamente. "Ha contribuido con sus servicios a esta operación absolutamente a ciegas. Ahora debería saberlo todo." Hizo una pausa y miró a Hemmingwell y Connel, quienes asintieron a cambio. "Carter," prosiguió, "vamos a crear una nave espacial que pueda lanzar un gran proyectil lleno de carga y enviarlo a cualquier área pequeña."

El rostro de Carter Devers se iluminó. "¿Quieres decir que vas a disparar cargas útiles desde cargueros espaciales en lugar de aterrizar con ellos?"

"Exactamente," dijo Walters. "Estos cargueros entregarán correo y suministros a asentamientos apartados que no tienen un puerto espacial lo bastante grande para manejar los cargueros gigantes y tienen que depender del transporte de superficie desde las ciudades más grandes."

Carter Devers negó con la cabeza lentamente. "Esto es lo más asombroso de lo que he oído hablar en mi vida."

"Pensé que te sorprenderías, Carter," dijo Walters, su rostro brillando de placer. "El gran tema, por supuesto, es resolver el problema de estandarizar los receptores de los proyectiles. Deben ser livianos, fáciles de ensamblar y fabricados con precisión, ya que tendrá un gismo electrónico en el interior para que el proyectil se 'dirija' en."

El profesor Hemmingwell gruñó. "Ese gismo electrónico, como usted lo llama, es la idea real detrás de toda la operación."

"¿Cómo es eso, profesor?" preguntó Devers.

"Bueno, funciona según este principio," comenzó Hemmingwell. "El receptor enviará un rayo de radar distintivo. En la nave espacial, el proyectil designado para ese receptor se sintonizará con la frecuencia de ese rayo y se disparará desde la nave. Un dispositivo

de localización integrado en el proyectil se hará cargo, guiando baja por el rayo hasta su destino."

"¿Y cómo funciona ese rayo de radar?" preguntó Devers.

"Eso," dijo Connel con rigidez, "es un secreto militar."

"Por supuesto," asintió Devers, sonriendo. "Solo tenía curiosidad."

"Bueno, ahora que hemos acordado un lugar para la operación," dijo el profesor Hemmingwell, "¿hay algo más que desee discutir, comandante?"

"No por el momento, profesor," respondió el comandante de la Academia Espacial. "¿Tiene más preguntas, mayor Connel?"

Cuando Connel negó con la cabeza, Devers volvió a hablar.

"Hay algo más que me gustaría saber, si no es una violación del secreto militar," dijo con una sonrisa a Connel. "No recuerdo haber visto nada sobre este proyecto en las facturas enviadas al Consejo Solar. ¿Cuándo fue autorizado?"

"No lo fue," espetó Hemmingwell. "Fue bloqueado antes de que se votara. Así que corrí por toda la Alianza Solar, rogando y pidiendo prestado el dinero para financiar el proyecto yo mismo."

"Y Solar Guard simplemente está prestando asistencia técnica e instalaciones," agregó Walters. "Por supuesto, si el proyecto tiene éxito, iremos ante el Consejo Solar con una solicitud de emergencia para incorporar la idea en la defensa de todos los puestos de avanzada de la Guardia Solar."

"Capital privado, ¿eh?," dijo Devers, volviéndose para mirar al profesor con admiración. "Es usted un hombre muy valiente, profesor Hemmingwell, para arriesgar tanto. Y, debo agregar, debe ser un excelente vendedor para vender sus ideas a los banqueros de la Alianza Solar."

"Sentido común," resopló el profesor. "Sencillo sentido común."

"Aún así," insistió Devers, "la mayoría de los banqueros con los que

he intentado hablar con sentido común eran caballos." Mientras todos se reían, se volvió hacia Walters. "Ahora, ¿qué quiere que haga, Comandante?"

"Carter, ya has hecho tanto por este proyecto que te voy a dar un descanso," dijo Walters.

"No entiendo."

"A partir de ahora," interrumpió el mayor Connel, "el proyecto estará en manos del profesor. Si necesita algo, se lo dirá a Steve Strong. Si Strong no puede cumplir con la solicitud, se lo pasará." al comandante Walters, y si el comandante considera necesario contar con su ayuda, se pondrá en contacto con usted."

"Entiende, por supuesto," dijo Walters, tratando de suavizar la afirmación plana del mayor.

"Por supuesto," respondió fácilmente Devers. "Aún así, si necesitas mi ayuda con esto, no dejes de llamarme."

"Gracias, Carter," dijo Walters. "Ya has sido de gran ayuda."

Dándole la mano a todos y deseándoles lo mejor, Devers salió de la oficina. Dave Barret, el comandante Walters y el profesor Hemmingwell se dedicaron a estudiar el mapa, pero el mayor Connel permaneció donde estaba, frotándose la barbilla pensativamente. Sacudió la cabeza como para borrar una idea imposible de su mente y luego se volvió hacia el mapa.

Tom Corbett, Roger Manning y Astro permanecieron rígidos en su dormitorio, con la espalda erguida, los ojos al frente y las manos rígidas a los costados. El capitán Steve Strong, con la cara enrojecida y la voz ronca, se paseaba de un lado a otro frente a ellos.

"¡Y otra cosa!" rugió. "Esta reprimenda de la corte va a sus registros oficiales, y usted va a pasar su tiempo de guardia como cualquier lombriz de tierra común que no reconoce su cohete de su bolsillo." Durante casi media hora, los cadetes habían escuchado a su instructor de unidad gritarlos. "Cuando pienso," continuó, "cuando

pienso en lo cerca que estuvieron vosotros, tres mocosos espaciales, de ser expulsados de la Academia..." Las palabras parecieron fallar al joven capitán momentáneamente y se dejó caer en una de las literas y miró al fila de cadetes, sacudiendo la cabeza. "En el nombre de Saturno, acepté la responsabilidad de convertirlos en cadetes con tres cerebros de pájaro. Y pensar que cuando viniste aquí por primera vez, pensé que tenías ese algo especial para convertirte en una unidad sobresaliente. Incluso me arriesgué por ti. Y ahora haces un truco como este."

Detrás de ellos, la puerta se abrió y un hombre bajo, de no más de cinco pies de alto, pero con los músculos abultados de un pequeño gigante estirando su uniforme rojo brillante de alistado, entró. Saludó a Strong con elegancia.

"Jefe Suboficial Rush aquí para asignar la unidad Polaris para el servicio de guardia, señor," anunció.

"Está bien, Bomberos," dijo Strong, usando el apodo del hombre. "Dáselo. No les muestres piedad. ¡Por los anillos de Saturno, tienen que hacer que se den cuenta de sus responsabilidades!"

"Sí, señor," dijo el hombrecillo grueso.

Strong salió de la habitación sin decir una palabra más, ni siquiera mirar hacia atrás a los cadetes.

Tan pronto como se cerró la puerta, Timothy "Firehouse" Rush se enfrentó a los tres cadetes, su rostro golpeado y maltratado brillaba con anticipación.

"¡Toma esto!" gruñó. "Cuando te asignan el deber de guardia con los EM de la Guardia Solar, dejas tu inmunidad como cadetes aquí en la Academia. De ahora en adelante, me perteneces. Y te diré ahora mismo, no hay nada en el espacio que odie más, o piense menos, que los cadetes espaciales. Obtienes privilegios especiales que no te mereces porque usas ese uniforme. Tienes la oportunidad de aprender a ser un astronauta y la mayoría de vosotros lo ignoran.. Tengo EM en mi atuendo que podrían explotar en círculos alrededor de cualquiera de vosotros, tipos que merecen la oportunidad que tienen, y cometieron una falta porque no pueden

deletrear o no saben cómo sostener una taza de té con los dedos de la manera correcta. Cuando vienes a mí, significa que has hecho algo malo. Estás saliendo. Y haré todo lo posible para ver que lo logras." Dio un paso adelante y los miró. "Preséntate a las 18.00 horas y", su voz se redujo a un rugido áspero— "es mejor que no llegues tarde, y es mejor que no llegues temprano."

Giró sobre sus talones en un perfecto giro de cabeza y salió de la habitación.

"Sólo hay un consuelo," suspiró Tom. "La unidad de Capella está obteniendo lo mismo que nosotros."

"¡Aquí vamos!" Roger respiró lentamente.

"De todos modos, he estado pensando en dejar la Academia," gruñó Astro.

# Capítulo 4

"¡Detener!"

Roger gruñó la orden en la oscuridad y se quitó el rifle de rayos paralo-ray del hombro, colocándolo en posición de disparo. "Avanza y sé reconocido," dijo rotundamente.

Nada se movió. Incluso el aire parecía quieto.

"Avance y sea reconocido," ordenó Roger de nuevo. Seguía sin moverse nada. El cadete miró rápidamente a su alrededor en dirección a la caseta de vigilancia donde sabía que había un comunicador con el sargento de guardia. ¿Debería pedir ayuda? Decidió no hacerlo y avanzó hacia el ruido que había oído, con el dedo en el gatillo de la pistola de paralorrayos.

"Avanza y sé reconocido," volvió a llamar. Mientras caminaba lentamente entre las enormes cajas de embalaje apiladas fuera del hangar recién construido, vio un movimiento oscuro a su izquierda. Levantó la pistola de rayos mortales y apretó el gatillo con el dedo.

"Avanza y sé reconocido," dijo por encima de la mira del arma.

"¡Mee-ó-wwww!"

Un diminuto gatito blanco apareció por un espacio entre dos cajas y corrió a sus pies, ronroneando, frotándose contra sus botas espaciales.

"Bueno, ¡explota mis cohetes!" Roger rió. Se echó la pistola al hombro y se agachó para levantar al gatito en sus brazos. Comenzó a acariciar su pelaje y a hacer pequeños ruidos tranquilizadores. Regresó al otro extremo de su puesto de patrulla.

"Eres un chico lindo," murmuró Roger, acariciando al gatito contra su barbilla. "Pero casi te arruinan."

"¡Guardia! ¡Ponte de pie!"

Sorprendido, Roger se dio la vuelta para ver a Tim de la estación de bomberos detrás de él, su rostro golpeado y golpeado se nubló de rabia. "Suelta ese animal de una vez," rugió el suboficial.

Roger se inclinó para dejar que el gatito corriera libremente y se escapó por una grieta entre las cajas y desapareció.

"Manning," comenzó el astronauta alistado, "la próxima vez que lo pille sin cumplir con su deber, ¡lo acusaré de negligencia! ¡Continúe!" Rush giró sobre sus talones y desapareció en la oscuridad.

"¡Maldito chorro de músculos!" Roger se burló entre dientes, cogiendo el rifle al hombro y reanudando su lenta patrulla fuera del hangar.

Durante tres semanas, Tom, Roger y Astro, junto con los tres miembros de la unidad Capella, habían estado pasando cerca de ocho horas al día de guardia, de ocho a diez horas al día en el trabajo en el aula y el resto del tiempo estudiando. Solo tenían un promedio de dos a tres horas de sueño por día. Estaban muertos de cansancio, pero se mantuvieron firmes en su tarea, sin quejarse.

A su alrededor, el trabajo en el proyecto del profesor Hemmingwell se había desarrollado a una velocidad asombrosa. El túnel prometido por Dave Barret se había terminado en menos de cinco días, con el riel para el raíl del monorraíl instalado en lo alto a medida que se completaba cada metro del pozo. En la segunda semana, decenas de automóviles cargados con materiales de construcción comenzaron a rodar hacia la llanura desierta a varios kilómetros de la Academia Espacial. Entonces, una mañana, llegaron casi mil trabajadores de la construcción y construyeron un hangar en treinta y seis horas. Tan pronto como se completó el enorme edificio, se colocó una fuerte guardia a su alrededor. Se entregaron etiquetas de identificación especialmente diseñadas a los guardias y trabajadores del proyecto. Poco a poco, el enorme almacén de estuches y cajas fuera del hangar se había trasladado al interior, y todos menos algunos de los más pequeños quedaban fuera. El trabajo secreto dentro del hangar avanzaba rápidamente,



pero esto no entraba en el pensamiento de los tres cadetes de la unidad Polaris, ni de la unidad Capella. La dura disciplina instituida por Tim Rush y el estudio adicional necesario para los exámenes de fin de año habían obligado a los cadetes a luchar las veinticuatro horas del día no solo para mantenerse despiertos sino también para llegar a las listas de promoción de la clase.

Roger se alejó de la distancia requerida, giró inteligentemente y, al hacerlo, se encontró cara a cara con Astro, que patrullaba por otro lado del hangar.

"Acabo de ver la estación de bomberos," dijo Astro en voz baja. "¿Te atrapó haciendo el tonto?"

"Sí," gruñó Roger. "Encontré un gatito y se acercó justo cuando lo sostenía."

Astro sonrió. "No me sorprendería si ese gigante de bolsillo no enviara a ese gato allí para tentarte."

"¿Cómo está Tom?" preguntó Roger. Astro, en su patrulla, entró en contacto con ambos compañeros de unidad.

"Somnoliento. Está pasando un momento difícil con ese capítulo sobre la ley espacial. No durmió nada anoche."

"Será mejor que se mantenga despierto," dijo Roger. "Ese pequeño bombero tiene sus cohetes calientes esta noche. Seguro que matará a Tom si..."

"Espera un minuto," dijo Astro de repente, mirando hacia la oscuridad. "¿Qué fue eso?"

Roger se dio la vuelta con el rifle en las manos, listo para disparar. "¿Qué es?" preguntó.

"No lo sé," respondió Astro en un susurro. "Creí haber visto algo moverse dentro del hangar." Señaló una ventana grande. "Una especie de sombra contra el vidrio esmerilado."

"¿Está seguro?"

"Por supuesto que estoy seguro."

"Investigaré. Ve a buscar a Tom y llama a la estación de bomberos."

"Bien," respondió Astro, y corrió por el camino, junto al hangar.

Agarrando su rifle con firmeza, Roger avanzó poco a poco hacia una puerta cercana. La abrió un poco, luego se aplastó contra la pared y vio a Astro correr hacia el otro extremo del hangar. Vio que el gran venusiano le decía unas pocas palabras a Tom y luego se apresuraba hacia la caseta de vigilancia y el comunicador. Tom saludó a Roger, indicándole que entraría por la puerta opuesta del hangar.

Roger se dejó caer sobre manos y rodillas y asomó la cabeza por la puerta abierta, mirando alrededor de un extremo a otro de la enorme cámara oscura. Luego, respiró hondo, se levantó y entró rápidamente. Cerró la puerta detrás de él y se quedó quieto, escuchando algún sonido.

De repente hubo un destello de luz desde la pared opuesta. Roger se llevó rápidamente la pistola de rayos paralo-rayos al hombro y estaba a punto de disparar cuando se dio cuenta de que la luz que vio era la de Tom abriendo la puerta del lado opuesto. Respiró mejor y esperó hasta que pudo distinguir claramente la figura en movimiento de Tom, y luego caminó sigilosamente hacia adelante en una línea paralela.

Era la primera vez que Roger entraba en el hangar desde que había sido construido y no estaba seguro de cómo moverse, pero gradualmente, la luz de la luna que se filtraba a través de las placas esmeriladas de cristal de Titán iluminaba las enormes formas de las máquinas que lo rodeaban.

Se detuvo y jadeó. Sin siquiera darse cuenta, emitió un largo silbido de asombro. Ante él, alcanzando las sombras del cavernoso hangar, estaba el reluciente casco de un enorme cohete espacial. La nave espacial de sesenta metros de largo estaba apoyada sobre sus aletas estabilizadoras, escaleras y cables que llegaban a los puertos abiertos a ambos lados.

Roger saludó a Tom, quien también se había detenido para mirar la

nave espacial gigante, y los dos se encontraron bajo el reluciente casco.

"¿Qué pasa?" preguntó Tom. "Astro dijo que vio a alguien."

"No vi nada," dijo Roger en un susurro exasperado. "Ese gran idiota dijo que sí."

"¡Guau!" dijo Tom, mirando hacia la nave. "Este es un bebé. Nunca había visto uno con líneas así antes. Mire las graciosas protuberancias en la parte inferior del casco."

"¡Sh!" siseó Roger. "Acabo de escuchar algo."

Los dos cadetes se quedaron en silencio, con los oídos atentos al menor sonido en el enorme hangar. Escucharon un sonido de golpeteo distintivo en algún lugar por encima de ellos.

"¡Viene del interior de la nave!" dijo Tom.

"Se sube por el otro puerto," dijo Roger. "Tomaré esta."

"Bien," dijo Tom. "Y recuerde, si hay algún problema, primero dispare y haga preguntas después."

"Cheque."

Tom se alejó de Roger y se trasladó al lado opuesto de la nave. Se echó el rifle al hombro y subió silenciosamente la escalera hacia la portilla abierta.

Abriéndose paso silenciosamente a través de la esclusa de aire, entró en la enorme cubierta principal de la nave y pudo ver su camino por el tenue resplandor de los reflectores de emergencia en los mamparos. Pequeñas y relucientes piezas de cristal de Titán con un revestimiento especial, que brillaron con una intensidad constante durante muchas horas después de haber sido expuestas a cualquier forma de luz. La cubierta era una masa de cables, cajas, herramientas y equipo. Tom notó máquinas de aspecto curioso detrás, lo que juzgó que eran, las extrañas protuberancias en el exterior del casco. Delante de él, una escotilla estaba parcialmente abierta y podía ver la luz atravesando la abertura. Agarró su rifle

con fuerza, el dedo en el gatillo y avanzó.

En la escotilla se detuvo y miró en el siguiente compartimento. Desde el lado opuesto, vio otra escotilla parcialmente abierta y el contorno de la cabeza y los hombros de Roger. Entre ellos, un hombre estaba inclinado sobre un escritorio improvisado, copiando información de una calculadora y un conjunto de planos. Tom asintió hacia Roger y ambos entraron en el compartimento al mismo tiempo.

"Levante las manos, señor, o lo congelaré tanto que tomará un verano en el ecuador de Venus para calentarlo," dijo Roger arrastrando las palabras.

El hombre se incorporó de un tirón, se tambaleó hacia atrás del escritorio y se acercó a Tom, sin apartar los ojos de Roger. Retrocedió hacia el cañón de la pistola de rayos de Tom y se detuvo, aterrorizado. Levantó las manos.

"¿Qué... qué...?" Balbuceó y luego se contuvo. "¿Cómo te atreves a hacerme esto?" el demandó.

"¡Cállate!" espetó Tom. "¿Qué estás haciendo aquí?"

"No es de su incumbencia," respondió el hombre.

"Lo estoy convirtiendo en mi negocio," espetó Tom, presionando el arma en la espalda del hombre. "¿Quién eres y cómo entraste aquí?"

El hombre se volvió y miró a Tom a los ojos. "Tengo derecho a estar aquí," declaró con frialdad. Te mostraré mi identificación... Bajó las manos y metió la mano en la chaqueta, pero Roger se acercó rápidamente y bajó el cañón de la pistola sobre la cabeza del hombre. Se desplomó en el suelo con un gemido y se quedó quieto.

"¿Para qué hiciste eso?" gruñó Tom.

Roger no respondió. Metió la mano en la chaqueta del hombre inconsciente y sacó una pequeña pistola de rayos paralelos clavada en la parte superior de la cintura. "Alguna identificación," dijo Roger arrastrando las palabras.

"Gracias, amigo," dijo Tom tímidamente. "Vamos a registrarlo. Tal vez podamos averiguar quién es."

Cuando Roger se inclinó sobre el hombre caído, hubo una conmoción en el hangar fuera de la nave, seguida por el sonido de pasos que subían con estrépito por las escalas hacia los puertos. Segundos más tarde, Astro, seguido por Tim Rush y un escuadrón de astronautas alistados, entró en el compartimento. Rush se detuvo en seco cuando vio al hombre en el suelo.

"Gran Júpiter saltarín," jadeó el suboficial, luego se volvió hacia Tom y Roger. "¡Idiotas malditos del espacio!" él gritó. "¡Ustedes estúpidos y tontos mancuernas no sirven para nada! ¿Saben lo que han hecho?"

Tom y Roger se miraron asombrados. Astro, de pie a un lado, parecía confundido.

"Seguro que sabemos lo que hemos hecho," declaró Tom. "Encontramos a este tipo aquí copiando secretos de algunos planos en el escritorio y..."

"¡Copiando secretos!" gritó Rush. "¡Vaya, idiotas malditos, ese es Dave Barret, el supervisor de todo este proyecto!"

El hombre en el suelo se agitó y la estación de bomberos ordenó al escuadrón de soldados que lo ayudaran a levantarse. En ese momento, hubo un bramido de rabia procedente de la escotilla. El mayor Connel entró en el compartimento, su rostro era una máscara de disgusto e ira.

"¡Por los anillos de Saturno!" rugió. "He estado sentado en el laboratorio durante la última hora y media esperando a que Dave Barret regresara con información vital, para que pudiéramos continuar con nuestros experimentos, y descubrí que tú... tú..." Connel estaba tan furioso, apenas podía hablar.

Se enfrentó a los tres cadetes. "No hay nada en los libros que diga que deberían ser disciplinados por esto, esto, indignación, pero créanme, cadetes," su voz sonó como un trueno en el pequeño compartimiento, "esta es la última vez que estaré de pie por este

tipo de estupidez."

Tom tragó saliva pero dio un paso adelante con valentía. "Señor," dijo claramente, "me gustaría presentar respetuosamente los hechos para la consideración honesta del mayor. Ninguno de nosotros ha visto a este hombre antes y lo encontramos copiando información de estos planos. Cuando lo desafié, dijo que iba a mostrarnos su identificación. Se metió las manos en la chaqueta para cogerla, pero Roger vio una pistola en su cinturón y, pensando que iba a usarla, le golpeó en la cabeza." Tom se detuvo, cerró la boca con fuerza y miró al mayor a los ojos. "Eso es todo, señor."

Connel le devolvió la mirada, sus ojos se encontraron con los del cadete durante medio minuto completo. "Está bien," dijo finalmente. "Supongo que es solo un caso de error de juicio. Pero," agregó mordazmente, "frente al historial de la unidad Polaris, puedes entender mi opinión inicial."

Mientras los guardias ayudaban a Dave Barret a salir de la nave, Connel se volvió hacia Rush. "¡Estación de bomberos!" ladró.

"¿Sí señor?"

"Asegúrate de que estos cadetes no causen más daño."

"Sí señor."

"Descartado," espetó Connel.

"Muy bien, mocosos espaciales," gritó Rush, "¡de vuelta a su patrulla!"

Tom, Roger y Astro dejaron la nave y regresaron a sus puestos fuera del hangar. Justo antes de que se separaran para reanudar su interminable marcha alrededor del hangar, Tom les guiñó un ojo a sus compañeros de unidad. "Al menos no obtuvimos deméritos," dijo.

"Sólo porque Connel no pudo encontrar ninguna razón para dárnoslas," se burló Roger. "¡Qué cohete roto se está volviendo!"

"Sí," asintió Astro en voz baja.

Los tres cadetes comenzaron su ronda de nuevo, sus ojos pesados por la falta de sueño, sus brazos y piernas plomados, y su deseo de convertirse en cadetes espaciales exitosos más decidido que nunca. Pero no sabían que habían iniciado una reacción en cadena que afectaría sus propias vidas.

# Capítulo 5

"¡Pasamos!"

Tom se apartó de las listas publicadas en el tablón de anuncios del dormitorio y rodeó con los brazos a Astro y Roger se abrió paso entre el grupo de cadetes.

"¡Yeow!" gritó Astro.

"Lo logramos," murmuró Roger con una nota de incredulidad en su voz. "¡Lo hicimos!" Y luego, al darse cuenta de que aún era un cadete espacial durante al menos otro período, se volvió y comenzó a golpear a Astro en la espalda. "Gran simio venusiano, lo logramos."

Cogidos del brazo, los tres cadetes cruzaron el cuadrángulo y gritaron a los amigos que pasaban. De vez en cuando guardaban silencio cuando veían a un niño que llevaba su equipo al edificio de suministros. Estos no habían logrado pasar los rígidos exámenes.

Cerca de la Torre de Galileo, los cadetes se encontraron cara a cara con Tony Richards, McAvoy y Davison. Las dos unidades se miraron en silencio, recordando lo que había sucedido solo cuatro semanas antes. Luego todos sonrieron y se golpearon en la espalda, felicitándose por haber pasado. Ninguna de las unidades había obtenido los máximos honores como resultado de su lucha y el juicio, y de tener que pasar tanto tiempo de guardia, pero habían pasado y eso era lo más importante. Todos los chicos se retiraron al intercambio de créditos y se atiborraron de tartas de frutas marcianas cubiertas con helado. Finalmente, la fiesta se disolvió cuando Tom recordó que él y sus compañeros de unidad tenían que hacer guardia en media hora.

"Bueno," dijo Tony Richards, levantándose, "los relevamos a la medianoche, así que bien podríamos irnos a la cama ahora mismo. He estado esperando esta noche durante mucho tiempo."



"No estudiar," suspiró Davison. "¡Qué cielo! Me siento como si me hubieran perdonado de la cárcel."

Los tres muchachos de la tripulación de Capella se despidieron de Tom, Roger y Astro y se marcharon. Tom se reclinó en su silla y suspiró. "Seguro que me gustaría estar en sus botas," dijo. "No veo cómo voy a pasar esta noche."

"No lo pienses," dijo Roger. "Sólo quedan siete días más, y luego nos embarcamos en un crucero de verano con la Polaris."

"No puedo esperar para volver a esa cubierta de poder," dijo Astro. "Será como volver a casa."

Más tarde, en la nueva pasarela deslizante hacia el área donde se había construido el enorme hangar, vieron al capitán Strong regresar del área restringida en la otra pasarela deslizante. Saltaron de su camino y esperaron al joven oficial.

"Estoy feliz de que hayan aprobado los exámenes, muchachos," dijo. "Y quiero que sepas que el comandante Walters y el mayor Connel piensan mucho más en ti, aunque no lo admitirían, por la forma en que trabajaste para lograrlo."

"Gracias, señor," dijo Astro respetuosamente.

"Tendrá que disculparnos, señor," dijo Tom. "Tenemos que salir al hangar y ponernos en guardia."

"Sí, y será mejor que se apesure," dijo Strong. "Después de esa confusión con Dave Barret, Firehouse Tim te ha echado el ojo. Barret hizo un gran escándalo al respecto."

"Aún no veo cómo llegó el señor Barret allí," dijo Tom. "El cuarto lado del hangar mira hacia las colinas, y los tres cubrimos los otros tres lados."

"Sin embargo, entró," interrumpió Strong, "tenía derecho a estar allí. Y también tenía derecho a portar armas."

—Capitán Strong," dijo Roger—, hemos hablado mucho de eso los tres. Y decidimos que, independientemente de lo que hayan dicho el

comandante Connel, Firehouse o Barret, haríamos lo mismo, de la misma forma. camino de nuevo."

"Creo que tienes toda la razón, Manning. Pero no me cites," dijo Strong, con voz seria. "Este es uno de los proyectos más importantes con los que he estado conectado y..." Se detuvo de repente. "Bueno, no puedo decirte más. Así de estricta es la seguridad."

"Pero todo el mundo sabe que es un proyectil que se dirigirá a un objetivo, señor," dijo Tom.

"Sí, eso se le dio a los estéreos para un comunicado de prensa general, pero hay otros factores involucrados, factores tan importantes que podrían revolucionar todo el concepto de vuelo espacial."

"¡Guau!" dijo Tom. "No es de extrañar que tengan este lugar tan bien custodiado."

"Humph," resopló Roger. "Dejaría la oportunidad de guardar este secreto revolucionario por una noche de sueño reparador."

"Lo recibirás mañana cuando salgamos de servicio," dijo Tom., "Y por favor, Roger, esta noche no habrá errores, ¿eh? No nos arriesguemos a perder el crucero de verano en la Polaris.

—¡Escucha! Quieres hablar con el cabrón de Venus sobre eso, no conmigo," declaró Roger. "Él es el que vio a Barret."

"Pero le pegaste en la cabeza," gruñó Astro. "Tú y tus reflejos felinos." El gran cadete se refirió a una carta reciente que había visto en la que una de las muchas muñecas espaciales del cadete rubio se refería a su sensibilidad como la de un poeta y a su baile tan suave como los reflejos de un gato.

Roger giró sobre el gran cadete. "¡Malditaste el retroceso a un simio venusiano!" rugió. "Si alguna vez te vuelvo a encontrar leyendo mi correo..."

"¿Vas a qué?" gruñó Astro. "¿Harás exactamente qué?" Agarró a Roger por el brazo y lo sostuvo recto, de modo que parecía como si estuviera colgando de un árbol.

Strong se rió y negó con la cabeza. "Te doy tres para el cuidado tierno y cariñoso de Firehouse Tim," dijo, saltando sobre la acera móvil, de regreso a la Academia.

"Bájame, idiota crecido," aulló Roger.

"No hasta que me prometas no volver a amenazarme con violencia," dijo Astro con un guiño a Tom. El joven cadete de pelo rizado se dobló de risa. Finalmente, bajaron a Roger al suelo y, aunque se frotó el hombro y refunfuñó, estaba realmente complacido de que Astro se sintiera con ganas de jugar con él. Los acontecimientos de las últimas semanas los habían cansado tanto a todos que no les quedaba energía para jugar.

Alegremente, se acercaron a la pasarela deslizante y regresaron al proyecto secreto.

Ahora se habían construido dos enormes vallas de alambre alrededor del área del hangar, vallas que transportaban una oleada de poder paralizante listas para recibir a cualquiera que se atreviera a tocarlas. Con más de seis metros de altura, la cerca exterior estaba enterrada a seis pies en el suelo y estaba a unos cien metros del edificio del hangar en sí ya cincuenta metros de la segunda cerca. Toda la zona también estaba vigilada por radar. Si alguna persona u objeto no autorizado se encontrara en esa área, sonaba una alarma automática y en quince segundos un centenar de guardias completamente armados estaban listos para la acción. Los hombres que habían sido autorizados por seguridad para trabajar en el área restringida y sus alrededores llevaban cinturones de metal sensibilizado especialmente diseñados que contrarrestaban los efectos del radar. Pero la valla seguía siendo intocable para todos.

Tom, Roger y Astro habían sido trasladados ahora al interior del hangar, para vigilar las únicas tres puertas de la cavernosa estructura. Estaban armados con poderosos desintegradores de calor. Estos rifles eran diferentes de las pistolas de paralorrayos que habían utilizado anteriormente. Un rayo de luz de las pistolas de rayos solo paralizaría a un ser humano, mientras que el desintegrador destruía todo lo que tocaba, quemándolo hasta convertirlo en cenizas.

Tan pronto como los tres cadetes vieron el cambio de armamento, supieron que estaban guardando algo tan secreto que la vida humana, si interfería con el proyecto, se desintegraría. Solo una vez antes, en un viaje de caza a Venus, habían usado los blásters, pero conocían el poder mortal de las armas.

No se les dijo nada. La estación de bomberos Tim no había publicado ninguna orden especial ni les había dado instrucciones especiales. Cada hombre que trabajaba dentro del hangar tenía que pasar una prueba de identificación simple pero reveladora. En una mesa en cada entrada del hangar había una pequeña caja con un agujero en la parte superior. Cada trabajador, guardia y persona que ingresó al hangar tuvo que insertar una llave en el agujero y esta hizo contacto con un dispositivo electrónico altamente sensible en su interior. Las llaves fueron entregadas solo por el mayor Connel o el capitán Strong, y si alguien intenta ingresar al hangar sin él, o si la llave no hace el contacto adecuado, encendiendo una pequeña bombilla en la parte superior de la caja, Tom, Roger y Astro tenía instrucciones sencillas: dispara para matar.

Esta forma de identificación se había utilizado durante algún tiempo, incluso antes de que se instalara la cerca de alambre, pero el cambio realmente espectacular fue en los desintegradores de calor que llevaba cada guardia. Esto, más que cualquier otra cosa, impresionó a todos los relacionados con el proyecto, que moverse en el camino equivocado, decir algo incorrecto o actuar de cualquier manera sospechosa podría resultar en la muerte instantánea.

Era una señal de confianza que Tom, Roger y Astro hubieran sido puestos en una posición tan delicada. Podían matar a un hombre y simplemente explicar: "¡La luz no se encendió!" y ese sería el final. Ninguno de los dos sabía que Connel había solicitado específicamente que se les asignara al turno de día, cuando el hangar estaría abarrotado de trabajadores, quienes, concentrados en sus trabajos asignados, podrían ser descuidados y estar abiertos a acciones instantáneas por parte del personal. guardias. Connel razonó que Tom, Roger y Astro, además de sus travesuras ocasionales en la Academia, serían más responsables que los rudos astronautas alistados. Las órdenes eran específicas: disparar para

matar, pero casi siempre había un pobre ser humano que se olvidaba. A pesar de la necesidad de una seguridad estricta, Connel sintió que tenía que permitir ese uno por ciento de fallas humanas. En secreto, estaba muy feliz de tener una unidad de crack como la Polaris para colocar en ese trabajo. Y a la unidad Capella se le había confiado la misma responsabilidad.

Fue en condiciones tan estrechas que Astro, observando la menos concurrida de las tres entradas y salidas, vio a Dave Barret caminar hacia una cabina de teleceptor público cercana y, con la puerta entreabierta, realizar una llamada transespacial a Venuspuerto.

Los trabajadores usaban a menudo la cabina y Astro no pensó mucho en ello, hasta que accidentalmente escuchó la conversación de Barret.

".. Sí, lo sé, pero las cosas están tan apretadas que ni siquiera puedo empezar a hacerlo." Barret tenía la boca cerca del transmisor y su voz era baja, pero Astro aún podía escucharlo. "Sí, sé lo importante que es para ti, pero puedo quedar reducido a cenizas si hago un movimiento en falso. Tendrás que esperar hasta que encuentre una abertura en alguna parte. ¡Adiós!"

Barret apagó el televisor y salió de la cabina para enfrentarse a la boca del desintegrador de Astro. "¡Párate donde estás!" gruñó el gran cadete.

"¿Qué, por qué tú...?" Barret cerró la boca con fuerza. Había una diferencia entre estar congelado y ser convertido en crujiente.

Astro se acercó y tocó el botón que alertaría a un escuadrón de guardias, el mayor Connel y Tim Rush. En un instante, la alarma sonó en todo el hangar y los soldados irrumpieron blandiendo sus armas. La estación de bomberos Tim y Connel llegaron segundos después. Patinaron hasta detenerse cuando vieron a Barret con las manos en el aire y el dedo de Astro en el gatillo del blaster.

"¡Por los benditos anillos de Saturno!" rugió Connel. "No otra vez."

"Baja esa pistola," exigió Rush, dando un paso adelante rápidamente. Astro bajó el arma y Barret bajó las manos.

"¿Qué significa esto?" -preguntó Connel, con el rostro enrojecido de rabia.

Astro se volvió y miró al mayor directamente a los ojos. "Mayor," dijo con calma, "este hombre acaba de hacer una llamada de teleceptor, una llamada transespacial a Venuspuerto."

"Bueno, ¿qué pasa con eso?" gritó Barret.

"Señor," dijo Astro, imperturbable por los gritos de protesta de Barret, "este hombre habló de llegar a algo, y que no podía hacerlo, porque podría quemarse hasta convertirse en cenizas. Y la otra parte tendría que esperar hasta que encontró una apertura."

"¡Qué!" exclamó Connel, volviéndose para mirar a Barret. "¿Cuál es el significado de esto, Barret?"

"¡Por qué, ese babuino cabeza de nudillo!" gritó Barret. "Claro, hice una llamada transespacial a Venuspuerto, a la Corporación de Subproductos Atómicos de Venus."

"¿De qué se trataba la llamada?" -preguntó Connel.

Los guardias no se habían movido y los trabajadores del hangar ahora se estaban reuniendo alrededor del pequeño grupo de hombres junto a la cabina del teleceptor.

"Por qué yo-"

"¡Vamos hombre!" gritó Connel. "Fuera con eso."

"Llamé para conseguir un nuevo temporizador para el sistema de inyección de combustible de proyectiles," espetó Barret. "El temporizador es demasiado lento para nuestras necesidades. Quería ajustarlo yo mismo, pero el proyectil es tan compacto que no puedo alcanzarlo sin arriesgarme a que me empape el combustible."

"¿Qué hay de ese comentario sobre encontrar una vacante?" gruñó Connel.

"¿Que está pasando aquí?" llamó el profesor Hemmingwell mientras se apresuraba hacia el grupo. "¿Por qué no están trabajando estos

hombres? Dave, ¿por qué no estás ahí...?"

"¡Un momento, profesor!" Connel ladró y se volvió hacia Barret. "Adelante, Barret."

"No pueden hacer un nuevo temporizador hasta que encuentre una manera de instalarlo sin desmontar todo el proyectil," dijo Barret, agregando sarcásticamente, "en otras palabras, mayor, encontrando una abertura."

"Está bien," ladró Connel. "Eso es suficiente." Se volvió hacia los trabajadores reunidos. "Vuélvanse a trabajar, todos vosotros." Los hombres se alejaron y la estación de bomberos Tim condujo a los guardias de regreso a sus aposentos. El profesor Hemmingwell, Barret y Astro permanecieron donde estaban.

Connel se volvió hacia Astro. "Buen trabajo, estúpido venusiano," resopló. "Pero ayúdame, si hubieras quemado a este hombre, yo, personalmente, te habría enterrado en una roca de la prisión." El mayor luego se volvió hacia Barret. "En cuanto a ti..." gruñó.

"¿Sí?" preguntó Barret con frialdad.

"Haces una llamada más como esa a través de un teleceptor público," rugió Connel, "especialmente una llamada transespacial que es monitoreada por los idiotas en la compañía del teleceptor, ¡y te enviaré a un asteroide prisión!"

"Ahora, mayor," dijo Hemmingwell con irritación, "no creo que deba hablar con Dave de esa manera. Después de todo, es un hombre muy valioso en este proyecto."

"¿Cuán valioso sería si este cadete se hubiera adelantado y lo hubiera criticado?" gruñó Connel.

"Es sólo otro ejemplo de cómo estos estúpidos muchachos han obstruido mi trabajo aquí," respondió Hemmingwell enojado. "No veo por qué tienen que interferir de esta manera. Y siempre se meten con el pobre Dave."

"Sí," gruñó Barret. "Me estoy cansando bastante de ser un pichón para un montón de mocosos." Se volvió hacia Astro. "Tendrás la

cabeza llena de llaves de tubo si vuelves a meterte conmigo."

"Recibirás un recibo, Barret," gruñó Astro. "Pagado."

"Está bien, rómpelo," gruñó Connel. "Vuelve a tu publicación, Astro. Y vuelve al trabajo, Barret, y recuerda lo que dije sobre el uso de ese teleceptor público."

Barret y Hemmingwell se alejaron, mientras el pequeño profesor hablaba rápidamente con el científico más joven, tratando de calmar su ira.

Astro, Tom y Roger fueron extraordinariamente estrictos con la salida de los trabajadores esa noche y hubo murmullos de enojo en las filas de los hombres que querían llegar a casa. Pero los tres cadetes se negaron a apresurarse e hicieron que cada hombre realizara el ritual de salir al pie de la letra. Más tarde, después de haber sido relevados por la unidad Capella y haberles contado el incidente entre Astro y Barret, regresaron al dormitorio de la Academia más cansados que nunca antes en sus vidas. Treinta segundos después de llegar a su habitación, dormían en sus literas, sin desvestirse ni lavarse. Como perros apaleados, estaban tumbados en sus literas, muertos para el mundo.



# Capítulo 6

¡Sabotaje!

El mayor Connel, el comandante Walters, el capitán Strong, el profesor Hemmingwell y Dave Barret miraron con incredulidad la maraña de cables y tubos rotos en la cubierta principal de la elegante nave espacial.

"Busque a todos los hombres que han estado en este hangar durante las últimas veinticuatro horas y haga que lo lleven bajo vigilancia al laboratorio para psicógrafos." El rostro del comandante Walters estaba sombrío cuando rompió la orden.

El profesor Hemmingwell y Barret se pusieron de rodillas y examinaron cuidadosamente el dispositivo de disparo averiado. Después de un largo período de silencio, mientras Strong, Walters y Connel los observaban hurgando entre la maraña de cables y conexiones rotas, Hemmingwell se puso de pie.

"Se puede reemplazar en doce horas," anunció. "Creo que quien hizo esto o no sabía lo que estaba haciendo, o fue un accidente."

"Explique eso, ¿quiere, profesor?" preguntó Strong. "No entiendo."

"Esta es una unidad importante," respondió Hemmingwell, indicando los restos, "pero no la parte más importante de toda la unidad. Cualquiera que realmente supiera lo que estaba haciendo y quisiera retrasar el proyecto podría haberlo hecho mucho más fácilmente simplemente destruyendo esto." Hemmingwell extendió un pequeño cilindro de aspecto metálico.

"¿Qué es eso, profesor?" preguntó Barret.

"¿No lo sabes?" preguntó Connel.

"No, no lo hace," espetó el profesor Hemmingwell. "Esto es algo que desarrollé y que solo el comandante y yo sabemos."

"Entonces, si usted y el comandante Walters son los únicos que lo saben," dijo Steve Strong lentamente, "entonces un saboteador lo habría pensado sin importancia y se habría concentrado en el resto del mecanismo."

"Parece de esa manera," reflexionó Connel. "Pero aún existe la posibilidad de que haya sido un accidente, como dijo el profesor."

Strong miró a Connel inquisitivamente y luego volvió a los escombros. La unidad había sido lanzada desde la cubierta superior de la nave espacial, hacia la cubierta principal, y parecía como si alguien hubiera pisoteado sus delicados trabajos.

"Haré que un equipo se ponga a trabajar en esto," dijo Hemmingwell.

"Comandante," anunció de repente Connel, "seguiré adelante con mi viaje a Marte para inspeccionar los receptores de prueba. No creo que este incidente sea lo bastante grave como para retrasar mi partida, y si el profesor Hemmingwell y sus hombres pueden esta unidad vuelve a funcionar en doce horas, entonces hay muy poco tiempo perdido y podemos seguir adelante con las pruebas según lo programado."

"Está bien, Lou," dijo Walters. "Haz lo que mejor te parezca. Te prepararé una nave en el espaciopuerto de la Academia cada vez que quieras irte."

Connel asintió en agradecimiento. "Creo que tomaré la Polaris, con Cadet Corbett como segundo piloto," dijo. "Me estoy haciendo demasiado mayor para dar un salto en solitario en un explorador hasta Marte. Necesito descansar." Le sonrió con picardía a Walters.

"Descansa," resopló Walters. "Si te conozco, Lou Connel, estarás despierto toda la noche trabajando en los procedimientos operativos estándar para los proyectiles espaciales." Se volvió hacia Strong. "Está tan seguro de que esto funcionará que ya está escribiendo un manual preliminar para el personal alistado."

Strong se volvió y miró al mayor, asombrado. Cada día aprendía

más y más sobre el veterano curtido en el espacio.

Connel se volvió hacia Strong. "¿Le darás a Corbett la orden de estar listo a las 0600 horas mañana por la mañana, Steve?" preguntó.

"Por supuesto, Lou," respondió Strong.

Cuando el mayor se alejó, Walters lo llamó: "Tómalo con calma."

Dejando a Hemmingwell y Barret para que se encargaran de limpiar los escombros, Strong y Walters salieron de la nave, dejaron el hangar y se dirigieron a la Academia.

"¿Cree que fue un sabotaje, señor?" preguntó Strong, mientras cabalgaban por la acera.

"No lo sé, Steve," dijo el comandante. "Si esa unidad especial de Hemmingwell se hubiera dañado, yo diría que podría haber sido un accidente. Pero las cosas que resultaron dañadas habrían puesto toda la obra fuera de servicio si no tuviéramos esa unidad."

"Sí, señor," dijo Strong con gravedad. "Así que el hombre que lo hizo pensó que estaba haciendo un trabajo completo."

"Bien," dijo Walters. "Suponiendo que fue un sabotaje."

"¿Alguien de quien sospeches?"

"Ni un alma viviente," respondió Walters. "Cada hombre en ese hangar ha sido cuidadosamente examinado por nuestra Sección de Seguridad. Antecedentes, historia, todo. No, creo que realmente fue un accidente."

"Sí, señor," respondió Strong, pero no con la convicción que le hubiera gustado sentir.

Pat Troy había sido el capataz del profesor Hemmingwell durante casi dos años. Su trabajo era leer los complicados planos y hacer que los trabajos de construcción e instalación avanzaran según lo programado. Troy carecía de educación formal, pero sin embargo supo leer e interpretar los complicados planes que el profesor y sus ayudantes trazaron y transformar sus ideas en verdaderos

dispositivos mecánicos. El profesor Hemmingwell se consideraba afortunado de tener a un hombre de la capacidad de Troy no solo como compañero de trabajo, sino también como amigo cercano.

Pero a Dave Barret no le agradaba Troy, e hizo evidente esta aversión al darle a Troy tanto trabajo como fuera posible, principalmente tareas que estaban por debajo de su capacidad, alegando que solo confiaba en los científicos capacitados. Barret puso al profesor en la posición de tener que defenderse unos a otros. Necesitaba a ambos hombres, ambos eran excelentes en sus respectivos campos, y le resultaba cada vez más difícil mantener algún tipo de relación pacífica entre ellos. Barret, como asistente principal y supervisor del proyecto de Hemmingwell, era naturalmente superior en rango a Troy, y lo aprovechó al máximo. Troy, un hombre tranquilo y tolerante, se tomó las burlas y comentarios cáusticos de Barret en silencio, haciendo su trabajo y terminándolo a tiempo. Pero de vez en cuando tenía dificultades para controlar su resentimiento.

El día después del accidente, o intento de sabotaje en la unidad de disparos, el hangar estaba en silencio, la mayoría de los trabajadores aún estaban psicografiados. Troy, uno de los primeros en ser graficados, había sido detenido por los técnicos más tiempo de lo habitual, pero ahora estaba de vuelta en su banco, trabajando en la unidad. Este incidente le dio a Barret la oportunidad que estaba buscando, y mientras él y el profesor Hemmingwell atravesaban el hangar, comentó casualmente: "Odio decir esto, señor, pero no me gusta la forma en que Troy ha estado actuando últimamente."

"¿Qué quieres decir, Dave?" preguntó Hemmingwell.

"Yo dependo mucho del instinto," respondió Barret. "Y por muy bueno que haya sido el trabajo de Troy, siento que el hombre está ocultando algo."

"Vamos, Dave," resopló el profesor. "Lo conozco desde hace mucho tiempo. Creo que estás siendo un poco duro."

Cuando Barret se encogió de hombros y no respondió, una expresión preocupada cruzó el rostro de Hemmingwell. "Pero al

mismo tiempo," dijo lentamente, "si tienes alguna reserva, supongo que no estaría de más vigilarlo."

"¡Sí!" asintió Barret con entusiasmo. "Eso es justo lo que yo estaba pensando."

Llegaron al banco de trabajo donde Troy, un hombre pequeño con brazos y hombros poderosos, estaba trabajando en una complicada serie de cables y tubos de vacío. Miró hacia arriba, asintió casualmente a los dos hombres e indicó el instrumento.

"Aquí está, profesor," dijo. "Todo listo para funcionar. Pero tuve un pequeño problema para colocar esa bobina donde los planos lo indicaban."

"¿Por qué?" Preguntó Barret. "Diseñé esa bobina yo mismo. ¿No es un poco extraño que una bobina que diseñé, y el profesor O.K.'d, no encajen?"

"No me importa quién lo diseñó," dijo Troy fácilmente. "No encajaba donde indicaba el plano. Tuve que rediseñarlo."

"Ahora, ahora," dijo el profesor Hemmingwell, sintiendo problemas. "Tómatalo con calma, muchachos."

"Profesor," explotó Barret, "¡insisto en que despida a este hombre!"

"¡Despideme!" exclamó Troy enojado. "Vaya, rastreador espacial, eres el que debería ser despedido. Te vi volver al hangar la otra noche solo y..."

"¡Por supuesto lo hice!" espetó Barret. "Me enviaron aquí para obtener información sobre..." Se detuvo de repente y miró a Troy. "Espera un minuto. ¿Cómo pudiste verme aquí abajo? ¿Qué estabas haciendo aquí?"

—Por qué... yo... Troy vaciló. "Vine a revisar algunos equipos."

"¿Por qué te detuvieron en las pruebas de psicógrafo esta mañana?" -preguntó Barret.

"¡No es asunto tuyo!" gritó Troy. "Estaba haciendo mi trabajo. Eso es

todo."

"Apuesto," espetó Barret. "Profesor, aquí está su agente de sabotaje. ¿Para quién trabaja, Troy?"

"No es asunto tuyo," tartamudeó Troy, aparentemente confundido. "Quiero decir, no estoy trabajando para nadie."

"¡Ya lo ve, profesor!" gritó Barret.

"Creo que será mejor que te expliques, Pat," dijo el profesor, luciendo preocupado y sospechoso. "¿Por qué estuvo detenido tanto tiempo esta mañana?"

"Me estaban haciendo preguntas."

"¿Qué tipo de preguntas?" -preguntó Barret.

"No tengo permitido decírtelo."

"¿Qué estabas haciendo aquí la otra noche?" prosiguió Barret. "La noche que me viste aquí."

"Bajé para revisar nuestros suministros. Sabía que nos estábamos quedando sin ciertos equipos."

"¿Que tipo de cosas?" preguntó el profesor.

"Bueno, los temporizadores de los osciladores," respondió Troy. "Sabía que los necesitaríamos para las nuevas unidades que usted y el comandante Walters estaban planeando."

"¡Guardia!" gritó Barret de repente. "¡Guardia!" Se volvió y llamó a Roger y Astro, que estaban haciendo guardia en las puertas. Ambos llegaron corriendo, con sus desintegradores listos.

"¿Qué es?" preguntó Astro. "¿Que está pasando aquí?"

"¡Arresten a ese hombre!" gritó Barret. Astro y Roger miraron interrogantes a Troy. No lo conocían personalmente, pero lo habían visto por el hangar y sabían que trabajaba en estrecha colaboración con el profesor y Barret.

Astro, que aún desconfiaba vagamente del comportamiento de Barret, se volvió hacia Hemmingwell. "¿Qué le parece, profesor?" preguntó. "¿Llevamos a este tipo?"

Hemmingwell miró fijamente a Troy. "Pat, ¿sabías sobre la nueva unidad que estaba construyendo?"

"Sí, señor," respondió Troy con franqueza. "Accidentalmente escuché a usted y al comandante Walters discutirlo. Por lo que dijo al respecto, sabía que necesitaría nuevos temporizadores para los osciladores..."

Roger y Astro habían oído hablar de la unidad vital que no había sido destruida y se dieron cuenta de que Troy estaba admitiendo un conocimiento que no debería haber tenido. Roger levantó el desintegrador amenazadoramente. "¡Está bien, tío!" gruñó. "Muévete de esta manera y muévete lentamente."

"Profesor," exclamó Troy, "¡no los dejará...!"

"Lo siento, Pat," dijo el profesor, con una mirada abatida en sus ojos. "No tengo nada que ver con eso ahora. Deberías haberme dicho que sabías sobre la nueva unidad. Y el hecho de que estuvieras aquí la noche en que fue destruida, bueno..." Se encogió de hombros significativamente y se dio la vuelta.

"Está bien, tío," gruñó Astro, "¿te mueves o yo te muevo? No me importa."

Troy echó un vistazo a los desintegradores que le apuntaban y caminó silenciosamente entre ellos hasta la puerta del hangar. Barret y el profesor Hemmingwell permanecieron en el banco de trabajo, siguiendo al trío con la mirada.

Más tarde, después de que Troy hubiera sido encerrado de forma segura en el calabozo de la Academia, el Departamento de Bomberos Tim Rush se sentó en su escritorio en la pequeña cabaña de seguridad tomando nota de los informes de los dos cadetes.

.. Y bajo las órdenes de Dave Barret y el profesor Hummingbird," estaba diciendo Roger.

"Hemmingwell," espetó Firehouse. "Hemmingwell."

—Hemmingwell,"asintió Roger con un guiño a Astro—, llevamos al sospechoso al oficial de la guardia, la estación de bomberos Tim Rush.

"¿Puede esa estación de bomberos, chorro!" gruñó Rush. "Solo mis amigos pueden llamarme así. Y vosotros dos no están en esa clasificación."

"Está bien, bombero," dijo Roger. "Puedo llamarte bombero, ¿no? Después de todo, eres un cohete bastante caliente y..."

"¡Vuelve a tus publicaciones!" rugió Firehouse Tim con su voz más fuerte.

Roger y Astro sonrieron y se apresuraron a salir del pequeño edificio. Antes de reanudar sus puestos en el hangar, los dos cadetes se detuvieron en un dispensador automático de refrescos. Mientras bebían lentamente, miraron alrededor del hangar. El proyecto estaba de nuevo en pleno funcionamiento ahora. Los trabajadores que habían sido exonerados se habían enterado del arresto de su capataz y parecía haber más charla que trabajo.

Dave Barret se acercó a Roger y Astro. Asintiendo de una manera sorprendentemente amistosa, dijo: "Quiero felicitarlos a vosotros dos por su buen trabajo hace un tiempo. Creo que ese traidor habría intentado cualquier cosa si no hubieran estado allí. Incluso podría haber intentado matarme." o el profesor."

Roger y Astro murmuraron un breve agradecimiento por el cumplido.

Barret los miró con curiosidad. "No hay necesidad de que estemos enojados entre nosotros," dijo suavemente. "Me doy cuenta de que cuando tuvimos nuestros dos pequeños enfrentamientos estabas cumpliendo con tus deberes, y me disculpo por comportarme como lo hice. ¿Qué te parece? ¿Podemos temblar y olvidarlo?" Le tendió la mano. Astro y Roger se miraron y se encogieron de hombros, cada uno por turno, tomando la mano del joven.



"Saben," dijo Barret, "he oído mucho sobre vosotros tres cadetes de la unidad Polaris. Especialmente vosotros, Manning. Tengo entendido que saben casi tanto sobre electrónica como su instructor en la Academia."

Roger sonrió tímidamente. "Me gusta mi trabajo."

"Bueno, ¡explota mis jets!" rugió Astro. "Es la primera vez que escucho a Manning aceptar un cumplido con gracia." El gran venusiano se volvió hacia Barret. "No solo es el mejor astrogante en todo lo alto, ancho y profundo," dijo con sinceridad, "sino que podría haber tenido una carrera maravillosa en la electrónica si no hubiera querido ser un jinete de cohetes conmigo y Corbett. "

"¿Es eso así?" murmuró Barret cortésmente. "Bueno, Manning, debes tener algunas ideas sobre el trabajo que se está llevando a cabo aquí."

"Seguro que lo he hecho," dijo Roger. "Y veo muchas cosas aquí que podrían hacerse mucho más fácilmente."

"Hum," reflexionó Barret. "¿Sabes? algo. Creo que podría ser capaz de relevarlos a los dos del deber de guardia. Después de todo, si Corbett puede salir de esto, no veo por qué no puedo poner tus talentos a trabajar para nosotros aquí. ¿Cómo? sobre eso?"

Ambos chicos casi saltaron en el aire.

"¡Eso sería fantástico, Sr. Barret!" exclamó Astro.

"Llámame Dave, Astro. Ahora somos amigos, ¿recuerdas?"

"Claro, Dave," tartamudeó Astro. "Pero escuche, haríamos cualquier cosa para quitarnos este detalle y sacar a Firehouse de nuestros cuellos."

Barret sonrió. "Está bien. Veré qué puedo hacer." Se dio la vuelta y se alejó, dándoles un saludo amistoso al despedirse.

Astro y Roger apenas podían creer su suerte. Regresaron a sus puestos y asumieron de nuevo el servicio de guardia con el corazón alegre.

En su pequeña oficina privada, Barret los observó a través de la puerta abierta del hangar y luego se dirigió a su escritorio para recoger el audioceptor privado recientemente instalado. Pidió un número privado en una pequeña ciudad de Marte y luego amonestó al operador: "Esta es una llamada de seguridad, señorita. Desconecte su circuito y no escuche. El incumplimiento resultará en su despido inmediato y posible procesamiento penal." "

"Sí, señor," respondió respetuosamente el operador.

Hubo un clic claro y Barret escuchó una voz ronca.

"¿Hola?"

"Este es Barret," susurró el joven diseñador. "Todo va bien aquí. Acabo de hacer arrestar al capataz para sacarlos de la pista, y tengo un plan para deshacerme de dos de estos cadetes entrometidos." Barret escuchó un minuto y luego continuó. "Connel y el otro cadete, Corbett, han ido a Marte para inspeccionar los receptores. No se preocupe por nada. Esta nave nunca despegará. Y si lo hace, nunca disparará un proyectil."

Barret colgó y regresó a la puerta abierta. Saludó a Roger y Astro al otro lado del hangar y los dos cadetes le devolvieron el saludo.

"Como corderos al matadero," se dijo.

# Capítulo 7

"¡Habla, Corbett!"

Sentado en la silla del piloto en la cubierta de control del crucero espaci a la Polaris, el mayor Connel gritó la orden por el intercomunicador mientras examinaba los numerosos diales del enorme tablero de control.

"Un minuto para el aterrizaje, señor," informó Tom por el intercomunicador desde el puente de radar de la Polaris.

"Un minuto para el aterrizaje," repitió Connel. "¡Derecha!"

Connel alcanzó los interruptores y palancas que llevarían a la nave gigante a descansar en el planeta rojo de Marte. Incluso después de sus muchos años en la Guardia Solar y miles de vuelos espaciales, aterrizar un cohete seguía siendo emocionante para el veterano astronauta, y saber que tenía un buen hombre en la cubierta del radar lo hacía aún más emocionante y exigente de su habilidad..

"¡Decelerar!" gritó Tom por el intercomunicador.

Connel apagó los cohetes impulsores principales y al mismo tiempo abrió los cohetes de frenado de morro. "¡Frenos de cohetes!" el grito.

"Mil pies para el aterrizaje," dijo Tom.

Connel observó cómo giraban los diales ante él.

"Setecientos cincuenta pies hasta el aterrizaje," informó Tom.

"¡Sigue contando, Corbett!" gritó Connel con entusiasmo.

"¡Quinientos pies!"

Connel cortó rápidamente los cohetes de frenado de nariz y volvió a abrir los cohetes impulsores principales cuando la nave cayó en

picado hacia la superficie de Marte.

"¡Doscientos pies!" llegó la llamada de advertencia por el intercomunicador.

Connel miró la pantalla del teleceptor sobre su cabeza que mostraba el espaciopuerto debajo. Las pistas y plataformas de hormigón se apresuraban a encontrarse con la nave gigante. Abrió los cohetes principales por completo.

"¡Setenta y cinco pies! ¡Esperen!" gritó Tom.

Las manos de Connel destellaron sobre el panel de control de la nave, accionando interruptores, moviendo palancas y girando diales en un esfuerzo por llevar la nave a un aterrizaje suave. Hubo un repentino rugido de cohetes y luego un golpe suave.

"¡Aterrizaje!" rugió Connel.

Apagó los interruptores principales del tablero de control, giró en su silla y anotó la hora en el cronómetro astral. "¡Touchdown Marsport, 2117!" el anunció.

Tom bajó la escalera desde el puente del radar e inmediatamente anotó la hora de llegada en el diario. Se dio la vuelta y saludó al mayor con dureza. "Todo seguro, señor," dijo.

"Felicitaciones por un viaje tranquilo, Corbett," dijo Connel. Y gracias por dejarme acogerla. Sé que es inusual que el oficial superior se haga cargo de la nave, pero de vez en cuando siento la necesidad de poner mis manos en esos controles y... bueno... Connel hizo una pausa, buscando a tientas palabras.

Tom estaba tan sorprendido por el tambaleante intento del mayor de explicar sus sentimientos que sintió que se sonrojaba. Siempre había sospechado que el mayor era un jinete de cohetes en el fondo y ahora estaba seguro. Pero nunca le diría a nadie, ni siquiera a Roger y Astro sobre este incidente. Era algo que sabía que él mismo sentiría si alguna vez llegaba a tener la edad del mayor Connel y llegaba a su puesto. Entre el oficial y el cadete pasó una repentina sensación de comprensión mutua.

"Entiendo, señor," dijo Tom en voz baja.

"¡Despedido!" rugió Connel, recuperando la compostura de nuevo y muy consciente de que había expuesto sus sentimientos más íntimos al cadete. Pero no le importó demasiado. Tom Corbett había demostrado sin lugar a dudas que tenía la materia de la que están hechos los verdaderos astronautas, y debido a esto, Connel podía sentirse tan cerca de él como un hombre cercano a su edad. Nunca hubo una raza de hombres que se sintieran tan unidos en su amor por el trabajo como los astronautas y no había necesidad de más explicaciones.

Cuando salieron de la Polaris y pisaron la rampa de aterrizaje en Marsport, Connel y Tom vieron que los equipos de tierra ya estaban revisando los posquemadores y los tubos de escape de la nave. Un joven teniente de la Guardia Solar, vestido con un uniforme decididamente grasiento, se puso firme ante Connel.

"Teniente Slick a su servicio, señor," anunció.

"Teniente," gritó Connel, "¡su uniforme está sucio!"

"Sí, señor, lo sé, señor," respondió el joven oficial. "Pero estaba revisando una unidad de tiro esta mañana, señor, y creo que me he ensuciado un poco."

"Ese es el trabajo de un hombre alistado, señor," dijo Connel. "Eres un oficial."

—Lo sé, señor, pero..., tartamudeó Slick. "Bueno, señor, de vez en cuando me gusta hacerlo yo mismo."

Tom se volvió, escondiendo una sonrisa. El joven oficial estaba expresando los mismos sentimientos que el propio Connel había expresado unos minutos antes. Connel se aclaró la garganta, y con una mirada de soslayo a Tom y un guiño, despidió al joven oficial y le ordenó que enviaran un coche a reacción a buscarlos de inmediato.

"Tome el mío, señor," dijo el joven oficial, feliz de haber escapado tan fácilmente a la ira de Connel. No hacía mucho tiempo que había

sido cadete en la Academia y recordaba con demasiada claridad lo que Connel podía hacer cuando estaba enojado.

Cuando subieron el coche a reacción, Tom se sentó detrás del volante y, con Connel sentado a su lado, envió el pequeño y elegante vehículo rugiendo a través del puerto espacial hasta el edificio principal de la administración.

Dentro del reluciente edificio de cristal, Connel y Tom fueron escoltados por un guardia de los Marines Espaciales a la oficina del comandante del puerto espacial, el capitán Jim Arnold. Él y Connel se conocían bien, y después de un rápido saludo y la presentación del joven cadete, Connel pidió los últimos informes sobre los receptores de proyectiles.

"Lou, tengo buenas noticias para ti," anunció Arnold. "Hemos completado las rampas de recepción para la prueba. Tan pronto como su nave esté lista para disparar sus proyectiles de carga, podemos recibirlos."

El rostro de Connel mostró la sorpresa que sintió. "¡Vaya, Jim, esa es la noticia más asombrosa que he escuchado!" el exclamó. "¿Cómo lo hiciste?"

"A través del trabajo duro," respondió Arnold, "y los esfuerzos de un joven oficial llamado Slick. Él manejó todo."

"¡Resbaloso!" exclamó Connel. "Lo regañé por llevar un uniforme sucio."

"Él es responsable de nuestro éxito," afirmó Arnold. "Y lo que es más, esos receptores se pueden desmontar y volver a montar en menos de diez minutos."

"Increíble," jadeó Connel. "Tengo que ver esas cosas de inmediato. Vamos, Corbett."

Tom siguió al mayor fuera de la oficina y de regreso al coche a reacción. Estaban a punto de conducir hacia el extremo opuesto del campo cuando escucharon que alguien les gritaba. Tom detuvo el veloz cochecito y Connel se dio la vuelta para ver quién los había

llamado.

Carter Devers se apresuró a saludar al oficial de la Guardia Solar con entusiasmo. "Mayor, esto es una sorpresa."

"Hola, Carter. ¿Qué estás haciendo aquí?" Preguntó Connel sin rodeos.

"Tuve algunos negocios aquí en Marte," dijo Devers. "He terminado y estoy de camino de regreso a la Tierra. Por casualidad, no regresarías pronto, ¿verdad? Vi al crucero de la Guardia Solar entrar y uno de los asistentes me dijo que ellos lo estaban preparando para el despegue inmediato... "

"Por supuesto, Carter," dijo Connel enérgicamente. "Entra. Vamos a inspeccionar los receptores y luego regresaremos."

Devers se subió al coche a reacción y Tom cruzó la amplia extensión del puerto espacial.

Connel se volvió hacia Devers y dijo con entusiasmo: "¿Te imaginas, Devers? Un joven oficial aquí en Marsport ha ideado una forma de ensamblar y transportar los receptores en una cantidad de tiempo fantásticamente pequeña."

"Eso es asombroso," dijo Devers. "Me gustaría mucho verlos." Miró a Tom y dijo: "Por cierto, ¿quién es tu joven amigo?"

"Oh, lo siento," respondió Connel. "Este es el cadete Corbett de la unidad Polaris. Sin duda ha oído hablar de ellos. Él y sus compañeros de unidad logran meterse en más problemas que todos los monos de la jungla venusiana."

Carter se rió. "Conozco a Lou Connel lo suficiente como para saber que cuando dice algo así sobre ti, hijo, piensa muy bien de ti."

"Gracias, señor," respondió Tom, sin saber qué más decir.

Mientras Connel y Devers hablaban de los problemas relacionados con la operación del proyectil, Tom se concentró en conducir. Estaba siguiendo las instrucciones dadas por Jim Arnold para llegar al campo de pruebas y esto hizo necesario que Tom condujera

directamente a través del centro del puerto espacial, entrando y saliendo de las docenas de naves espaciales estacionadas en las rampas de concreto.

Tom pasó rápidamente junto a ellos, conduciendo con pericia, dirigiéndose hacia un grupo de blocaos de hormigón encerrados por una valla que sabía que sería el área de pruebas. Al lado de la valla, una nave espacial pequeña y de nariz rechoncha estaba cargando carga, y debajo de la nave, dos enormes camiones a reacción estaban retrocediendo hasta su posición. Tom condujo el coche hasta la puerta y se detuvo ante la señal de un guardia armado. Connel, Devers y Tom salieron del coche y esperaron un minuto, y luego apareció el joven teniente Slick, vestido con un uniforme limpio.

Slick comparó sus nombres con una lista que llevaba y luego llevó a Connel a un lado. "Lo siento, señor," dijo, fuera del alcance de la audiencia de Tom y Dever, "no puedo permitir que el cadete entre en esta área."

"¿Por qué no?" preguntó Connel. "Yo responderé por él."

"Lo siento, señor," dijo Slick. Esas son mis órdenes. Puedo dejarlos entrar a usted y al señor Devers, pero no al cadete Corbett. Le mostró a Connel una lista de nombres: Connel, Strong, Hemmingwell, Walters, Devers y Barret. Eran los únicos nombres en él.

Connel asintió. "Entiendo," dijo y se volvió hacia Tom. "Tendrás que quedarte aquí, Corbett," llamó. Espérame en el coche.

"Sí, señor," respondió Tom y se subió al avión.

Retrocedió por la puerta y se detuvo junto a la valla cerca del carguero de nariz rechoncha. Cuando Connel y Devers, escoltados por Slick, desaparecieron detrás de un fortín dentro del área restringida, Tom se acercó casualmente para observar la operación de carga de la nave espacial. Algunos de los trabajadores se detuvieron cuando se acercó y, reconociendo su uniforme de cadete, lo saludaron calurosamente.



"Cadete espacial, ¿eh?" dijo uno de los hombres. "Seguro que desearía poder llevar a mi chico a la Academia."

"Yo también," dijo otro hombre. "Todo lo que escucho desde la mañana hasta la noche es Academia Espacial, Academia Espacial."

Tom sonrió agradecido por su admiración. Mientras respondía a sus preguntas sobre la escuela de formación de la Guardia Solar, continuaron trabajando. Después de un rato, la conversación se centró en el área restringida detrás de la cerca.

"Se está realizando un trabajo bastante importante allí," dijo uno de los hombres. "Pero ¿cómo es que no te dejaron entrar?"

"No he sido autorizado por seguridad," respondió Tom. "Es ultrasecreto."

"Secreto," dijo un hombre que acababa de unirse al grupo. Tom lo había visto antes, saliendo de uno de los enormes camiones a reacción estacionados cerca de la puerta. "Vaya, no hay ningún secreto sobre lo que está pasando allí," continuó.

"¿Por qué dices eso?" preguntó Tom alerta.

"Bueno, todos lo sabemos, Cadete," dijo uno de los primeros hombres con los que Tom había hablado. "Están construyendo receptores para proyectiles de carga."

Tom tragó saliva sorprendido. "Pero ¿cómo lo supiste?" preguntó.

"Vaya, es de lo único de lo que hemos estado hablando en el garaje y en Sloppy Sam's, el lugar de reunión de los camioneros a reacción," respondió el camionero. "Si esto funciona, se terminará el transporte de superficie."

"Así es," afirmó otro trabajador. "Toda la industria desaparecerá de la noche a la mañana. Ya nadie hará transportar nada en camión. La carga se cargará en un proyectil y se lanzará al espacio hacia un carguero que pasa. Luego, el carguero lo lleva a su destino y lo dispara de regreso a un receptor."

"Pero ¿cómo pudiste saber todo esto?" preguntó Tom. "Es uno de los

secretos mejor guardados de la Guardia Solar."

"Está por todo Marte," declaró el camionero con una risa burlona. "Bueno, todo el mundo lo sabe."

De repente, uno de los hombres gritó y señaló la valla. El camión a reacción estacionado cerca de la puerta avanzaba lentamente. Mientras Tom y los hombres miraban con horror, el vehículo gigante se estrelló contra la cerca y rodó hacia el área restringida, ganando velocidad.

En un instante, Tom estaba dentro del coche a reacción, atravesando el agujero de la cerca y a toda velocidad detrás de la enorme máquina. A su alrededor, los guardias corrían tras el camión, gritando frenéticas advertencias. Muy por delante de él, Tom vio al mayor Connel y Devers parados cerca de varios receptores alineados afuera de un fortín. El camión avanzaba directamente hacia ellos. Al escuchar los gritos de alarma, los dos hombres se volvieron y vieron su peligro. Devers saltó inmediatamente a la seguridad del fortín, pero Connel tropezó y cayó pesadamente. A Tom se le heló la sangre. Vio que el mayor se había golpeado la cabeza contra uno de los receptores y quedó tendido en el suelo, aturdido e incapaz de moverse.

Tom apretó el acelerador del diminuto automóvil a reacción hasta el suelo y salió disparado hacia adelante como un cohete. Ahora estaba junto al camión, pero la distancia entre la enorme máquina y Connel se estaba reduciendo rápidamente. Tom apretó los dientes e instó al pequeño coche a que avanzara más rápido. Sabía que no había tiempo suficiente para subir a la camioneta y tirar del freno. Solo había una cosa que podía hacer.

Recuperando sus sentidos, Connel trató de gatear hasta un lugar seguro, pero no hubo tiempo. Se preparó para lo que sabía que sería la muerte instantánea, y luego, para su asombro, vio que el auto a reacción de Tom se desviaba bruscamente frente al camión fuera de control.

Tom giró el auto a reacción frente al camión fuera de control Tom giró el automóvil frente al camión fuera de control

Nota

Hubo un desgarrador estruendo de metal, un estridente chillido de neumáticos que patinaban, culminado por un estruendoso rugido. Después de eso, silencio de muerte.

Por un segundo, Connel se quedó paralizado de horror, mirando el camión volcado y la maraña de metal retorcido que era el coche a reacción. Luego se lanzó hacia adelante con un grito frenético.

"¡Corbett! ¡Corbett!"

# Capítulo 8

"¡Tom! ¡Tom!"

Connel se arrodilló junto a la forma inerte del cadete espacial, gritando frenéticamente, rezando para que el niño saliera milagrosamente ileso, pero temiendo lo peor. Unos momentos después, Tom gimió y abrió los ojos.

"¿Detuve - detuve el camión?" preguntó débilmente.

"¡Seguro que lo hiciste, hijo!," dijo Connel, exhalando un suspiro de alivio. Y agradezco a las estrellas del afortunado astronauta que estás bien. No veo cómo saliste vivo.

Tom se sentó. "Salté del coche a reacción en el último minuto," dijo. "Supongo que debí haberme golpeado la cabeza." Miró su uniforme rasgado. "Wow," dijo. "Mírame."

"No te preocupes por eso." Connel se rió. Se volvió hacia el teniente Slick, que acababa de llegar corriendo.

"Teniente, quiero una revisión completa de los hombres que estaban parados fuera de la cerca cuando el camión se escapó."

"Sí señor." El joven teniente le dio una palmada a Tom en el hombro. "Buen trabajo, Cadete," dijo y se alejó.

Tom sonrió para agradecerle al joven oficial y luchó por ponerse de pie. "Señor," le dijo a Connel, "creo que debería explicarle algo sobre ese camión."

"¡El camión!" gritó Connel. Se volvió y llamó: "Teniente, vuelva aquí." El joven oficial se volvió. "Adelante, Tom," dijo Connel.

Mientras Tom contaba su historia de que la camioneta estaba estacionada cerca de la puerta y había comenzado a rodar por sí sola, Connel y Slick escucharon atentamente. En silencio, Devers se unió a ellos. Finalmente, cuando Tom hubo terminado, Connel se

frotó la barbilla pensativamente y miró fijamente el camión que estaba siendo examinado por un enjambre de guardias.

Unos momentos después, el sargento al mando informó a Connel que habían encontrado una placa de embrague desgastada que podría haberse deslizado y haber hecho que la camioneta rodara por sí sola, especialmente si el motor estaba girando.

Connel asintió y luego ordenó: "Traiga al conductor aquí."

El hombre que había hablado con Tom sobre el proyecto secreto se presentó bajo guardia. Estaba profundamente asustado y Connel lo sabía. "Relájate, amigo," dijo. "Solo quiero hacerte una pregunta."

"Sí, señor," tragó saliva el conductor del camión.

"¿Le pasó algo a su camioneta?" -preguntó Connel.

"Sí, señor," respondió el conductor. "Tuve un embrague deslizándose."

Connel se volvió bruscamente hacia el teniente Slick. "Muy bien, Slick, suelta a este hombre y vuelve a levantar la valla. Estoy satisfecho de que fue un accidente."

"Sí, señor," respondió Slick, y dejó el grupo con el conductor agradecido.

Connel se relajó por primera vez y se volvió hacia Carter Devers, que había estado de pie en silencio. "Bueno, Carter," dijo, "¡mira lo que quise decir sobre la unidad Polaris metiéndose en problemas! Maldita sea, si no la encienden, seguro que pueden terminarla." Se volvió hacia Tom. "Hijo, te mereces un tiempo libre. Vuelve al hotel Spacelanes en Marsport y consigue una habitación. Olvídate de todo y relájate. Y consigue un uniforme nuevo también."

"Y envíame la factura," dijo Devers de repente. "Es lo menos que puedo hacer."

"Gracias, señor," dijo Tom. "Me vendría bien un poco de sueño."

Tomó un paseo en un trineo a reacción y se dirigió al edificio de la

administración, donde se las arregló para limpiarse lo suficiente como para estar presentable en el hotel. Más tarde, mientras recorría el canal en curva en una cabina de reacción hacia la sección principal de Marsport, se relajó por primera vez y disfrutó de las vistas.

La ciudad de Marsport se construyó a toda prisa, al menos la parte antigua de la ciudad. Como muchos otros planetas, cuando fue colonizada por primera vez por los primeros grandes conquistadores del espacio varios cientos de años antes, la ciudad surgió de una necesidad inmediata, sin un plan formalizado.

Años más tarde, cuando se formó la Alianza Solar y hubo un gobierno uniforme en todo el sistema solar, los ciudadanos de Marte comenzaron a considerar su pequeña y fea capital con disgusto. Se hizo un gran esfuerzo para limpiar su apariencia escuálida y se enviaron enormes cargamentos de cristal de Titán a Marte para su construcción moderna. Ahora, mientras Tom Corbett cabalgaba cómodamente por una autopista que bordeaba uno de los antiguos canales, se acercó a la ciudad con una vaga sensación de asombro. Torres relucientes, que reflejaban los últimos rayos del sol poniente, se alzaban justo delante de él, y las onduladas líneas de calor que se elevaban desde los desiertos arenosos parecían hacer bailar a los edificios. Era un ballet al atardecer que nunca dejaba de emocionar incluso al ciudadano marciano más viejo.

En el magnífico hotel Spacelanes, Tom fue recibido con el mayor respeto. Su hazaña de detener el camión fuera de control ya había sido anunciada por los noticieros en estéreo, y cuando preguntó la ubicación de la tienda de suministros más cercana para comprar un uniforme, el gerente lo llevó inmediatamente a su habitación.

"Pero ¿cómo lo supiste?" preguntó Tom, asombrado.

El gerente le mostró a Tom una fotografía de sí mismo con su ropa andrajosa, tomada mientras hablaba con Connel. Al fondo estaban los restos del coche a reacción.

"El mayor Connel llamó y dijo que se quedaría aquí," dijo el gerente. "Por tu apariencia en esta foto, sabíamos que necesitarías un uniforme nuevo."

"¡Y tienes mi talla!" exclamó Tom, sosteniendo la reluciente blusa nueva.

"Llamamos a la Academia." El gerente sonrió. "Queríamos estar seguros. Por cierto, hay un mensaje para ti." El gerente le entregó a Tom un espacio-ograma mecanografiado y se fue. El cadete lo abrió y sonrió mientras leía:

TRATANDO DE HOGAR TODO EL ESPACIO ESTÉREO QUE  
PUEDAS MIENTRAS DEJAS LA COMPETICIÓN REAL EN CASA,  
¡RATA! ¡FELICIDADES!

ASTRO Y ROGER

Riéndose para sí mismo, Tom dejó el mensaje en el escritorio, se quitó la ropa sucia y rota y se metió en una ducha caliente y refrescante. Media hora más tarde estaba comiendo un bistec grueso con patatas fritas.

Después de una tercera porción de postre, el cadete se estiró en la cama y cerró los ojos. Pero el sueño no llegaba. Los incidentes en el puerto espacial esa tarde seguían pasando por su mente. Se agitó inquieto, algo que no podía recordar estaba tirando del fondo de su mente.

Volvió sobre los acontecimientos del día, comenzando con el aterrizaje de la Polaris y terminando con el choque del camión a reacción.

De repente se sentó con la espalda recta. Luego rápidamente saltó de la cama, se puso apresuradamente el uniforme nuevo y metió los pies en las suaves botas espaciales.

Diez minutos más tarde, después de haber utilizado el ascensor de servicio para evitar el vestíbulo, se encontraba en la esquina de Lowell Lane y Builker Avenue. Llamó a un jet que pasaba y, subiendo, le preguntó al conductor: "¿Conoce un restaurante o un bar llamado Sloppy Sam's?"

"Claro," dijo el conductor. "¿Ahí donde quieres ir?"

"Tan rápido como este carro me lleve allí," respondió Tom.

"¿Por qué?" preguntó el conductor extrañamente., "Pareces un buen chico. Ese porro es para... para... bueno, no es para un cadete espacial,"concluyó sin convicción—.

"Lo primero que nos enseñan en la Academia, amigo," dijo Tom con impaciencia, "es cómo cuidarnos, y lo segundo es ocuparnos de nuestros propios asuntos."

"Bien," dijo el conductor con los labios apretados. Puso el auto en movimiento y la fuerza arrojó a Tom hacia atrás en su asiento.

Tom sonrió. No había tenido la intención de sonar tan duro. Se inclinó y se disculpó. "Estoy buscando a un viejo amigo. Alguien me dijo que maneja un camión y que podría estar allí."

"Olvídalo, chico," dijo el conductor. "No te querría en mi taxi si no pudieras cuidarte. Pagamos impuestos para enseñar a tipos como tú cómo protegernos. Sería muy bueno si tuvieras miedo de un taxista."

Tom se rió y se reclinó en su asiento para ver pasar la ciudad.

Media hora más tarde, el cadete de pelo rizado se dio cuenta del cambio de los magníficos edificios de cristal a los edificios sucios y rayados de la zona más pobre de la ciudad. Y con el cambio, Tom notó una diferencia en la gente que caminaba por las calles. Aquí había hombres que llevaban el cuello alto de la chaqueta y la gorra bajada, y que se escondían entre las sombras al acercarse el taxi y luego lo miraban con ojos oscuros y silenciosos.

"Aquí está, Cadete," anunció el conductor, deteniéndose frente a un edificio pequeño y sucio. "Sloppy Sam's."

Tom miró hacia afuera. La puerta estaba abierta y podía ver el interior. El aserrín cubría el suelo y las mesas y sillas eran viejas y desvencijadas. Los hombres que había dentro eran los mismos que había visto en la calle, de aspecto duro, duros, ojos acerados. Tom miró el letrero descolorido sobre la puerta. "Eso dice Bad Sam's," protestó.

Los hombres dentro eran de aspecto duro y ojos acerados.Los



hombres adentro eran de aspecto duro y ojos acerados.

Nota

"Antes se llamaba Bad Sam's," respondió el conductor. "De hecho, creo que aún es oficialmente Bad Sam's. Verás, Sam solía ser un tipo realmente duro. Entonces, un día, apareció un tipo que era más duro que él y le dio una paliza. Sam se fue a la marihuana después de eso. Se puso gordo y perezoso, y su casa aquí se volvió más y más sucia. Finalmente, todos empezaron a llamarlo Sloppy Sam y se quedó."

"Toda una historia." Tom se rió. "¿Qué pasó con el tipo que llevó a Sam a superar los obstáculos?"

"Tiene un porro en el otro lado de la ciudad llamado Bad Richard's. Pero ahora son amigos. Se llevan bien."

Tom le pagó al conductor y se quedó en la acera, mirando cómo el taxi plateado se perdía en la oscuridad. Luego respiró hondo y se dirigió lentamente hacia la puerta abierta de Sloppy Sam's.

En el interior, Tom vio que la mayoría de los clientes estaban alineados en el bar, bebiendo jugo de rúcula, un líquido oscuro de mal sabor que Tom había bebido una vez y juró que nunca volvería a intentarlo. Pero cuando miró a su alrededor, no pensó que fuera el tipo de lugar donde se podía pedir algo más suave, así que se acercó al bar y pidió en voz alta: "Un cubo de jugo."

Algunos de los hombres del bar se apartaron de la pantalla del estéreo para mirar al recién llegado. Miraron el uniforme limpio y nítido de cerca y luego volvieron silenciosamente a la obra en la pantalla.

El ronco camarero colocó el pequeño vaso de líquido oscuro frente a Tom. "Veinte créditos," anunció con voz ronca.

"¡20!" exclamó Tom. "¡No me des ese lavado de cohetes! Son cinco créditos por disparo."

"Para un cadete espacial que quiere mantener su reputación, Corbett," respondió el hombre corpulento, "son veinte."

Tom se dio cuenta de que el hombre había visto su foto en las noticias del estéreo esa tarde y que sería imposible dejar de pagar esta flagrante forma de chantaje. Entregó el dinero y recogió el vaso. Bebió un sorbo para mantener las apariencias, pero incluso las pocas gotas que dejó escurrirse por su garganta casi le provocaron arcadas. Jadeó en busca de aliento. Cualquier información que pudiera obtener aquí, no valía la pena ni un trago más de eso.

Se quedó parado en la barra durante casi media hora, mirando el estéreo y esperando. Cuando terminó el espectáculo, los hombres volvieron al serio negocio de la bebida. Dos de ellos se acercaron a Tom y lo miraron de arriba abajo. Después de una conversación en susurros, se volvieron hacia él y señalaron su bebida, la misma que había comprado y no había tocado desde entonces.

"Bebe, amigo," dijo el hombre más cercano, un hombre alto, de hombros anchos y barba oscura, "luego únete a nosotros en otro."

"No, gracias," dijo Tom. "Uno es mi límite."

Los dos hombres rieron. "Bueno, diré esto por ti, muchacho, eres honesto al respecto," dijo el alto. "La mayoría de los chorros que vienen aquí tratan de ponerse, pueden tomar las cosas y luego terminan en la cuneta."

"¡Eso es, Cag!" dijo el otro hombre, riendo.

"¿Qué estás haciendo aquí, Cadet?" preguntó el hombre llamado Cag.

"Buscando un chico."

"¿Cómo se llama? Quizá lo conocemos."

"Sí, podríamos," intervino el otro. "Conocemos a casi todos los que vienen aquí."

"Tal vez no quiera decírnoslo, Monty," dijo Cag.

"No sé su nombre," dijo Tom. "Lo conocí hoy y mencionó este lugar. Quería hablar con él sobre algo."

"¿Dónde le viste?"

Tom hizo una pausa. Era solo un comentario casual que había hecho el conductor del camión a reacción y era muy poco probable que estos dos hombres lo conocieran. Decidió arriesgarse. "Es un camionero a reacción. Lo vi hoy en el puerto espacial."

Los dos hombres se miraron. "¿Pequeño, con una especie de tic extraño en el ojo?" preguntó Cag.

"Sí," respondió Tom. "Ese es él. ¿Lo conoces?"

"Se junta en un porro al otro lado de la calle," dijo Monty. "Ven afuera. Te mostraré dónde está. Y su nombre es Pistola, en caso de que quieras saberlo."

"Pistola," dijo Tom. "Ese es un nombre extraño."

"No cuando consideras que lleva una pistola todo el tiempo," resopló Cag.

Tom y los dos hombres caminaron hacia la puerta y salieron a la calle.

"¿Para qué quieres verlo, de todos modos?" preguntó Monty, mientras caminaban hacia la esquina.

"Sólo quería hablar con él sobre el negocio de los camiones a reacción."

"¿Qué pasa con eso? Somos camioneros, Cag y yo, probablemente podríamos contarte mucho más que Pistol."

"Tal vez," dijo Tom. "Pero quiero hablar con Pistol."

Se detuvieron en la esquina y Monty se bajó del bordillo y salió a la calle. "¿Ves esa luz de ahí abajo," dijo, señalando hacia la cuadra, "la que está justo encima de la puerta?"

Tom se volvió para mirar. "Dónde-?"

De repente sintió un dolor agudo y punzante en la parte posterior

de la cabeza y luego todo se volvió negro.

"Buen trabajo, Cag," comentó Monty.

"¿Qué haremos con él?" preguntó Cag.

"Tíralo a la parte trasera de la camioneta y sal de aquí," dijo Monty, tirando del cuerpo inerte de Tom hacia las sombras de un callejón. "Me pondré en contacto con el jefe y le diré lo que ha pasado. Y será mejor que mandes un mensaje para llamar a Pistol. Debe saber algo."

"Bien," dijo Cag. "Vaya, Corbett está arruinando su bonito uniforme limpio."

El agua sucia de la alcantarilla fluyó sobre Tom en el oscuro callejón marciano mientras el niño yacía mortalmente quieto.

# Capítulo 9

"¡Qué!" exclamó el mayor Connel. "Dame eso de nuevo."

El mensajero del cuartel general de la Guardia Solar en Marte repitió el mensaje. "El cadete Corbett no ha estado en su hotel desde anoche, señor," dijo. "Fue visto saliendo de la entrada de servicio alrededor de las 2100 horas. No hay ningún informe sobre su paradero, señor."

De pie al pie de la escalera que conducía a la esclusa de aire principal de la Polaris, el mayor Connel se volvió hacia Carter Devers enfadado.

"¡Esto es el fin!" él gritó. "He tenido tanta tontería como voy a soportar. Cuando ese joven mocoso espacial regrese, le arrojaré el libro."

"Ahora, ahora, mayor," dijo Devers. "No sería demasiado duro con el muchacho. ¿Cómo sabes que no está metido en algún tipo de problema?"

"Eso es todo," gruñó Connel. "Uno de esos tres siempre está en problemas."

"Te salvó la vida," recordó Devers.

"Soy muy consciente de eso," respondió Connel con rigidez. "Pero es una deuda personal. No tiene nada que ver con su comportamiento como cadete. Le ordené que fuera a ese hotel y descansara, que no se paseara por Marsport. Esto es típico de la actitud de toda la unidad."

"Pero dijiste que eran la mejor tripulación que hayas tenido," insistió Devers.

¡Lo sé, pero lo peor es que ellos lo saben! ¡Maldita sea, Carter, no es fácil decir las cosas que he dicho sobre Corbett! Es un buen

muchacho. Pero míralo de esta manera. Tengo que volver. a Átomo City de inmediato. Corbett puede estar en problemas, ¿verdad? Devers asintió. "Bueno, ¿cómo crees que me siento, despegando y dejándolo?"

Devers asintió en señal de comprensión mientras Connel continuaba furioso: "Y además, tengo cosas más importantes en las que pensar que cuidar a un cadete."

En ese momento, Connel notó un automóvil a reacción que cruzaba el puerto espacial hacia la Polaris. A medida que se acercaba, vio la insignia de la Guardia Solar en el capó. Sus ojos se abrieron esperanzados por un segundo. "Humph," gruñó, "¡este puede ser él ahora!"

"Si es así," advirtió Devers, "ten cuidado con el chico."

"Ya veremos, ya veremos."

El coche se detuvo con un chirrido frente a ellos, la ampolla de plástico fue arrojada hacia atrás y otro mensajero de la Guardia Solar se bajó y saludó a Connel con elegancia.

"Mensaje del cuartel general de la Guardia Solar, mayor Connel," dijo.

Connel tomó el papel y lo abrió. "Disculpe, Carter," murmuró y se hizo a un lado para leer la nota apresuradamente.

EL CAPITAN JEFE DE HEMMINGWELL ARRESTADO COMO SABOTEUR. RECOMENDAMOS REGRESAR INMEDIATAMENTE. WALTERS

Subiendo por la escalera de metal, Connel rugió la orden al personal de tierra que esperaba. "Prepárate para despegar."

Carter Devers subió a la nave gigante detrás del oficial de la Guardia Solar, y en menos de un minuto después, todos los puertos estaban sellados y la Polaris estaba listo para el espacio. En la silla del piloto, Connel llamó al control de tráfico para el despegue y, al mismo tiempo, se preparó para levantar la nave.

Para cuando Devers se sujetó a la silla del copiloto junto a Connel, la nave temblaba con la fuerza de las correas. De repente, Connel rugió la conocida llamada de espacio.

"¡Despega, menos cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero!"

La gran nave literalmente explotó del suelo y, en cuestión de segundos, se disparó a través de la delgada atmósfera sobre Marte en curso hacia la Tierra, cruzando el profundo vacío de terciopelo negro del espacio, pero dejando atrás a Tom Corbett, su verdadero comandante.

El capitán Steve Strong y el comandante Walters observaron con tristeza cómo la Polaris aterrizaba en el espaciopuerto de la Academia. Habían estado en contacto con Connel durante su viaje de regreso a la Tierra y ya le habían contado al farol mayor de otro incidente que había tenido lugar en la Academia mientras él no estaba.

Roger y Astro habían robado un explorador de cohetes y desaparecieron.

"No lo entiendo, señor," suspiró Strong. Manning y Astro se abren de par en par, Corbett desaparece... Sacudí la cabeza. "No tiene sentido."

"Quizá no," dijo Walters. "Pero esos tres están realmente en problemas ahora. Connel no tolerará este tipo de comportamiento."

"¿Crees que llegará tan lejos como para pedir un consejo de guerra?"

Walters vaciló. "Odio decir esto, Steve," dijo finalmente, "pero si el mayor Connel no lo hace, me veré obligado a hacerlo. Ninguna otra unidad ha tenido más oportunidades de demostrar su valía que la unidad Polaris. Y cada vez, sucede algo como esto."

"Pero supongamos que tienen buenas explicaciones," insistió Strong.

"Tendría que ser mejor que cualquier cosa que hayan tenido antes," respondió Walters. "Francamente, no veo cómo es posible."

Walters subió a su coche a reacción y Strong lo siguió, mordiéndose el labio.

El coche cruzó el campo a toda velocidad hacia la Polaris, ahora en tierra, y se acercó a él justo cuando el mayor Connel y Carter Devers salían por la escotilla abierta. Sin siquiera la cortesía de un saludo, Connel rugió: "¿Qué es eso de que esos dos cadetes roban una nave?"

"Hablemos de eso más tarde, Lou," dijo Walters. Sube. Tenemos algo más importante que discutir. El saboteador.

Devers dio un paso adelante. "Este no es un lugar para mí, lo sé," dijo. "Lo dejo aquí. Y gracias por el ascensor, mayor."

Connel gruñó en reconocimiento y subió al coche mientras Strong se volvía hacia Devers.

"Había un mensaje para usted, señor Devers," dijo el capitán de la Guardia Solar. "Debes ponerte en contacto con tu oficina de Átomo City de inmediato."

"Gracias, Steve," dijo Devers, y con un gesto de la mano hacia los demás se alejó.

Mientras el coche a reacción corría de regreso a la Torre de Galileo, Walters puso a Connel al día sobre el incidente en el hangar que condujo al arresto de Pat Troy. Cuando llegaron a la oficina de Walters, en lo alto de la torre, Troy fue acompañado por dos guardias.

"¡Siéntate!" ladró Connel, tomando el mando de la situación.

Troy caminó hacia el centro de la habitación y se sentó en la silla indicada, frente a Walters, Connel y Strong.

"Nos gustaría llegar al fondo de esto lo antes posible, Troy," comenzó Connel. "Así que te sugiero que nos digas la verdad y nos ahorres la molestia de sacártelo."

"Responderé a todas sus preguntas lo mejor que pueda, señor," dijo Troy con calma. "Y diré la verdad en todo momento."



"Muy bien," resopló Connel. "Ahora, ¿para quién estás trabajando?"

"Profesor Hemmingwell," respondió Troy.

"Guarde eso," gruñó Connel. "¿Quién te pagó para sabotear la nave?"

"No he cometido ningún sabotaje por nadie, señor."

"¿Entonces niegas que destruiste esa unidad de fuego?"

"Sí."

Walters de repente se inclinó hacia adelante. "Pero no niega que sabía acerca de la unidad especial que había creado el profesor Hemmingwell," dijo. "¿Una unidad que solo él y yo conocíamos?"

"Sabía lo de la unidad, sí, señor," respondió Troy.

"¿Como pudiste?" -preguntó Walters.

"Los escuché a ambos discutirlo un día."

"¿Dónde?"

"En el hangar," dijo Troy. "Usted y el profesor Hemmingwell estaban hablando en la cubierta principal mientras yo estaba adentro, lo que será la cubierta del radar, trabajando. Le escuché hablar sobre la unidad y, después de que se fue, encontré un plano en la mesa. Coincidió con lo que habías estado hablando. Lo miré y luego no pensé en nada. Unos minutos después, el profesor entró corriendo y se llevó el plano."

"¿Te preguntó si habías leído la impresión?" preguntó Connel.

"No, señor," respondió Troy. "Si lo hubiera hecho, le habría dicho que sí."

"Ahora," dijo Connel, "¿tuviste algo que ver con el supuesto accidente del dispositivo de sincronización oscilante?"

"No señor."

"¿Sabes quién lo hizo?"

"No señor."

"Podemos ponerte bajo las drogas, ya sabes, y sacarte la verdad," advirtió Connel.

"Obtendrá la misma respuesta, señor," respondió Troy con calma.

Walters, Strong y Connel se movieron a un lado de la habitación y hablaron en voz baja mientras Troy permanecía sentado.

"Bueno," dijo Walters, "¿le damos drogas o no?"

"Puede que esté arriesgando mi cuello, comandante," dijo Steve, "pero creo que está diciendo la verdad."

"Lo mismo ocurre," dijo Connel. "Sugeriría que lo dejáramos suelto, e incluso que lo dejáramos volver al trabajo, pero vigílelo."

"¿Y no le darías drogas ahora?"

"No. Le daría el beneficio de la duda a un hombre en cualquier momento," dijo el endurecido comandante espacial.

"Está bien," dijo Walters. Se volvió y le dijo a Troy que estaba libre, pero que no debía abandonar el área restringida. Y solo se le permitió trabajar en proyectos menos críticos. "¿Tienes algo que decir?" Preguntó Walters.

Troy les sonrió y negó con la cabeza. "No, señor. Eso está bien para mí," dijo. "Y mantendré los ojos abiertos para ver al verdadero saboteador..."

"¡Eso no será necesario!" espetó Connel. "Somos capaces de manejar nuestro propio trabajo de detective."

Troy volvió a sonreír. "Muy bien, señor," dijo.

Connel despidió a los guardias y el capataz salió de la oficina como un hombre libre.

Connel y Walters pasaron a discutir la instalación de los receptores en Marte, y Connel elogió mucho al joven teniente Slick. "Ese chico se merece un ascenso en el rango," afirmó.

Walters asintió. "Pondré su nombre en la lista a fin de año," dijo. "Si ha hecho todo lo que dices que ha hecho, se lo merece."

Steve Strong se hizo a un lado, esperando con impaciencia a que los dos hombres mayores terminaran su conversación antes de preguntar por Tom Corbett. Al mismo tiempo, tenía un poco de miedo de sacar a colación el tema de la unidad Polaris, ante lo que acababan de hacer Astro y Roger. No fue una cosa fácil de hacer, pero en la primera oportunidad intervino en la conversación con una pregunta directa a Connel.

Mayor, ¿tiene alguna duda de que la desaparición de Corbett fue un accidente o usted...?

Connel lo interrumpió. "¿Creo que está sin permiso?"

Strong asintió en silencio.

"Steve," dijo Connel pacientemente, "sé lo que sientes por esos tres chicos, pero dime, ¿cuánto tiempo puede durar esto? Ellos constantemente despegan solos, sin autorización..."

"Pero por lo general tienen una buena razón," interrumpió Strong rápidamente.

"Entonces, ¿por qué no nos dan la razón primero?" Connel respondió.

"Lo que Lou está tratando de decir," intervino Walters en voz baja, "es que Corbett, Manning y Astro nos han comprometido una y otra vez a tomar medidas, para sacarlos de las situaciones que iniciaron. ¡Es hora de que los detengan! son sólo una unidad en esta Academia, no las obras completas."

"Entonces supongo que quieres decir" -Strong vaciló, con un nudo en la garganta- "¿Será el final de la unidad cuando regresen?"

"Si regresan," espetó Connel, "tengo la intención de que los tres

reciban una sólida acción disciplinaria."

"Muy bien, mayor," dijo Strong. Se levantó y se dirigió al comandante. "Solicito permiso para una licencia de emergencia, señor, a partir de ahora."

"¡Permiso denegado!" dijo Walters. "Esto es exactamente de lo que he estado hablando, Steve. Quieres irte para ir a Marte y buscar a Tom cuando te necesitemos aquí en el proyecto."

El rostro de Strong de repente se puso blanco. Y luego, por primera vez en su carrera, ignoró la cortesía militar y se dio la vuelta para irse sin la cortesía de un saludo o permiso para hacerlo. Connel estuvo a punto de llamarlo, pero el comandante Walters puso una mano en el brazo del mayor.

"Piénsalo de esta manera, Lou," dijo. "Si quisieras algo que crees que es correcto y te lo niegan, ¿cómo te sentirías?"

"Es muy probable que yo haga lo mismo," espetó el mayor. "¡Y conseguiría que mi comandante me destrozara los cohetes!"

Walters sonrió y llevó al mayor de regreso al escritorio donde continuaron su discusión sobre los receptores en Marte.

Apenas habían comenzado su discusión cuando se abrió la puerta corrediza y el profesor Hemmingwell irrumpió en la habitación, con la bata volando detrás de él, el cabello alborotado y los ojos muy abiertos por el miedo.

"¡El barco! ¡El barco!" gritó. "¡Alguien ha volado todo el panel de control de la nave!"

# Capítulo 10

"¿Se necesitarán semanas para repararlo!"

El profesor Hemmingwell estaba en la cubierta principal de la nave espacial gigante mirando con tristeza el desorden de cables y tubos, controles e indicadores, interruptores y filamentos, todos destrozados e inútiles.

"¿Cuándo sucedió?" -preguntó Connel.

"Hace menos de media hora," respondió Dave Barret. "El profesor Hemmingwell y yo estábamos en el otro extremo del hangar. Los hombres acababan de partir y estábamos planeando el trabajo para mañana."

"¿Y luego qué pasó?" -preguntó Connel. "¡Espera, no respondas aún!" Se detuvo y se volvió hacia un Marine Espacial que estaba cerca. "¡Tú! ¿Puedes trabajar con una grabadora de audio?"

"Sí, señor," respondió el infante de marina.

"Entonces traiga una máquina aquí en el doble y elimine todo lo que se dice."

"Sí, señor," dijo el infante de marina y abandonó la nave. Connel comenzó a inspeccionar los restos en silencio. Fue diez veces más grave que el primer intento de sabotaje.

Barret, el comandante Walters, el profesor Hemmingwell y el capitán Strong observaron al mayor con los dientes apretados y los ojos nublados por la ira. Donde la destrucción de la primera unidad podría haberse llamado un accidente, aquí había evidencia tangible de un intento deliberado de detener todo el proyecto. El Space Marine, acompañado por la estación de bomberos Tim Rush, regresó cinco minutos más tarde con la grabadora de audio y la puso en funcionamiento.

Connel tomó el pequeño micrófono en forma de aguja en su mano y habló por él mientras el carrete de cinta de sonido se desenrollaba lentamente.

"Esta es una investigación preliminar sobre el sabotaje de la cubierta de control de la nave espacial XX, Operación Proyecto Espacial," dijo. "¡Este es el mayor Lou Connel, interrogador!" Hizo una pausa y asintió a Barret, quien dio un paso adelante. "Mi primer testigo será Dave Barret." Sosteniendo el micrófono cerca de la boca del joven ingeniero, Connel dijo: "Cuéntenos todo lo que sabe sobre este incidente."

Barret habló lenta y cuidadosamente, describiendo cómo él y el profesor Hemmingwell estaban en el otro extremo del hangar cuando ocurrió la explosión. El profesor Hemmingwell había salido inmediatamente del hangar para informar al comandante Walters, dejando a Barret solo para comprobar los daños. "Entonces usted, el Comandante Walters y los Marines Espaciales aparecieron, señor," concluyó. "Eso es todo lo que sé."

"Está bien," dijo Connel y se volvió hacia el profesor. "Su declaración, profesor Hemmingwell."

"Ocurrió casi de la forma en que Dave dijo," comenzó Hemmingwell. "Excepto por una cosa. No veo por qué no había guardias en sus puestos esta tarde. Estuvimos sin hombres en las entradas durante casi una hora. Cualquiera podría haber entrado en el hangar y colocar la bomba."

"¿Por qué no estaban vigiladas las entradas?" espetó Connel, mirando directamente a la estación de bomberos Tim Rush.

"Los cadetes Manning y Astro dejaron sus puestos sin permiso, señor," informó el pequeño y fornido astronauta.

El capitán Strong dio un paso hacia adelante involuntariamente, su rostro perdió todo color. Connel lo miró con ojos acorazados. "¿Escuchaste eso, Strong?" gruñó.

Strong asintió. "Yo... lo hice," balbuceó.

"Así que esos dos idiotas no solo robaron un explorador de cohetes, sino que dejaron sus puestos."

Strong solo pudo sacudir la cabeza con total incredulidad. El comandante Walters lo miró con lástima.

"Sabía que se habían llevado al explorador," dijo Walters con voz dura y tensa. "Pero no pensé que fueran lo bastante tontos como para dejar sus puestos."

"Bueno, lo hicieron, señor," declaró Rush. "Se fueron unas cuatro horas antes de que fueran relevados. Estaba haciendo una ronda cuando descubrí que se habían ido. Puse a otros dos hombres en guardia de inmediato, pero las puertas estuvieron desprotegidas durante al menos una hora. Cualquiera podría haber entró sin el menor problema."

Connel se volvió hacia Walters. "¡Este es el final! Esos dos cadetes van a comparecer ante un consejo de guerra general."

—¡Comandante, protestó Strong—, no puede...!

"¡Cállate, Steve!" ladró Connel. "Hay un límite en cuanto a cuánto tiempo puedes defender tu unidad. Acéptalo, hombre, esos tres chicos se han vuelto locos. Son demasiado arrogantes. Esta es la última gota." Se apartó del joven oficial de la Guardia Solar y se enfrentó a los demás. "Sigamos con el interrogatorio. ¡Estación de bomberos! ¿Qué tienes que decir sobre esto?"

El pequeño y duro guardia alistado se acercó e informó clara y rápidamente y sin pausa. Cuando terminó, Connel se volvió hacia los guardias que habían reemplazado a Roger y Astro y cada uno repitió la historia contada por Tim de la estación de bomberos.

Una y otra vez, Connel escuchó la misma historia. Nadie parecía haber estado alrededor de la nave cuando ocurrió la explosión. Y parecía que el único momento en que un saboteador podría haber entrado en el hangar y colocado la bomba fue durante la hora en que las puertas estaban desprotegidas.

Finalmente, el interrogatorio terminó y Connel declaró: "Una cosa

para recordar cuando se trata de un sabotaje es esto: si el saboteador falla, podría regresar. Si nuestro enemigo no conoce la magnitud del daño, entonces podría regresar y haz otro intento. Entonces, ni una palabra sobre esto a nadie. Y eso incluye a tus madres."

"Mayor, hay una cosa que me gustaría agregar," dijo Barret, dando un paso adelante.

"¿Que es eso?" preguntó Connel.

"Se trata de los cadetes," dijo Barret. "Hablé con ellos justo antes de que despegaran en el explorador. Tenían mucho que decir sobre el hecho de que llevaras a Corbett contigo en el viaje a Marte. Parecían descontentos e insatisfechos."

Steve Strong se volvió hacia el joven ingeniero. "¿Que dijeron?" el demandó.

"Simplemente que no sentían que estaban recibiendo un trato justo con Tom siendo tomado con la guardia baja, ya que él era realmente responsable de que lo tuvieran en primer lugar.

"¡Ellos dijeron eso!" exclamó Strong. "Pero ¿cómo pudo eso-" De repente cerró la boca y se volvió, frunciendo el ceño.

"Pero ¿cómo podría qué, Steve?" preguntó Walters.

"Nada, señor," dijo Strong. "Ya me has reprendido con demasiada frecuencia por hablar en su nombre."

Walters enarcó las cejas. "¡Me parece que te estás poniendo un poco susceptible!" ladró. "Ten cuidado, Steve. No dejes que tus sentimientos por esos chicos se salgan de control."

"¡Maldita sea!" exclamó el profesor Hemmingwell. "Mientras sigues hablando de esos estúpidos cadetes, estás perdiendo mi tiempo. Hay mucho trabajo por hacer y muy poco tiempo para hacerlo." Se volvió hacia Barret. "Vamos, Dave, aclaremos este lío."

"Sí, señor," dijo Dave Barret.



Cuando Hemmingwell y Barret centraron su atención en el panel de control destrozado, Connel, Walters y Strong salieron de la nave y abandonaron el hangar. En la acera deslizante, de regreso a la Academia, el comandante Walters miró a Connel inquisitivamente.

"¿Y ahora qué, Lou?" preguntó.

"Tengo una idea, comandante," dijo Connel. "Voy a pasar el resto de la noche escuchando esta cinta de audio de nuevo. Luego voy a investigar un poco."

"Está bien," dijo Walters. "Y supongo que querrás hablar con Manning y Astro cuando regresen."

Connel miró al capitán Strong con gravedad. "Tengo tantas ganas de hablar con ellos, que gatearía sobre mis manos y rodillas para llegar a ellos ahora mismo."

Strong se sonrojó enojado pero no dijo nada, y tan pronto como los tres oficiales llegaron a los terrenos de la Academia, se disculpó. Caminaba lenta y pensativamente, mirando los dormitorios con ojos ciegos y escuchando con oídos sordos el ruido de los cadetes preparándose para la cama. No podía creer que Roger o Astro hubieran abandonado sus puestos, o que Tom huiría para desaparecer en Marte, solo por el hecho de desaparecer. En todos sus años en la Academia, Strong nunca había conocido a tres chicos que ejemplificaran tanto el verdadero espíritu de los Space Cadets. Algo andaba mal en alguna parte. Pero ¿que?

Strong se detuvo frente a la enorme sala de recreación, mirando a los cadetes. Tony Richards y la unidad de Capella pasaron, y al devolverles el saludo, Strong solo pudo ver a Tom, Roger y Astro.

Una figura vestida con el uniforme negro y dorado de un oficial de la Guardia Solar se acercó a él. Los ojos de Strong se iluminaron con el reconocimiento.

"¡Joan!" el exclamó. "¿Qué estás haciendo aquí?"

"Buscándote," dijo. Tenía unos papeles en la mano y se los entregó.

"¿Qué es esto?" preguntó, mirándolos a la luz reflejada del pasillo,

para luego volver al rostro serio de la brillante joven física, la Dra. Joan Dale, quien, a pesar de ser mujer, había sido puesta a cargo de los laboratorios de la Academia., el más grande y completo de toda la Alianza Solar.

"Steve," comenzó, "yo estaba a cargo de las pruebas psicológicas que se hicieron a todos los trabajadores de la operación de proyectiles después del primer percance."

"¿Cómo supiste del segundo?" Strong interrumpió rápidamente, recordando la advertencia de Connel sobre mantener el incidente en silencio.

"Se me ordenó volver a repasar los gráficos para buscar cualquier pista posible en la estructura mental de un trabajador que lo llevara a cometer un acto delictivo." Hizo una pausa y lo miró directamente. "¿Sospechas de mí también?"

"Lo siento, Joan," dijo el joven capitán. "Pero todo este asunto me está deprimiendo. Tom, desapareciendo en Marte, Roger y Astro caminando con la guardia baja y robando un explorador, y ahora este último intento de sabotaje." Suspiró y sacudió la cabeza. "Estoy cansado, supongo."

Ella sonrió. "Entiendo, Steve, e independientemente de lo que hayan dicho el mayor Connel y el Comandante Walters, apuesto mi último crédito a que hay una buena razón para lo que han hecho los muchachos."

Strong miró a la bonita física y sonrió. "Gracias, Joan," dijo. "Ahora, ¿qué hay de estos papeles?"

"Se trata del informe sobre Pat Troy," respondió. "Cuando le preguntamos si estaba trabajando con alguien que no fuera el profesor, mintió."

Sacó una hoja de papel de entre las que sostenía y se la entregó a Strong. El joven capitán lo tomó y lo escaneó rápidamente. El papel era papel cuadriculado ordinario con una serie de pequeñas líneas onduladas en tinta roja. Cerca de la parte inferior del papel, había un pico irregular en la línea ondulada. "¿Qué significa esto?"

preguntó, señalando la cima.

"Esa fue su reacción cuando le preguntaron si trabajaba para alguien más."

"¿Eso significa que es mentira?"

"Sí. Todas las ondas que ves," continuó, señalando la línea, "representan respuestas a preguntas sobre su vida personal. ¿Se afeita por la mañana? ¿Se cepilla los dientes por la noche, etc.? Hace preguntas de comparación para mostrar su reacción cuando dice la verdad. Ese pico indica una mentira."

—Entonces,"dijo Strong pensativo—, podría ser el saboteador.

"O saber quién es," dijo Joan.

"¡Tengo que darle esta información a Connel de inmediato!" dijo Strong. "¿Puedo tener este papel?"

"Sí. Hice copias. Iba a llevarle una al comandante cuando te vi."

Intentaré localizar al mayor Connel y tú continúas y le dices al comandante lo que has encontrado. Y Joan... Strong vaciló.

"¿Sí?"

"Habla bien de los cadetes, ¿quieres?" Strong suplicó. "Tanto Connel como el comandante Walters están listos para sacarlos del servicio."

"Haré lo que pueda..." De repente, la Dra. Dale se detuvo, sus ojos se abrieron de miedo. Señaló el camino detrás de Strong.

Steve se dio la vuelta y jadeó. Connel avanzaba a grandes zancadas hacia ellos, seguido por cuatro guardias que llevaban una camilla cubierta por una manta. Strong reconoció rápidamente el contorno de una forma humana debajo de la manta.

"Mayor," exclamó Steve, "¿qué... quién...?"

"¡Se vuelve más espeso cada hora, Steve!,"dijo Connel en voz baja. "Esta es la primera vez en la historia de la Academia que ha habido

lo que parece", "hizo una pausa y se volvió para mirar el cuerpo envuelto que pasaba junto a ellos— "un intento de asesinato," finalizó.

"¡Asesinato!" dijo Strong. "Pero—"

"¿Quién es?" preguntó Juana.

"¡Un hombrecito que puede decirnos mucho si recupera la conciencia y cuándo! ¡Pat Troy!"

# Capítulo 11

"¡Vroom-m-m!"

Cuando la explosión de ruido golpeó contra sus tímpanos, Tom Corbett abrió los ojos, parpadeó y miró a su alrededor. A la tenue luz de una pequeña ventana en la pared sobre su cabeza, vio que estaba en una especie de recinto de metal. De repente, el suelo tembló y de nuevo los ruidos impactantes y devastadores resonaron a través de su dolorida cabeza. Trató de sentarse pero descubrió que tenía las manos atadas a la espalda. Las cuerdas estaban tan apretadas que sus manos estaban casi completamente entumecidas. Lentamente apretó los dedos, luego los abrió de nuevo, repitiendo el proceso una y otra vez mientras dolores como agujas se disparaban a través de sus manos. Finalmente sintió de nuevo en sus dedos y luchó por sentarse.

De nuevo el recinto metálico vibró y hubo otra explosión atronadora. Esta vez Tom reconoció el sonido.

"¡Un jet!" exclamó el cadete en voz alta. "Estoy en la camioneta de un camión a reacción."

Cuando Tom intentó ponerse de pie, descubrió que tenía los pies atados. De nuevo pasó por el lento y doloroso proceso de restaurar la circulación en sus piernas y pies, apretando los dientes contra las agujas del dolor. Finalmente se sintió lo bastante fuerte como para empujar su espalda contra la pared y caminar lentamente hacia arriba.

El ruido a su alrededor continuó. Una y otra vez, podía escuchar las explosiones demoledoras de los escapes y el chirrido de los chorros. Mirando a su alrededor con cuidado por primera vez, vio que la camioneta estaba vacía excepto por una pila de alfombras pesadas y acolchadas en una esquina que sabía que se usaban para proteger y amortiguar la carga.

Saltando a la esquina, se dejó caer sobre las mantas y, una por una,

comenzó a sacarlas. No había nada más en la camioneta que lo ayudara a cortar las gruesas cuerdas alrededor de sus muñecas y esperaba encontrar algo debajo del montón.

De repente sintió algo duro y parecido a una caja debajo de la última manta y se la quitó rápidamente.

Casi gritó de alegría cuando reconoció una caja de herramientas de metal pesado. Sentado en el piso de la camioneta, maniobró para abrir la capota, luego se dio la vuelta y, con suerte, miró adentro. No había nada en la caja excepto un paño sucio, y Tom se desplomó con amarga decepción.

De repente, el cadete se dio cuenta del intenso calor dentro de la camioneta. Estaba sudando y le costaba respirar. Se acercó al costado del enorme camión y tocó los paneles de metal. Hacía un calor abrasador.

"El Nuevo Sahara," pensó, una visión de la desolada tierra baldía del desierto marciano bañada por el sol destellando en su mente.

Volvió a mirar a su alrededor con desesperación. Lo único en la furgoneta que podía cortar la cuerda era el borde de la caja de herramientas. Volvió poco a poco a la caja y comenzó a frotar la cuerda por el borde de la caja, pero era demasiado suave.

Tom sabía que tendría que raspar el borde de la caja para que cortara las gruesas fibras de la cuerda y, de repente, inspeccionó el suelo de la furgoneta. El metal de gran calibre estaba marcado y desgarrado por las muchas cargas pesadas que lo atravesaban. Dio la vuelta a la caja y, con gran dificultad, la frotó de un lado a otro por el suelo. Cada pocos minutos probaba el borde de la caja con el dedo. Estaba perdiendo su superficie resbaladiza, pero quedaba un largo camino por recorrer.

Hacía más calor dentro de la camioneta y el uniforme de Tom estaba empapado de sudor. Le costaba respirar y el continuo rugido de los chorros le torturaba los oídos.

No sabía cuánto tiempo había trabajado, pero finalmente, sintió que el borde de la caja era lo bastante áspero como para intentar cortar

las cuerdas. Enderezó la caja, volvió a colocar las cuerdas en el borde y, con una oración silenciosa, comenzó a rasparlas sobre el metal.

Después de unos minutos hubo un tirón en las ataduras. El cadete empujó más fuerte. Hubo otro tirón y la cuerda pareció ceder un poco. Trabajando frenéticamente, cortó de un lado a otro. El sudor corría por su frente, sus brazos y espalda le dolían insoportablemente, y pronto sintió que algo cálido y húmedo comenzaba a gotear por las palmas de sus manos. Sabía que era sangre, pero siguió con tristeza y, de repente, fue recompensado. Con un chasquido, las cuerdas se separaron. ¡Sus manos estaban libres!

Tom se desató apresuradamente los pies y, dándole una cariñosa palmadita en la caja de herramientas, se puso de pie para dar el siguiente paso en su plan de escape.

El joven cadete examinó toda la superficie del revestimiento interior de la furgoneta con la punta de los dedos. No pudo encontrar otra abertura que la puerta trasera, que sabía que estaba bloqueada por un rayo electrónico. Sin el ajuste adecuado de la llave de luz, la puerta no se podría abrir. Y el respiradero en lo alto de la pared era demasiado pequeño para ayudarlo.

Se sentó desanimado. Aún no estaba mejor que antes. Y no había forma de saber dónde estaba, si era de día o de noche, y cuánto tiempo había estado viajando en el camión a reacción.

Descansó en el piso de la camioneta, el viaje lleno de baches amortiguado por las suaves mantas, y trató de recordar los eventos que lo habían llevado a esta trampa. Recordó a los dos hombres, Cag y Monty, y juró sombríamente devolverles el dinero si los volvía a encontrar.

De repente, recordando algo más inmediato, Tom se sentó de golpe. Se levantó y se dirigió a la parte delantera de la enorme furgoneta. Allí se arrodilló en un rincón y palpó el suelo con las manos. Encontró exactamente lo que había estado esperando. Una rejilla grande, ¡y estaba genial! Se levantó de un salto, sonriendo, agarró la pesada caja de herramientas y la llevó a la esquina donde la dejó

caer sobre la rejilla. Se hundió ligeramente, cerca de la esquina. Cogió la caja y la dejó caer de nuevo. La rejilla se hundió un poco más. Tom se arrodilló y palpó el borde del suelo. La rejilla cedía.

Entonces realmente comenzó a martillar en serio. Y cada vez que la pesada caja golpeaba contra la rejilla, agradecía a su estrella de la suerte haber vivido cerca de un garaje cuando era un niño en New Chicago. Una y otra vez, se había deslizado dentro de las enormes camionetas después de sacar el producto, para encontrar una pieza de fruta. Se había metido en las camionetas selladas, a través del compartimiento de refrigeración, una unidad enorme debajo de la camioneta y conectado a la cabina. Al abrir la escotilla exterior de la unidad, se metió dentro y luego desatornilló la rejilla del fondo.

Con un fuerte golpe final, la rejilla cedió y chocó contra los huecos de la unidad de refrigeración. Ahora Tom estaba agradecido por el rugido de los aviones. Cubrió el sonido de su escape.

Rápidamente, metiendo la mano en la unidad, Tom comenzó a destrozarse el mecanismo; arrancando bobinas de tubería de cobre y conexiones de goma. Al desconectar una tubería, la usó para separar el resto de la unidad y, finalmente, después de quitar las partes rotas, quedó espacio suficiente para su cuerpo.

Tom se metió la pesada tubería en la túnica, entró en la unidad y abrió la escotilla exterior. Lo golpeó una ráfaga de aire fresco. El sol se estaba poniendo y el cadete sabía que pronto las temperaturas cercanas a cero de la noche se asentarían sobre el desierto. Tom asomó la cabeza y la corriente de aire lo golpeó como una pared sólida. Miró hacia atrás más allá de las ruedas giratorias y vio un largo tramo de carretera desierta que bordeaba un canal. Su vista hacia adelante fue bloqueada por la cabina del camión que sobresalía. El pequeño escalón que conducía a la cabina estaba a un pie de distancia. Tom volvió a meterse en el compartimiento y se reclinó contra la pared para considerar su próximo movimiento. Tendría más posibilidades de no ser visto si esperaba la oscuridad. Por otro lado, podrían llegar a su destino antes de eso y lo atraparían. Tom tomó una decisión rápidamente.

Volviendo a la escotilla, se deslizó por la abertura. Hubo un momento delicado en el que tuvo que soltar el costado del



compartimiento y girar sobre el escalón. Respiró hondo y se tambaleó hacia adelante.

Detrás de él, las ruedas enormes y gruesas giraban sobre la carretera. Un resbalón ahora significaría una muerte instantánea y aplastante. Sus dedos alcanzaron y agarraron la manija de la puerta. Segundos más tarde, se mantuvo en equilibrio sobre el escalón, meciéndose con el viento.

Se atrevió a mirar por la ventanilla del taxi, preguntándose por qué no lo habían notado antes. Vio a Cag y Monty adentro, Cag conduciendo y Monty dormido. El conductor estaba en el lado opuesto de Tom, y Monty estaba desplomado contra la puerta.

Tom se dio cuenta de que si abría la puerta, Monty se caería y probablemente moriría, pero no tenía otra opción. Cogió la manija y la probó suavemente antes de girar para asegurarse de que se abriera. Dio un poco. Luego, preparándose, tiró con fuerza.

La puerta se abrió y Monty cayó, golpeó el pavimento y rodó hacia la arena para quedarse quieto. Tom no le prestó atención. Con un gran esfuerzo, se subió a la cabina y se enfrentó a un Cag asustado y con los ojos desorbitados.

"¡Usted!" gritó Cag.

"¡Detén esta caja, o ayúdame, te romperé la cabeza!" Tom gritó, blandiendo el corto tramo de tubería.

En respuesta, Cag desvió repentinamente el gran camión hacia un lado de la carretera, con la esperanza de tirar a Tom por la puerta abierta. Tom logró agarrarse justo a tiempo. Volvió a entrar en la cabina y golpeó con el tubo.

Cag se agachó y giró el pesado camión hacia el lado opuesto de la carretera, tratando de hacer que Tom perdiera el equilibrio, pero el cadete no podía negarse. Balanceó el pesado tubo una y otra vez, aterrizando con fuerza, contándole golpes en los brazos y hombros del corpulento conductor del camión. Finalmente, un golpe sólido alcanzó a Cag en el costado de la cabeza y cayó inconsciente. Tom

se inclinó sobre él, agarró el volante y maniobró el gran camión de regreso a un curso recto. Un minuto después, detuvo el camión.

Tom saltó y tiró de Cag detrás de él, tomando una botella de agua del pequeño compartimiento detrás del asiento del conductor. Salpicó un poco en la cara del hombre, y mientras Cag gimió y se recuperó, Tom bebió hasta saciarse. No se había dado cuenta de que tenía tanta sed.

"Cag," dijo Tom con frialdad, cuando supo que el hombre podía entenderlo, "¡Te arrancaré las orejas si no me dices quién te hizo hacer esto!"

Cag guardó silencio. Tom intervino y abofeteó al hombre en la cara.

"¡Vamos! ¡Habla!" gruñó.

Sucio, con la ropa rasgada y las manos ensangrentadas, el cadete Tom Corbett no se parecía al joven cadete despreocupado que Cag había conocido unas horas antes. Estaba asustado y comenzó a quejarse.

"¡Habla o te daré una bofetada tonta!" Tom gruñó.

Cag vio la rabia salvaje en los ojos de Tom y comenzó a tartamudear.

"¡El equipo de camiones! Solo averigüe quién es el dueño de este equipo de camiones y quién saldría ganando si los proyectiles fallaran."

Tom regresó al taxi en un instante. Puso en marcha los poderosos jets y empezó a accionar el embrague.

Cag se levantó de un salto. "¡No puedes dejarme aquí en el desierto! Moriré."

Tom miró al hombre, tiró el resto de la comida y el agua del compartimiento y disparó el enorme camión por la carretera.

Ocho horas más tarde, Tom entró en Marsport y detuvo el gran camión en la primera subestación Solar Guard que pudo encontrar.

Entró corriendo sin cortar los chorros de la camioneta e informó a un sargento sentado detrás del escritorio, leyendo.

"¡Soy el cadete Tom Corbett!" él gritó. "Tengo que ponerme en contacto con el Comandante Walters en la Academia de inmediato."

"¡Quédate donde estás, Corbett!," dijo el sargento, levantándose de un salto y apuntándole con una pistola de paralorrayos. "¡Estas bajo arresto!"

Tom lo miró fijamente y luego, girando sobre sus talones, salió corriendo de la estación, los rayos del guardia le escupían los talones. Saltando a la camioneta, disparó los jets y salió rugiendo hacia la oscura noche marciana.

# Capítulo 12

"¡Aw, cierra tu gran boca venusiana!"

Cuando la voz de Roger rugió por el altavoz del intercomunicador del veloz explorador de cohetes, en la cubierta de energía, la cara de Astro se puso roja.

"Manning," gruñó por el micrófono del intercomunicador, "si no te necesitara para llevarme de regreso a la Madre Tierra, ¡iría allí y te desarmaría!"

Durante cuatro días, los dos cadetes habían estado a bordo del explorador de cohetes, dando vueltas en una órbita entre Marte y la Tierra, realizando pruebas de equipo para Dave Barret. Se habían aburrido del trabajo rutinario y pasaban la mayor parte del tiempo pinchándose unos a otros, pero como decía Roger, al menos estaban en el espacio.

"¡Está bien, eliminemos el gas espacial!" llamó Roger por el intercomunicador. "Es hora de hacer otra prueba. ¿Quieres subir y echar una mano?"

"¡Esté ahí, Roger!" dijo Astro. Puso los controles de la plataforma eléctrica en automático y luego, con una rápida mirada a su alrededor para asegurarse de que todo estaba en orden, subió la escalera hasta la cubierta de control.

Roger estaba de pie en la mesa de cartas, con los audífonos en los oídos, escuchando la transmisión de la verificación de tiempo del cronómetro astral automático en un canal de audio de alta frecuencia desde el reloj electrónico gigante en la Torre de Galileo. Todos los cronómetros de las naves espaciales se comparaban con este enorme reloj con regularidad, con el fin de mantener un tiempo uniforme constante tan necesario para el delicado arte de la astrogación entre los cuerpos celestes.

Astro empezó a hablar con el cadete rubio, pero Roger le indicó que

se fuera, escuchando la señal. De repente miró su propio cronómetro sobre el tablero de control y se quitó los audífonos, sonriendo de satisfacción.

"Justo en una fracción de segundo, Astro," dijo.

"Está bien," respondió el gran venusiano. "Entonces hagamos esa prueba y terminemos de una vez."

"Bien," dijo Roger, volviéndose hacia el panel de control. "¿Quieres salir esta vez?"

"Yo también podría," respondió Astro. "Dame un cambio de escenario."

El gran venusiano se volvió hacia un casillero, sacó un voluminoso traje espacial y se subió a él rápidamente. Ajustándose el casco espacial, asintió hacia Roger y entró en la cámara de la esclusa de aire, cerrando la escotilla detrás de él. Mientras esperaba que el oxígeno de la pequeña cámara se bombeara de regreso a la nave y la presión se igualara con el vacío del espacio exterior, comprobó el intercomunicador de su casco para asegurarse de que existía una línea de comunicación clara con Roger.

La mano roja se cerró en el cero del indicador sobre la puerta y Astro se movió hacia la escotilla exterior. La abrió, abrió la puerta y lentamente salió a la fantástica belleza del espacio infinito. Tan pronto como estuvo afuera, los generadores de gravedad sintéticos perdieron la fuerza sobre su cuerpo y se dirigió al espacio. Agarrando con fuerza dos asas de metal en el casco, el gran cadete realizó un rápido salto mortal y plantó sus pies firmemente en el casco. Sus botas espaciales con suela magnética lo sujetaron fuerte y llamó a Roger por el intercomunicador de su casco.

"Estoy afuera, Roger," informó. "En mi camino hacia el escape."

"Bien," llegó la voz de Roger por el intercomunicador. "Avísame cuando estés listo."

Sin responder, Astro se abrió paso lenta y cuidadosamente a lo largo del explorador de cohetes hacia el conjunto del cohete impulsor

principal. Deteniéndose en el borde de fuga del casco, donde encerraba los cuatro cohetes, el gran venusiano se acuclilló sobre sus talones, asegurándose de que las suelas de sus botas espaciales permanecieran en contacto con el metal del casco. Miró por encima del borde y se preparó en una posición en la que podía observar los escapes individuales de los cohetes.

"¡Está bien, Roger!" llamó por su intercomunicador. "Abre el número uno."

"Número uno, sí," respondió Roger. "Y ten cuidado, gran babuino. ¡No te quemes la nariz!"

"¡Adelante, adelante!" gruñó Astro en respuesta.

Una larga lengua de fuego salió disparada del escape del tubo número uno y, después de retroceder momentáneamente, Astro observó el tubo con atención.

"¿Sabes?," comentó distraídamente mientras mantenía los ojos fijos en el tubo, "aún no puedo entender qué tienen de diferente estos tubos. Son exactamente iguales a cualquier otro que haya visto."

"Eso es lo que sabes, Astro," resopló Roger. "Dave Barret dijo que estaban usando una nueva aleación de duraluminio en los tubos."

"Aún no me parece diferente," insistió Astro. "Y que nos pasemos cuatro días aquí probándolos", "hizo una pausa y negó con la cabeza —, parece una pérdida de tiempo espantosa," concluyó.

"¿Qué te importa? Estamos en el espacio, ¿no? ¿O preferirías estar de nuevo en guardia?"

"No, por supuesto que no," respondió Astro. "Pero incluso el espacio se vuelve aburrido después de un tiempo sin nada que hacer. Barret ciertamente nos dio una caja vieja. Ni siquiera un receptor de largo alcance a bordo."

"¿Qué quieres escuchar?" resopló Roger. "¿Órdenes de vuelo y todo el resto del lavado de cohetes?"

"Será un alivio escuchar a alguien más a tu lado para variar," espetó Astro. "De todos modos, suponga que sucedió algo importante. Suponga que nuestras órdenes fueron cambiadas. ¿Cómo lo sabríamos?"

"¿Qué diferencia hace?" respondió Roger. "Tenemos nuestras órdenes, directamente de Barret. Mientras las sigamos, no nos meteremos en problemas."

"Para variar," murmuró Astro.

"¡Ahora corta las quejas y termina ahí afuera!"

"Está bien," suspiró Astro. "Eso es suficiente con el número uno. Dame el número dos."

La nave se sacudió ligeramente cuando se cortó un tubo del cohete y otro se encendió a plena potencia, pero Astro se aferró al casco con fuerza, continuando con sus observaciones. Con ojos preocupados, observó los cuatro tubos de cohetes en funcionamiento, incapaz de comprender la diferencia entre estos tubos y las marcas estándar. Finalmente, se encogió de hombros y, poniéndose de pie, volvió a llamar a Roger.

"Ya es suficiente, amigo," dijo. "Estoy entrando."

"Está bien," respondió Roger desde la cubierta de control. "Y no te caigas sobre tus grandes pies."

En cinco minutos, el cadete venusiano estaba de nuevo dentro de la esclusa de aire, y cuando se aumentó la presión para igualarla con el interior de la nave, se quitó el traje espacial y el casco. Abrió la escotilla interior y entró en la cubierta de control para ver a Roger mirando fijamente el teleceptor con asombro boquiabierto. Una voz áspera se oía por el altavoz.

".. ¡Ordene que corte todo el poder y esté preparado para una fiesta de abordaje, o abriré fuego inmediatamente!"

Con una exclamación de sorpresa y sobresalto, Astro corrió hacia la pantalla del teleceptor y vio a un hombre con el uniforme de la Guardia Solar, su rostro sombrío y decidido. Justo cuando Astro

estaba a punto de hablar, el oficial volvió a hablar.

"¿Me escuchaste? ¡Este es el capitán Newton a bordo del crucero Regulus! ¡Te ordeno que cortes toda la energía y espera o abriré fuego! ¡Reconoce!"

"Roger," exclamó Astro, "¿de qué se trata todo esto?"

"Yo... no lo sé," tartamudeó el cadete de cabello rubio. Agarró el micrófono del teleceptor y lo llamó rápidamente.

"Explorador de cohetes 4J9 a Regulus. Este es el cadete espacial Roger Manning. Debe haber algún error, señor. El cadete Astro y yo estamos aquí en una asignación especial para el proyecto del Proyecto Espacial."

"¡Se quien eres!" gritó Newton. "¡Si no te quedas, abriré fuego! ¡Esta es tu última advertencia!"

Astro agarró el micrófono de la mano de Roger.

"¡Está bien!" gritó. "No sabemos de qué se trata, pero por amor a los anillos de Saturno, no empieces a disparar."

El capitán Newton asintió con gravedad. "Muy bien," dijo. "Detén tu nave en el espacio y abre la esclusa de aire de estribor. Te enviaré una lancha a reacción."

"Sí, sí, señor," dijo Astro.

Cuando el capitán de la Guardia Solar se desconectó y su imagen se desvaneció de la pantalla del teleceptor, Astro y Roger cumplieron aturridos las órdenes abruptas de Newton, parando la nave en el espacio y abriendo la esclusa de aire de estribor. Luego, los dos cadetes se sentaron en la cubierta principal del pequeño explorador y esperaron, sus rostros mostraban su preocupación. Ninguno tenía ganas de hablar. Estaban tan confundidos que no sabían qué decir. Finalmente Roger se levantó y, aturrido, caminó hacia la mesa de gráficos para anotar el tiempo de las pruebas en el registro. Luego, registró automáticamente la hora del pedido de Newton.

De repente tiró el lápiz y se volvió hacia Astro.



"¡Maldita sea!" él gritó. "¿De qué se trata todo esto?"

Astro simplemente gruñó, se encogió de hombros y se hundió más en su silla. El gran cadete estaba preocupado. Cualquier cosa que amenazara su carrera en la Academia Espacial lo hacía literalmente temblar de miedo. En toda su vida nunca hubo nada que quisiera más que ser oficial de la Guardia Solar. Y la única forma de lograrlo era siendo un cadete espacial. Ahora estaba detenido. No se detuvo a razonar por qué. Todo lo que sabía era que se trataba de una amenaza directa para su futuro como oficial de potencia en la Guardia Solar.

Los dos muchachos sintieron el golpe metálico de algo golpeando el casco de su explorador de cohetes. Inmediatamente se dieron cuenta de que era el sonido de la lancha a reacción acoplándose en su barco y se volvieron hacia la escotilla de la esclusa de aire.

El capitán Newton fue el primero en atravesar la escotilla de la esclusa de aire y fue seguido por seis Marines Espaciales, con sus pistolas de rayos apuntadas.

"Soy el capitán Newton de la Guardia Solar, al mando del crucero espacial Regulus," anunció. Te arresto en nombre de la Alianza Solar. El oficial entregó la orden de arresto estándar que fue utilizada por la Guardia Solar.

Roger lo leyó lentamente. Era una simple orden de arresto, por motivos de desertión, tomar una nave de la Guardia Solar sin permiso y estar ausente sin permiso de la Academia Espacial. Aturdido, el cadete se lo entregó a Astro, quien lo había estado leyendo por encima del hombro, con el rostro pálido por la conmoción.

"Y le advierto, cadete Manning," continuó Newton, "que todo lo que diga de ahora en adelante puede ser usado en su contra."

"Entiendo, señor," dijo Roger, aturdido.

"Entonces, ¿tengo su palabra," dijo Newton, "en su honor como Cadetes Espaciales, de que no hará ningún intento de escapar o de ninguna manera pondrá en peligro mi autoridad sobre usted?"

"Sí, señor," asintió Roger.

"Por mi honor, señor," dijo Astro, tragando saliva, "como un cadete espacial."

"Está bien," dijo Newton. "Entonces les dejaré llevar al explorador de regreso a la Academia vosotros mismos. Los escoltaré en el Regulus."

Se volvió hacia el escuadrón de Marines Espaciales y asintió. Entraron en la esclusa de aire y Newton los siguió lentamente. Se detuvo en la escotilla y miró a los dos cadetes, con un momentáneo destello de simpatía en sus ojos.

"Será mejor que estén preparados para un momento difícil, muchachos," dijo. "El mayor Connel lo llevará frente a un consejo de guerra tan pronto como aterrice."

"Pero ¿qué hemos hecho?" Astro explotó de repente.

"¡Los cargos están enumerados en la orden, Cadete Astro!"

"¡Pero eso está todo mal!" protestó Astro. "Se nos ordenó..."

"Espera, Astro," interrumpió Roger. "Detengámonos y averigüemos esto primero. ¡Podemos decir nuestro lado en la corte marcial!"

El capitán Newton miró a los dos muchachos de manera penetrante durante un segundo, luego se volvió y entró en la esclusa de aire, cerrando la escotilla detrás de él. Lenta y pensativamente, Astro y Roger se prepararon para poner en marcha su barco. Aún estaban atónitos por el repentino giro de los acontecimientos.

No tenían idea de lo que había sucedido. Pero sabían que Dave Barret estaba en el centro de sus problemas. ¡Juraron en silencio que no se saldría con la suya!

Esta vez no fue una corte de cadetes a la que se enfrentaron Roger y Astro. Fue una junta de cinco hombres de oficiales de la Guardia Solar, compuesta por cuatro capitanes y un mayor, quienes llevaron a cabo el consejo de guerra en una sesión a puerta cerrada. Solo se permitió la presencia de los acusados y los testigos denunciantes. La

evidencia que escuchó la junta fue tan dañina para los niños como desconcertante. El mayor Connel testificó que se ausentaron sin permiso y tomaron una nave espacial de la Guardia Solar sin permiso. La estación de bomberos Tim Rush declaró que habían abandonado sus estaciones. Cuando Roger fue llamado al estrado, entró en la única defensa que pudo, afirmando que él y Astro habían estado operando bajo las órdenes de Dave Barret. La junta inmediatamente llamó a Barret para que testificara y sus palabras hicieron añicos el caso de los cadetes.

.. No tengo idea de lo que estaban haciendo en ese explorador de cohetes," declaró con calma. "Ciertamente no los envié a pruebas tan ridículas. Si examinas los tubos de escape de esa nave, verás que están hechos de materiales estándar usados en todas las naves de la Guardia Solar." Se volvió hacia el tablero, con indiferencia., "No, caballeros," continuó—, no sé de qué están hablando estos chicos. Pueden llamar al profesor Hemmingwell, si quieren. Estoy seguro de que responderá por lo que he dicho.

Cuando Barret bajó del estrado, Astro se lanzó hacia él, ciego de ira y gritando su furia. Fueron necesarios seis Marines Espaciales para obligarlo a volver a su silla. Roger se limitó a permanecer sentado, con la mirada perdida en el vacío y una sonrisa irónica en los labios. Vio claramente la trampa en la que él y su compañero de unidad habían caído, y no había salida.

La junta no deliberó mucho después de que se tomó el último testimonio. Cuando regresaron a la sala, el presidente se dirigió a Roger y Astro directamente, preguntando formalmente si tenían algo que decir antes de que se dictara sentencia. Roger dio un paso adelante.

"Tengo algo que decir, señor," dijo con voz tranquila pero firme.

"Muy bien," asintió el mayor.

"Señor," comenzó Roger, con una mirada a Astro, "esto no es una súplica de piedad sino comprensión. No somos, es cierto, nada más que muchachos en entrenamiento para convertirse en oficiales de la Guardia Solar. Una de las partes más importantes de nuestro entrenamiento es cómo tomar órdenes sin cuestionar. Ahora, en este

juicio, hemos sido acusados de tres casos específicos de mala conducta. No podemos ofrecer otra defensa que la que ya hemos afirmado. El mayor Connel y el Suboficial Rush han declarado que Debería haber aclarado las órdenes de Barret con ellos primero, ya que Barret es sólo un civil y no tiene derecho a darnos órdenes. Eso puede muy bien ser cierto. Pero presento esto para su consideración, caballeros... Roger hizo una pausa y miró hacia arriba y hacia abajo. línea de oficiales de rostro pétreo. "¿Cuál habría sido su juicio," continuó, "si Dave Barret nos hubiera pedido que hiciéramos estas cosas y nos hubiéramos negado? ¿Habría sido menos duro con nosotros? Eso es todo, señor."

Roger dio un paso atrás abruptamente y los oficiales se movieron incómodos. Reconocieron el mérito de la declaración de Roger, y si no se hubiera tomado la decisión, hubo más de uno que podría haberlo reconsiderado, recordando sus propias dificultades como cadetes espaciales. Sin embargo, el presidente tomó una hoja de papel y se dirigió a los chicos con frialdad.

"Si bien debo felicitar al cadete Manning por su admirable declaración," dijo, "no cambia la decisión de esta junta. Normalmente, estas ofensas serían castigadas con la destitución inmediata del Cuerpo de Cadetes. Sin embargo, en vista de su historial anterior." en la Academia, es decisión de esta junta ejercer cierta indulgencia. Cadete Roger Manning, Cadete Astro, está condenado a servir en las bandas de trabajo de los alistados aquí en Academia Espacial por un período de exactamente seis meses. Todos los salarios y privilegios ser denegado durante ese tiempo. ¡El caso está cerrado!"

# Capítulo 13

"¡El trazador de líneas del cohete de Átomo City ahora se carga en la rampa dos!"

La voz metálica del despachador hizo eco a través de la sala de espera del subespacio en las afueras de Marsport y los pasajeros comenzaron a moverse hacia la puerta de campo, donde los administradores de la nave verificaron cada boleto con el plano de asientos del transatlántico. Cerca de ellos, un escuadrón de cuatro Marines Espaciales escudriñó a todos los pasajeros cuidadosamente mientras subían a los autos a reacción que los esperaban y los llevarían a la nave en el medio del campo.

Tom Corbett se sentó en el puesto de refrescos de la sala de espera, bebiendo un vaso de leche pensativo y mirando al escuadrón de Marines Espaciales. Llevaba un sombrero de pico grande echado sobre su rostro y una chaqueta negra ajustada, el uniforme estándar de un astronauta mercante.

"¿Algo más?" preguntó la linda camarera detrás del mostrador.

"Sí," gruñó Tom. "Dame otro vaso de leche y otro de estos sándwiches miserables."

"¡Bueno, no tienes que ser grosero al respecto!" espetó la chica. "¡Alguien debería enseñarles modales a los vagabundos del espacio!"

Mientras se alejaba enojada, la joven cadete sonrió. Sabía que su disfraz debía ser realmente bueno para engañar a esta joven, que conocía a cientos de personas en el puerto espacial todos los días y podía reconocer fácilmente a una persona por lo que realmente era. Ahora su única esperanza era que el disfraz engañara al escuadrón de marines en la puerta.

Después de haber abandonado el camión a reacción, Tom se había movido a través de la brillante ciudad de Marsport con cuidado, manteniéndose en los callejones oscuros y las sombras. Poco a poco,

había regresado al área alrededor de Sloppy Sam's donde, por unos pocos créditos, había podido comprar ropa de un comerciante espacial sin hacer preguntas. Enterró su uniforme de cadete en el terreno suelto cerca de un proyecto de construcción.

Luego, permaneciendo en el área, entró y salió de los sucios bares y restaurantes buscando al hombre que había visto en el puerto espacial, el conductor del camión que había estrellado la cerca.

Pasó tres días en su búsqueda, sin atreverse a hacer preguntas, simplemente manteniendo los ojos abiertos para el hombre. Finalmente, se vio obligado a abandonar la búsqueda cuando vio un noticiero estéreo que informaba que el cadete desaparecido, Tom Corbett, había sido rastreado hasta Skid Row. Decidió que era hora de dejar Marte y se dirigió al enorme puerto espacial principal, con la esperanza de subir a bordo de una nave con destino a la Tierra. Pero los Marines Espaciales estaban apostados en cada puerta, examinando cuidadosamente a cada pasajero que partía, y Tom sabía que sería imposible pasarlos. Luego notó un cartel que anunciaba vuelos especiales no programados a Átomo City, la Tierra, a tarifas reducidas, que despegarían desde un subespacio en las afueras de la ciudad. Con renovada esperanza, fue allí de inmediato y compró un boleto. Los Marines Espaciales también estaban de guardia aquí, pero solo un pequeño escuadrón. El cadete resolvió hacer su escapada aquí. No tenía otra opción.

"¡Aquí tienes tu leche!," dijo la camarera, dejándolo caer sobre el mostrador delante del cadete. "¡Y tu sándwich!"

Tom vio que los Space Marines estaban observando a los pasajeros muy de cerca. Tom vio que los Space Marines estaban observando a los pasajeros muy de cerca.

Nota

Tom pagó el pedido y se tomó su tiempo para masticar el sándwich rancio. Sabía que tenía que subir a bordo de la nave que estaba cargando ahora, pero los Marines Espaciales estaban observando a los pasajeros muy de cerca. De repente, Tom vio a un asistente del puerto espacial correr hacia el escuadrón y entregar un mensaje al sargento al mando del escuadrón. Tom salió del mostrador y se

dirigió rápidamente a un quiosco cerca de la puerta, donde podía estar cerca de los marines. El sargento leyó el mensaje rápidamente y se volvió hacia su escuadrón. Tom aguzó el oído para escuchar.

"Tenemos que salir de aquí o nunca saldremos," dijo. "Se avecina una tormenta de arena marciana. Debería golpear en unos quince minutos. Este será el último vuelo. Entonces nada despegará del suelo hasta que pase. Puede durar días."

"Pero ¿qué hay de ese cadete?" preguntó el hombre más cercano al sargento. "¿Y si aparece?"

"Casi todos los pasajeros de este vuelo están ahora a bordo," gruñó el sargento. "Además, ¿lo ves por algún lado?"

Tom les dio la espalda a los soldados rápidamente y escuchó al Marine responder: "No."

"Entonces tome su equipo y apile en el camión afuera," ordenó el sargento, "o estaremos viviendo en esta estación por un par de días."

Los marines se alejaron rápidamente de la puerta, atravesaron la sala de espera y salieron por la puerta.

Tom buscó en su bolsillo el boleto a Átomo City y se dirigió rápidamente a la puerta, presentando su boleto al mayordomo. "¡Spaceman Wilson!" Tom gruñó.

El mayordomo revisó su boleto con indiferencia y anunció: "¡Asiento catorce, litera doce!"

Tom atravesó la puerta, tratando de parecer casual.

"¡Eh, tú!" Hubo un repentino grito de alarma detrás de Tom y por un momento estuvo tentado de correr. Pero se volvió lentamente y miró hacia atrás. El hombre del quiosco le estaba gritando.

"¿Intentas robar mi periódico?" el grito.

Tom miró hacia abajo y vio que aún sostenía el papel que había recogido para esconder su rostro de los marines. Sonrió, metió la mano en el bolsillo para sacar una moneda y se la arrojó al hombre.

"Lo siento," llamó y siguió caminando.

Se apresuró a atravesar un túnel hacia el área abierta del campo donde los otros pasajeros esperaban en autos a reacción. Se metió en el más cercano y se sentó junto a una mujer gorda. Ella lo miró con malicia, olfateó audiblemente y se volvió para mirar por la ventana. Tom simplemente sonrió y se acomodó más en el asiento. En un momento, la cabina del jet atravesó a toda velocidad el pequeño campo hacia la nave de pasajeros que esperaba.

A salvo dentro de la nave, Tom se hundió en su asiento asignado, se abrochó el cinturón de aceleración y escuchó la voz del capitán contando los segundos hasta el despegue.

"¡Cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero!"

Hubo muy poco impacto de aceleración, ya que se trataba de una embarcación diseñada para la comodidad de los pasajeros. De hecho, a Tom le resultó difícil determinar exactamente cuándo dejó el suelo. La fuerza del impulso lo empujó profundamente en su asiento, sin duda, pero fue una presión gradual y en absoluto como la violenta sacudida repentina que se produjo cuando disparó la *Polaris*.

Él sonrió. ¡Había considerablemente menos energía en esta nave que en la *Polaris*!

La idea del crucero espacial gigante le hizo pensar en Roger y Astro. Se preguntó qué estaban haciendo y si no se habían metido en problemas.

Durante el viaje de regreso a Átomo City, Tom se mantuvo reservado, evitando a los otros pasajeros en la nave tanto como le fue posible, tomando sus comidas en su litera. El cadete tenía mucho que pensar. Aunque temporalmente a salvo, sabía que no podía esquivar a la Guardia Solar para siempre. Mantuvo un registro de su persecución mediante noticieros estéreo que la nave recogió tanto de Marte como de la Tierra, y se alegró de saber que los marines y los guardias solares aún lo estaban buscando en Marsport.



Había un poco de información que era noticia general para los demás en la nave, pero de particular interés para Tom. Se sentó en su litera y escuchó.

.. El informe de un intento de sabotaje en un proyecto altamente secreto ahora en progreso en la Academia Espacial fue negado hoy por los funcionarios del proyecto y el comandante Walters. El comandante dijo que no había base para el informe de que todo el panel de control de un nuevo tipo la nave había sido destruido."

Tom apagó su aparato y se reclinó en su litera. Vio a través de la negación del comandante Walters. No había necesidad de molestar al público y, lo que es más importante, hacerle saber al saboteador lo exitoso que había sido.

Aunque Tom sabía quién era el responsable, este conocimiento no significó mucho mientras aún era un fugitivo. Tendría que tener pruebas. Tendría que tener algo más que su palabra y acusación para que sus cargos se mantuvieran. Pero ¿cómo conseguirlo?

"Atención," retumbó la voz del capitán por el altavoz de la nave. "¡Abróchense los cinturones de desaceleración, por favor! Aterrizamos en Átomo City en treinta minutos. ¡Abróchense los cinturones de desaceleración, por favor!"

Seguro que no sería visto por los pasajeros y la tripulación amarrados para el rellano, Tom salió de su litera y bajó por la escalera hasta el maletero. A salvo dentro, examinó el contenido de varias bolsas de aspecto caro y las abrió abriendo las cerraduras con su cuchillo. Finalmente encontró un conjunto de ropa de civil que le sentaría bien. Dejando cien créditos en la maleta, más de lo que valía la ropa, regresó a su litera donde rápidamente se lavó, afeitó y vistió con la ropa robada, estabilizándose contra los tambaleos de la nave cuando se acercaba al aterrizaje.

Cuando la nave finalmente aterrizó en el espaciopuerto de Átomo City, Tom esperó en su litera hasta que estuvo seguro de que la mayoría de los pasajeros se habían ido. Luego salió rápidamente de la nave, con la cabeza gacha y el sombrero muy bajo sobre la cara, para perderse en el atestado puerto espacial.

A salvo por el momento, al menos hasta que la Guardia Solar lo rastreó hasta la Tierra, Tom se movió abiertamente por las calles de Átomo City y fue directamente a la estación de monorraíl donde compró un boleto para la Academia Espacial. Abordó un tren local en lugar del expreso y tomó el tren propulsado por jet en la comodidad del cascarón restaurante donde tuvo una gran comida.

La parada antes de la Academia fue una pequeña aldea que satisfacía las necesidades de los cientos de trabajadores civiles en el espaciopuerto de la Academia. Tom había estado allí muchas veces con Astro y Roger, y sabía de un pequeño hotel donde podía esconderse hasta que pudiera contactar a sus compañeros de unidad.

Era temprano en la noche cuando Tom se registró en el hotel con el nombre de Joseph Cazippi, un ingeniero de Titan Colony. A salvo en su habitación, Tom se volvió hacia la ventana y miró con nostalgia a la Torre de Galileo en la distancia, que captaba los últimos rayos del sol y brillaba con orgullo contra el cielo nocturno que se iba acumulando.

Se apartó de la ventana y se quedó paralizado cuando alguien llamó a la puerta y una voz joven llamó:

"¡Déjame entrar, Tom!"

El joven cadete tragó saliva de miedo. ¡Alguien lo había reconocido! Se preguntó si debería abrir la puerta o deslizarse por la ventana e irse.

"¡Oye Tom!" llamó la voz. "¡Este es Tiny! Vamos, déjame entrar."

"¡Diminuto!" gritó Tom con rápido alivio. Abrió la puerta y entró un niño de unos doce años.

"Hola, Tom," saludó el chico con entusiasmo.

Tom sonrió para darle la bienvenida. Él, Roger y Astro habían conocido al joven en varios de sus viajes al pueblo y se habían hecho grandes amigos. Siempre tenían que contarle historias sobre el Cuerpo de Cadetes.

"¿Cómo supiste que estaba aquí, Tiny?" preguntó Tom.

"Te seguí desde la estación del monorraíl," respondió el niño. "No podrías engañarme con esos civiles. ¿Dónde está tu uniforme?"

"No importa eso ahora," dijo Tom, arrodillándose ante él. "Mira, Tiny, ¿puedes guardar un secreto?"

"¡Seguro!" dijo el chico alegremente. "Claro que puedo, Tom."

"Bueno, estoy en una misión secreta, ¿ves?" susurró el cadete con aire cómplice. "Y necesito que alguien como tú me ayude. ¡Pero no puedes decirle a nadie que estoy aquí!"

"Claro, lo entiendo, Tom. ¿Qué quieres que haga?"

"Ve a la Academia y encuentra a Astro y Roger. Diles que vengan aquí a las nueve en punto esta noche. ¡Pero recuerda, no hables con nadie más!"

"OK.!" respondió el joven. "¡Te entiendo! ¿Vas a atrapar espías, Tom?"

"No lo sé aún, Tiny. ¡Pero haz lo que te dije y luego date prisa en volver conmigo y cuéntame lo que te dijeron!"

El chico asintió y se apresuró a marcharse. Desde la ventana, Tom lo vio subirse a su moto a reacción y salir rugiendo hacia la oscuridad que se avecinaba hacia la Academia.

Pasaron casi dos horas antes de que oyera la moto a reacción regresar y se apresuró a la puerta, esperando con impaciencia a que entrara el chico. Cuando la puerta se abrió y Tiny entró, Tom sintió inmediatamente que algo andaba mal.

"¡Tomás!" jadeó Tiny, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. "¿Sabes lo que pasó?"

"¿Qué?"

"Roger y Astro..." el chico se detuvo, aparentemente incapaz de continuar.

"¿No los viste?" preguntó Tom.

"No, no podría. No me dejaron."

"¿Quién no te dejaría?"

"Los guardias."

"¿Qué guardias? ¿De qué estás hablando, Tiny?"

"¡Los guardias de la cárcel! ¡Roger y Astro están en la banda de trabajo del alistado durante seis meses!" dijo Tiny.

Escondiendo su sorpresa, Tom apresuradamente le dio al chico un billete de diez créditos y le juró que guardaría silencio.

"¡Ahora date prisa a casa, Tiny, y no le digas a nadie que me has visto!" dijo él.

"Está bien, Tom," respondió el niño. "Pero ¿qué significa todo eso?"

"Ojalá lo supiera," dijo Tom con gravedad. "Y cuando me entere, Tiny, te prometo que te lo haré saber."

Cuando finalmente Tom estuvo solo, se paró junto a la ventana, mirando la torre reluciente, ahora iluminada y brillando intensamente en la oscuridad. De repente sintió que nunca volvería a ver la torre.

# Capítulo 14

"¡Permanecer tranquilo!"

La voz del profesor Hemmingwell resonó por encima del rugido de la actividad en el hangar cuando el enorme nuevo panel de control fue elevado a lo largo del casco hasta un gran agujero que había sido cortado en el costado de la nave experimental al nivel de la cubierta de control.

"¡Fácil lo hace!" llamó el profesor, de pie en la cubierta y mirando por el agujero. "¡Cuidado ahora!"

Ahora, incluso con el agujero, los trabajadores introdujeron lentamente el panel en la nave. Incluso el mayor Connel y Steve Strong echaron una mano y lo colocaron en su lugar. Cuando estuvo bien anclado, un equipo de técnicos se abalanzó sobre el panel para comenzar el intrincado trabajo de conectar todos los controles a las distintas partes de la nave, y Hemmingwell y los dos oficiales de la Guardia Solar dieron un paso atrás para observarlos.

"Esto nos pone de nuevo en el horario," dijo el profesor, volviéndose, con los ojos enrojecidos y cansado, hacia Connel y Strong. "Fue una buena idea tuya, Steve, prefabricar el panel y ponerlo en su lugar de una vez. Si hubiéramos intentado instalarlo pieza por pieza, estaríamos atrasados."

"Buen trabajo, Steve," intervino Connel.

Strong simplemente asintió en agradecimiento. Él estaba cansado. Más cansado de lo que jamás había estado en su vida. No solo había supervisado la construcción del nuevo panel de control, sino que había estado trabajando en un informe especial para presentar a la Junta de Revisión de la Guardia Solar solicitando otra prueba para Astro y Roger. Y había pasado cada minuto libre rondando el cuartel general del MP de la Guardia Solar en busca de noticias de Tom. Entonces, aceptó los cumplidos de Connel y el profesor Hemmingwell con poco entusiasmo.

"Será mejor que descanses un poco, Steve," dijo Connel, consciente de la actitud de Strong. "Sé lo duro que has estado trabajando estos últimos días. ¡Así que déjalo y quiero tu palabra de que volverás a tu habitación y dormirás un poco!"

"Lo siento, mayor," respondió Strong, "no puedo darle mi palabra sobre eso."

El rostro de Connel se ensombreció de ira. "¡Muy bien! Entonces haz lo que quieras. ¡Fuera!" él gritó.

Strong simplemente asintió y abandonó la nave.

Fuera del hangar, se detuvo de repente cuando vio a Dave Barret bajarse de la acera de la Academia y caminar hacia él. El joven capitán apretó los dientes con repentina ira. Había hablado con Astro y Roger muchas veces desde que los pusieron en la pandilla de trabajo y juraron que la historia de su desafortunado vuelo era cierta. Strong no podía creer que mentirían. Había estado demasiado cerca de ellos y, muchas veces, había puesto su propia vida en sus manos. Pero parecía no haber forma de romper la historia de Barret. Esperó a que el hombre lo pasara.

"Buenos días, Strong," dijo Barret, como sorprendido. "Bueno, ¿cómo está el genio? ¿Entrar el panel de control esta mañana?"

Barret estaba molesto porque el plan de Strong para reemplazar el panel de control había sido aceptado sobre el suyo. El capitán le devolvió la mirada fría y asintió.

"Está dentro," dijo, y luego agregó: "Me gustaría hacerle algunas preguntas, Barret."

"¡Lo siento, no tengo tiempo!" respondió Barret secamente mientras trataba de pasar junto a Strong. Pero el joven capitán lo agarró del brazo y lo hizo girar.

"¡Hacer tiempo!" gruñó. "¡Quiero la historia clara sobre ese llamado vuelo de prueba!"

Barret miró a Strong. "Le sugiero que suelte mi brazo, capitán,"

amenazó, "¡o me verá obligado a presentar cargos de agresión contra usted!"

Al darse cuenta de que una pelea abierta sería inútil, Strong soltó el brazo del hombre y se alejó rápidamente. La risa burlona de Barret resonó en sus oídos cuando pisó la acera y se deslizó hacia la Academia. Detrás de él, el gran hangar vibró con el sonido de hombres trabajando a toda velocidad otra vez. La poderosa nave y su equipo especialmente diseñado parecían estar finalmente listos para la prueba. Pero Strong no sintió nada de la emoción. Al capitán de la Guardia Solar le importaba poco si el proyecto era un éxito o un fracaso. Pensó en los tres cadetes de su unidad, que eran, ante todo, su responsabilidad.

Con guardias dobles alrededor del área del hangar y restricciones de seguridad aún más estrictas que antes, el saboteador desconocido no pudo atacar la preciosa nave de nuevo. Pero golpeó en otra parte. El monorraíl de vía única con el que Barret había entrado en la zona fue bloqueado por una explosión en la boca del túnel. Casi mil toneladas de roca y tierra habían caído en el lado del hangar, bloqueando la entrega de equipo vital.

Con poderosa maquinaria de movimiento de tierras, el túnel fue limpiado de rocas pesadas y tierra, y todo lo que quedó fue una limpieza general, y las cuadrillas de trabajo del alistado habían sido asignadas a ese trabajo.

Casi un centenar de astronautas duros y con cicatrices de batalla de las filas alistadas de la Guardia Solar trabajaban en el área, desnudos hasta la cintura, sus cuerpos quemados por el sol. Enviado a la cuadrilla de trabajo por delitos menores, más que por actos delictivos, a los soldados en su conjunto no les importaba el trabajo. Estaban bajo vigilancia, vigilados por un escuadrón de Marines Espaciales armados con pistolas de paralorrayos, pero no hubo ningún intento de hacer que los hombres se sintieran como si fueran criminales. La mayoría de las sentencias eran cortas, por lo general de cinco a treinta días, y algunos casos extremos duraban hasta tres meses. Pero nadie había recordado jamás a un cadete espacial trabajando en el escuadrón, ¡y particularmente durante seis meses! Fue una situación extraordinaria y los guardias, así como los hombres de los detalles del trabajo, simpatizaron con Roger y Astro.

Se dieron cuenta de que no se había hecho nada realmente serio, o los chicos habrían sido enviados al asteroide prisión, donde se enviaba a todos los verdaderos criminales. De modo que se desarrolló un verdadero espíritu de camaradería entre los cadetes y los alistados.

Cuando el capitán Strong llegó para hablar con Roger y Astro, los encontró en el túnel, trabajando como un equipo de pala y barredora. Roger barrería un pequeño montón de tierra y Astro lo colocaría en un carro de mano cercano.

"¡Muy bien, pug venusiano!" gritó Roger. "¡Vigila el porro!"

Astro recogió cuidadosamente el pequeño montón de tierra y lo depositó en el camión.

"Manning, ¿qué hizo que la nave espacial cruzara a Plutón?" preguntó.

"Para llegar al otro lado del universo," dijo Roger.

"Está bien," interrumpió Strong. "Si vosotros dos cortan la comedia, me gustaría hablar con vosotros."

"¡Capitán Strong!" gritó Roger. "¡Hey, muchachos! ¡Miren!" Se volvió hacia los otros hombres del grupo de trabajo. "¡Somos personajes especiales! ¿Ves? ¡Tenemos visitantes durante las horas de trabajo!"

Strong se rió con los demás y luego, haciendo un gesto a Roger y Astro para que lo siguieran, caminó hasta un rincón aislado del túnel.

"¿Cómo está yendo?" preguntó.

"Bien, señor," dijo Roger. "No tenemos quejas."

"Sí," intervino Astro con una sonrisa. "¡La comida es mejor aquí que en la Academia!"

"¡Dale a este vagabundo de Venus una buena cocina y se irá al Rock!" Roger rió.



Strong notó sus cuerpos delgados y morenos y decidió que un poco de trabajo al sol con un pico y una pala les había hecho bien. Pero seis meses de eso interferirían con su trabajo en la Academia y podrían detenerlos.

Les habló del trabajo que había estado haciendo para que la Junta de Revisión de la Guardia Solar renovara su caso y les pidió cualquier detalle especial en su relación con Barret que pudiera dar peso a su petición de perdón total, en lugar de simplemente una conmutación de frase. Quería que quedara claro en sus registros que habían sido acusados injustamente y que, por tanto, su sentencia era un error.

Pero ni Astro ni Roger pudieron agregar nada a lo que el joven capitán ya sabía. Finalmente se volvió para irse, advirtiéndoles a ambos que no se metieran en problemas, especialmente a Roger.

"Manning," advirtió, "tu boca es tu gran debilidad. ¡Estoy detallando a Astro para asegurarme de que permanezca cerrada!"

"¿Verás?" regodeó Astro. "¡Ya ves en quién confía el capitán!"

"¡Escucha, gran trasero!" comenzó Roger enojado, luego se detuvo y sonrió. "Está bien, capitán Strong, seguiré con la pelota."

"Será mejor que lo hagas," interrumpió Astro, "¡o te pongo de cabeza!"

Con una palmada en la espalda, Strong los dejó. Justo cuando estaba a punto de salir del túnel, Roger lo llamó:

"¿Ha oído algo sobre Tom, señor?"

"Ni una palabra," respondió Strong con gravedad. "Hasta donde yo sé, aún está en Marte."

"¿Un-un fugitivo?" preguntó Astro.

"Sí, Astro. La Guardia Solar aún lo está buscando."

Strong observó a los dos cadetes volver a su trabajo abatidos y luego, suspirando de cansancio, se dirigió de nuevo a la acera

deslizante. Por la mañana comprobaría los informes de la Sección de Seguridad para saber si Tom. Luego cuadró los hombros con determinación. ¡Los comprobaría ahora!

Aún no podía irse a la cama. No mientras Tom aún estuviera desaparecido y mientras Astro y Roger estaban en el grupo de trabajo. ¡No dormiría hasta que estuvieran libres y la unidad Polaris estuviera junta de nuevo en el espacio!

Tom Corbett tampoco pudo dormir. Había pasado la noche en el hotel del pueblo dando vueltas y vueltas, su mente hervía con planes para ayudar a Roger y Astro.

Finalmente, al amanecer, se levantó y se escabulló del hotel. Evitando la conveniencia del monorraíl, se dirigió a pie por el accidentado campo hacia la Academia Espacial. Tenía un plan, pero el plan requería que hablara con Roger y Astro primero, y luego con el capitán Strong, pero tenía que hacerlo en secreto. Se dio cuenta de que su conocimiento de la identidad del saboteador sería un arma más eficaz si todos creían que estaba en Marte.

Después de acercarse lo suficiente a la Academia para usar el sistema de pasarelas deslizantes que atravesaba la enorme área, merodeó en las plataformas abarrotadas que conectaban el hangar, la Academia y el puerto espacial. Mantuvo el cuello de su abrigo alto y su sombrero de civil bajado hasta sus ojos.

Estaba en la acera principal, avanzando hacia el edificio de la Torre, cuando sus ojos distinguieron el conocido cabello rubio muy corto de Roger y la inconfundible masa de Astro en la acera que conducía al hangar. Cambiándose en la intersección de la acera deslizante, salió tras ellos, esperando que no lo vieran entre la multitud de trabajadores civiles. Roger y Astro llevaban herramientas sobre sus hombros y estaban rezagados detrás del cuerpo principal de trabajadores que se dirigían hacia una enorme abertura de túnel. Tom vio su oportunidad y se acercó rápidamente a su lado.

"¡Sigue caminando y no muestres sorpresa!" susurró con dureza.

Pero era demasiado pedir. Astro y Roger se sobresaltaron y dejaron escapar involuntarios gritos de alegría, que llamaron la atención de

los guardias. Se dieron cuenta del extraño vestido de civil y lo miraron.

"¡Tomás!" exclamó Roger. "¿Qué diablos eres...?"

"¡Sh!" siseó Tom. "No tenemos mucho tiempo." Vio a uno de los guardias volverse y mirarlo. "Escúchame," continuó rápidamente. "¡Tengo una droga importante sobre el saboteador!"

"¿Cómo?" Astro jadeó.

"No importa," respondió Tom. "¡Ahora, para atraparlo, tengo que ponerlo en acción! ¡Necesito pruebas!"

"Pero ¿quién es?" preguntó Roger.

"No puedo decírtelo ahora. Aquí viene el guardia. ¿Vas a estar trabajando por aquí mucho tiempo?"

"Al menos otros tres días," dijo Roger. "Pero quién-?"

Roger notó que el guardia se acercaba a ellos y de repente se enderezó y resopló burlescamente, "Sí. Pero por qué un tipo debería querer unirse a la Guardia Solar es más de lo que puedo ver. ¡Debe estar loco, señor!"

Astro y él se alejaron, y después de una mirada vacilante a Tom, el guardia siguió a los dos cadetes. Tom subió a la acera deslizante de regreso a la Academia. Hasta aquí todo bien. Sabía dónde estaban sus compañeros de unidad, pero más adelante, en la reluciente Torre de Galileo, estaba su segundo objetivo, el capitán Strong. Su patrón tenía que escucharlo, tenía que ser comprensivo y ayudarlo a atrapar al saboteador. Era la única forma en que Tom podía limpiar su propio nombre y liberar a Roger y Astro.

# Capítulo 15

"¡Scott!"

"¡Aquí!" gritó un astronauta canoso en respuesta a la llamada del mayor Connel.

"¡Augutino!"

"¡Aquí!"

"¡Jones!"

"¡Regalo!"

"¡Herrero!"

"¡Aquí!"

"¡Albert!"

"¡Aquí!"

Connel comprobó el apellido en el portapapeles y se volvió hacia el profesor Hemmingwell, que estaba a su lado en la base de la nave. "Todo presente y listo, señor."

"¡Mucha!" dijo el profesor. Se volvió y miró a su alrededor. "¿Dónde está Dave?"

"Aquí viene ahora," dijo Connel.

Ambos vieron a Barret avanzar hacia ellos, con los brazos cargados de equipo.

"Esto es lo que le conté, profesor," dijo mientras Hemmingwell lo miraba con curiosidad.

"¿Qué cosas?" preguntó Connel.

Calentadores portátiles para los trajes espaciales de la tripulación, por si acaso... Barret hizo una pausa significativa.

"¿En caso de qué?" gruñó Connel.

"¡Pregúntales!" respondió Barret, señalando al grupo de tripulantes civiles que habían sido seleccionados para el vuelo de prueba de la nave espacial.

Connel se volvió para mirarlos y luego volvió a mirar a Barret. "¿Preguntarles qué?" ladró.

"Cómo se sienten al hacer este vuelo," dijo Barret.

Connel frunció el ceño y se volvió hacia los hombres. "¿Hay algo en lo que dice?" el demando.

Los hombres arrastraron los pies con nerviosismo, pero no respondieron.

"¿Bien?" explotó Connel.

"Mira, te tienen miedo, Connel," dijo Barret, omitiendo deliberadamente la cortesía de usar el título de mayor.

Haciendo caso omiso de la estocada de Barret, Connel continuó enfrentándose a los hombres. "¿Es eso cierto, hombres?" él gritó. "¿Me tienes miedo?"

Hubo un murmullo del grupo y luego el hombre llamado Scott, un individuo corpulento con ojos negros y brillantes, dio un paso adelante.

"Hablando por mí mismo," dijo, mirando directamente al mayor, "No le tengo miedo a nada que camine. Y eso lo incluye a usted, mayor Connel. Sin ofender, es solo una declaración de hecho." Hizo una pausa y respiró hondo. Luego añadió: "Pero le tengo miedo a este barco."

"¿Por qué?" preguntó Connel, quien no pudo evitar admirar al hombre por su enfoque directo.

"Ella está maldita," dijo el hombre, usando la expresión de los astronautas que creían que una nave con un historial de accidentes sospechosos debería ser descartada porque estaba maldita.

"¡Junk-jinxed!" gritó Connel, asombrado.

"Absurdo," resopló el profesor Hemmingwell., "¡Vaya, ayudaste a construir este barco, Scotty! ¿Dudas del trabajo que le has puesto a ella? ¿O del trabajo de tus amigos?"

"Eso no tiene nada que ver," respondió Scott obstinadamente. "Los demás sienten lo mismo que yo."

Barret dio un paso adelante. Arrogantemente y antes de que Connel pudiera detenerlo, comenzó a dirigirse a los hombres. "¡Escuchen, hombres!" él gritó. "¡Estás siendo infantil! ¡Por qué, construiste esta nave! ¿Cómo puedes permitirte ser tan estúpido como para creer en una cosa idiota como un maleficio? Ahora, ¿por qué no simplemente subes a bordo y dejas de ser tan ridículo? ¡supersticioso!"

Connel podría haber extendido una de sus grandes manos y apretar el cuello de Barret para callarlo. En lugar de disipar sus temores, que incluso él admitiría que eran bastante reales, el hombre estaba creando más resentimiento con su ataque a su orgullo como hombres pensantes y razonadores.

"¡Bien, bien!" gritó. "¡Es suficiente por ahora, señor Barret!" Se volvió hacia los hombres y supo por las expresiones en sus rostros que los había perdido. No llevarían la nave a lo alto. Pero tenía que intentarlo.

"Ahora escucha," gruñó. "Este es un proyecto muy importante y alguien ha estado tratando de que elimináramos toda la idea. Si no lo logras, él tendrá éxito. Ustedes son los mejores hombres en sus campos, y si cada uno de vosotros asiste a su trabajo particular, entonces la nave despegará y será un éxito! Ahora, ¿qué tal?"

Se encontró con los rostros pétreos de hombres asustados. Nada de lo que pudiera decirles u ofrecerles haría que despegaran la nave. Intentó una nueva táctica. "¡Te estoy ofreciendo el doble de salario!"

rugió.

Los hombres guardaron silencio.

"¡Doble salario y un bono!"

Silencio.

"¡Muy bien! ¡Batirlo!" gruñó. "¡No vuelvas a mostrar tu cara por aquí!"

Connel se volvió hacia el profesor Hemmingwell. "Veré si no puedo reunir una tripulación de las filas de la Guardia Solar," dijo.

"Mayor," dijo el profesor, con el rostro desgastado y demacrado por la larga prueba de completar el proyecto, "no quisiera que se ordenara a los hombres que se hicieran cargo de esta nave."

"Están en la Guardia Solar y reciben órdenes," dijo Connel.

"No," insistió Hemmingwell. "No dejaré en ese barco a un hombre que no quiera ir. Recuerde, mayor, sigue siendo mi propiedad personal."

"Está bien," dijo Connel con gravedad. "Veré si puedo reclutar un equipo de los trabajadores civiles de la Academia."

Pero el mayor Connel encontró el mismo terror supersticioso en todas partes. Se había corrido la voz de que la nave de proyectiles estaba gafe. Se recordaron viejas historias de otras naves que habían salido al espacio, de las que nunca se volvería a saber, y los hombres encontraron casos de sucesos similares antes del lanzamiento en la nave de proyectiles. Muy poco de eso era cierto, por supuesto. Las historias eran medias verdades y leyendas que se habían transmitido a través de generaciones de astronautas, pero ahora parecían tener un significado especial.

Connel enfureció y despotricó, amenazó y engatusó, suplicó y suplicó, pero no sirvió de nada. No había un hombre en la Academia que pusiera un pie dentro de la nave "gafe." Finalmente, en un último intento desesperado, ignoró la orden de Hemmingwell y apeló al comandante Walters.

"No, Lou. No puedo ordenar a los hombres que suban ese barco," respondió el comandante Walters, "¡y lo sabes!"

"¿Por qué no?" argumentó Connel. "Usted es el comandante, ¿no es así?"

"Ciertamente lo estoy," afirmó Walters, "y si quiero hacer otras cosas en la Guardia Solar, no puedo ordenar a los hombres que levanten una nave maldito del suelo." Miró a Connel con detenimiento. "¿Te acuerdas del viejo carguero, el Spaceglow?" preguntó.

Connel frunció el ceño pero no respondió.

"Eras compañero de esa nave antes de alistarte en la Guardia Solar," insistió Walters. "Y leí el registro de su primer viaje cuando escribó, y cito: 'Parece haber una condición misteriosa e incontestable a bordo de este barco que la hace comportarse como si tuviera inteligencia humana...'"

"¡Eso no tiene nada que ver con esta situación!" rugió Connel.

"¡Son iguales! ¡No podrías conseguir una tripulación en ese cascarón en ningún puerto de escala desde Venus a Júpiter!"

"¡Pero finalmente descubrimos lo que le pasaba!"

"¡Sí, pero aún existe la leyenda de que el Spaceglow tenía inteligencia propia!" afirmó Walters.

"Está bien," resopló Connel. "¡Así que tenemos que luchar contra la superstición! Pero, maldita sea, comandante, nos enfrentamos a un saboteador. ¡No hay nada sobrenatural o misterioso en un hombre con una bomba!"

Connel se volvió bruscamente y salió de la oficina del comandante, más furioso de lo que Walters lo había visto nunca.

De vuelta en el hangar, Connel se enfrentó al profesor. Fue difícil decírselo al anciano, y Connel, a pesar de su dureza exterior, pudo apreciar fácilmente los sentimientos del profesor. Después de muchos años de lucha para convencer a los banqueros acérrimos de la solidez de su plan de proyectiles espaciales, seguido de sabotajes



y costosos paros laborales, fue desgarrador que una "maldición" finalmente lo detuviera.

"Lo siento," dijo Connel, "pero así son las cosas, profesor."

"Entiendo, mayor," respondió Hemmingwell con cansancio. Se dio la vuelta con los hombros hundidos y regresó a su pequeña oficina a la sombra del poderoso barco que estaba anclado en el suelo.

"¿Puedo hablar con usted un momento, mayor?" una voz rompió el silencio en el hangar.

Connel se dio la vuelta lentamente. "¡Usted!" el exclamó. "¡Si no hubiera sido por ti y tu bocón, esta nave podría estar en el espacio ahora mismo!"

"¡Deja de soplar tus chorros!" espetó Dave Barret. "Quiero ver esta nave en el espacio tanto como tú. Quizá incluso más. Pero escucha, no le tengo miedo a la maldición. Ni tú ni el profesor Hemmingwell. Somos astronautas. Y sabemos el operación de cada pieza de equipo en esa nave. ¿Qué nos va a impedir que la llevemos?"

Connel miró al joven, reconociendo de inmediato el valor de su sugerencia. Asintió secamente con la cabeza. "Está bien," dijo. "Voy a aceptarlo."

Barret sonrió, extendió la mano y, después de un apretón amistoso, se volvió y corrió hacia la oficina del profesor. Connel regresó al exterior del hangar y comenzó a gritar órdenes para que la nave gigante fuera llevada a la rampa de explosión y preparada para el despegue.

Pero Dave Barret no fue directamente a la oficina del profesor Hemmingwell. Hizo una parada. Mirando a su alrededor rápidamente para asegurarse de que no lo observaran, se deslizó en la cabina del teleceptor e hizo una llamada apresurada a un número de Átomo City. Cuando respondió una voz ronca, simplemente dijo tres palabras:

"¡Todo esta listo!"

Roger y Astro estaban a cierta distancia de la pandilla principal, trabajando en la boca del túnel que daba a la zona del hangar.

"Mira, Astro," dijo Roger. "Están sacando la nave. ¡Deben estar listos para despegar!"

Astro detuvo su trabajo momentáneamente y miró mientras el enorme barco salía del hangar, descansando sobre sus aletas de cola, con la nariz apuntando hacia el cielo.

"Seguro que me gustaría estar jugando con la cubierta de energía de ese bebé," suspiró Astro.

"Sí, y daría mis colmillos por ver esa cubierta de radar," dijo Roger. "Debe ser realmente algo con todo el equipo para controlar esos proyectiles cuando son lanzados."

"¿Crees algo de esa charla sobre ella siendo gafe?" preguntó Astro.

"¡Deja de ser un idiota venusiano!" resopló Roger. "Lo único malo de esa nave es un saboteador inteligente que lanza cohetes."

"¿Sabes?," dijo Astro, "he estado pensando."

"No te esfuerces," resopló Roger. Pero cuando Astro no respondió de la misma manera, el cadete rubio se dio cuenta de que hablaba en serio. "¿Qué es?" preguntó.

"¿Por qué, en nombre de las lunas de Marte, querría Barret hacer las cosas que nos hizo?"

"Sencillo," dijo Roger, comenzando a barrer laboriosamente cuando vio al guardia caminar hacia ellos. "No le gustó la forma en que lo maltratamos."

"¿Crees que se estaba vengando de nosotros?" preguntó Astro, también reanudando el trabajo.

"¿Qué otra cosa?" preguntó Roger. "Lo hicimos parecer bastante tonto. Y eso no fue un toque de amor que le di esa noche que lo atrapamos en el hangar."

"Eso es lo que quiero decir," dijo Astro. "Sé que el mayor Connel dijo que se suponía que debía estar allí. Pero con esa conversación del teleceptor que escuché y todo lo demás, bueno, no lo entiendo," concluyó sin convicción.

"Te lo meterás en el cuello si no tienes cuidado," dijo Roger. "¡Aquí viene Spike y no le gusta vernos holgazaneando!"

Los dos cadetes trabajaron de manera constante durante diez minutos, y cuando el guardia finalmente se alejó, se detuvieron para mirar la gran nave de nuevo.

"¿Me pregunto qué estará tramando Tom?," dijo Roger pensativo. "Dijo que sabía quién era el saboteador, pero necesitaba ayuda para demostrarlo."

"Daría un año completo de licencia sólo para tener en mis manos a ese tipo durante diez minutos," dijo Astro.

"Sí," gruñó Roger. "Bueno, vamos, caliente, aún tenemos mucha limpieza por hacer."

Regresaron a su trabajo, pero incluso entonces, mientras observaban los preparativos para el despegue de la gran nave, ambos pensaron en Tom. Sabían que sus problemas eran tan difíciles como los suyos y con mucho más en juego. Si Tom fracasaba en sus esfuerzos por atrapar al saboteador, muy bien podría significar el fin de la unidad Polaris.

# Capítulo 16

"Bump-ty-bump-ty-bump-ty-"

El corazón de Tom Corbett latía con un tamborileo tan rápido y pesado que el joven cadete sintió como si se le fuera a arrancar del pecho.

Durante casi seis horas, Tom había estado esperando en @Salón de la Galaxia, el museo de la Academia Espacial, en el segundo piso del edificio Tower. Estaba escondido en la sección de cola del Space Queen, el primer cohete que abrió una brecha en el espacio de forma segura, volando de la Tierra a la Luna y viceversa. Había vigilado a través de una grieta en el casco del viejo barco, esperando a que se apagaran las luces, una señal de que la Academia se había acostado para pasar la noche.

Ahora, en el silencio del museo, rodeado de los objetos antiguos que trazaban el progreso del hombre hasta las estrellas, Tom sintió ganas de llorar. Durante el tiempo que había estado en la Academia, había reverenciado estos objetos frágiles y toscos y se preguntaba si alguna vez igualaría la valentía de los hombres que los usaban. Ahora, a menos que su plan tuviera éxito, terminaría como cadete y el sueño de ser un oficial de la Guardia Solar se desvanecería para siempre.

El edificio de la Torre había estado en silencio durante más de una hora. Tom no había escuchado ninguna voz o movimiento más que los pasos de los guardias que patrullaban sus solitarios ritmos afuera.

Salió de la nave anticuada y, permaneciendo bien en las sombras, salió al pasillo hasta la parte superior de las escaleras deslizantes. Miró por encima de la barandilla del piso principal de abajo y vio al Oficial de Seguridad Mike McKenny a través de la puerta abierta de una pequeña oficina, sentado en su escritorio, viendo un programa de estéreo por la noche. El joven cadete saltó las escaleras

rápidamente y montó el cinturón móvil de plástico hasta los pisos superiores donde se ubicaban las dependencias de los oficiales.

Tom estaba en gran peligro de ser descubierto. No se permitió a ningún civil en los terrenos de la Academia después de los toques. Y aún vestía la ropa de civil que había sacado de la maleta de la nave de pasajeros de Marte. En silencio, pero con rapidez, se dirigió de un nivel a otro hacia el septuagésimo quinto piso.

Sabía que habría un guardia apostado en los pasillos fuera de los apartamentos de los oficiales y sería imposible eludirlo. Simplemente tendría que mostrarse descarado.

En el septuagésimo quinto piso, el joven cadete se bajó ruidosamente de la escalera deslizante, sus tacones repiquetearon en el suelo de cristal oscuro, y caminó por el pasillo. Inmediatamente fue visto por el guardia que avanzó a su encuentro, con su pistola de rayos lista. Tom estaba preparado.

"¡Guardia!" el grito.

El guardia se detuvo frente a él, con una expresión de desconcierto en su rostro. "¿Sí?" respondió.

"¡Señor!" espetó Tom. "¡Muéstreme dónde están las habitaciones del capitán Strong y sea rápido!"

"Pero ¿quiénes son...?" El guardia empezó a protestar, pero Tom no le dio la oportunidad de terminar.

"¡No te quedes ahí como un idiota, hombre! ¡Muévete!"

"Uhh, sí, señor," tartamudeó el guardia, obviamente desconcertado.

"Dirige el camino," continuó Tom en voz alta. "No tengo mucho tiempo."

—Sí, señor, pero ¿le importaría bajar la voz, señor? Algunos de los oficiales están durmiendo, señor.

"Bueno, ¡sube entonces y deja de parlotear!"

El guardia se volvió rápidamente y echó a andar por el pasillo. Tom lo siguió, casi sin poder evitar sonreír ante la frustración y confusión del hombre.

Se detuvieron en la puerta de las habitaciones del capitán Strong y el guardia llamó suavemente.

"¿Sí?" dijo una voz ahogada desde el interior.

"Alguien que lo vea, señor," llamó el guardia.

"Sólo un momento."

El guardia se hizo a un lado y permaneció rígido. Cuando se abrió la puerta y se reveló al capitán Strong, Tom pasó rozando al guardia y entró en la habitación, hablando rápidamente.

"Mi nombre es Hinkleworth, capitán," anunció. "Estoy aquí a petición del comisionado Jessup para discutir la instalación de nuevos equipos de radar en todos los cruceros cohete de la Guardia Solar."

Tom cerró la puerta de golpe detrás de él y se volvió hacia el asombrado oficial de la Guardia Solar.

"¿Qué demonios...?" Strong comenzó enojado.

"¡Soy yo, capitán Strong!" Tom dijo rápidamente, quitándose el sombrero y bajándose el cuello.

"¡Corbett!" jadeó Strong, dando un paso atrás involuntariamente, su rostro reflejando su incredulidad.

"¡Sh!" susurró el chico, señalando la puerta. Strong recuperó la compostura, pasó junto a él, abrió la puerta y encontró al guardia que seguía allí en posición de firmes.

"Está bien, cabo," dijo Strong. "Reanuda tu estación."

"Sí, señor," respondió el guardia y caminó por el pasillo. Strong lo miró por un momento, luego regresó a su habitación, cerró y trabó la puerta detrás de él. Se enfrentó al joven cadete, quien le sonrió

débilmente.

"Muy bien, astronauta," dijo Strong, dejándose caer en la silla más cercana. "Empiece por el principio y dámelo. ¡Todo!"

Tom comenzó su historia con el incidente del camión fuera de control en Marsport, contó su secuestro y fuga de los dos camioneros, Cag y Monty, sus esfuerzos por llegar a la Academia Espacial, y finalmente reveló la identidad del hombre que pensaba que era responsable de la todo esfuerzo para detener la operación del proyectil.

Al oír esto, Strong se puso de pie de un salto. "¡Eso es lo más fantástico que he escuchado, Corbett!" él chasqueó. "¿Qué tipo de prueba tienes?"

"Ninguno, señor," respondió Tom. "La única razón por la que vine aquí esta noche es para pedirte que me ayudes a conseguir esa prueba."

Cuando Strong guardó silencio y negó con la cabeza, Tom volvió a intentarlo.

"Señor, usted me cree, ¿no es así?" preguntó el chico con un sentimiento de hundimiento en su corazón. "¿Qué pasa con todas las cosas que me han pasado a mí ya Roger y Astro?"

"Puedo explicarlos tan fácilmente como tú puedes explicar tu teoría," respondió Strong. Se acercó y palmeó al cadete en el hombro con simpatía. "Lo siento, Tom," dijo gentilmente. "Tu historia es demasiado fantástica y no tienes ni la más mínima evidencia. Solo unas pocas palabras que un testigo poco confiable dijo bajo coacción."

"Me doy cuenta de eso, señor," respondió el cadete. "Pero ¿no lo ves? Esta es la única forma de limpiar mi nombre."

Strong se volvió hacia la ventana, miró pensativo por un momento y luego se volvió hacia el chico. "¿Cómo crees que puedo ayudarte?" dijo, con una nota más comprensiva en su voz.

Con los ojos brillantes de esperanza de nuevo, Tom habló rápida y

ansiosamente. El capitán de la Guardia Solar empacó tranquilamente su pipa y la encendió, deteniendo al niño de vez en cuando para hacer una pregunta. Finalmente, cuando Tom terminó, Strong asintió y sorbió silenciosamente su pipa.

"¿Y bien, señor?" preguntó Tom con entusiasmo.

"No lo sé, Tom," respondió Strong. "Es una idea bastante descabellada. Y me deja en un aprieto."

"Sólo si fallamos, señor," dijo Tom.

"Lo cual es más que probable," comentó Strong secamente.

—Capitán Strong,"dijo Tom—, si realmente cree que no puede funcionar, le sugiero que llame al guardia y me entregue. Ya le he metido en bastantes problemas. Tom se acercó a la puerta.

"Deja de jugar al héroe, Corbett," dijo Strong. "No dije que no te ayudaría. Pero tenemos que pensar en esto."

Tom se sentó y miró a Strong con esperanza.

"Ahora, déjeme aclarar esto," dijo Strong. "Primero quieres que ayude a Astro y Roger a escapar de la pandilla de trabajo. Está bien, eso puede funcionar con bastante facilidad. Pero ¿por qué?"

"Para que podamos subir a bordo de la nave de proyectiles y hacer sus pruebas con ella."

"Supongo que ha oído que Connel, el profesor Hemmingwell y Dave Barret la aceptarán."

"Sí, señor," respondió Tom, sonriendo. "Por eso quiero ir. Para asegurarme de que no ocurran más accidentes."

"Podría enviar un escuadrón de Marines Espaciales para ese tipo de trabajo," reflexionó Strong.

"Pero eso alertaría a Barret," protestó Tom. "Puede que no intente nada. Si no sospecha que está siendo observado, es posible que podamos atraparlo en el acto. Y ciertamente no pensaría que los



tres estamos a bordo."

"Hum. Tal vez tengas razón," asintió Strong. "Entonces, después de que los consiga a los tres en la nave, se supone que debo pasar mi tiempo rastreando al sospechoso principal, ¿verdad?"

"Sí, señor," asintió el joven cadete.

"Tendré que considerarlo, Tom," dijo Strong después de una pausa momentánea. "Por mucho que admiro tu plan y por mucho que quiera ayudarte, esto me coloca en una posición altamente insostenible. ¿Te has parado a pensar qué me pasaría si alguna vez se supiera que te he refugiado aquí en mi cuartos y ayudó en la fuga de dos cadetes convictos de la banda de trabajo?"

"Sí, señor," respondió Tom con seriedad. "Y todo lo que puedo decir es que haré lo que creas que es mejor."

"Bueno, duerme un poco ahora," suspiró Strong. "Tengo que hacer un recorrido por la guardia."

Sin decir una palabra más, Tom entró en la habitación del capitán Strong y se durmió treinta segundos después de que su cabeza golpeará la almohada. Su último pensamiento al despertar fue que si su plan tenía algún mérito, el capitán Strong lo ayudaría.

Steve Strong no abandonó sus aposentos de inmediato. Se sentó en el sillón y dio una calada pensativa a su pipa hasta que no quedó nada en el cuenco quemado y carbonizado. Luego se levantó y salió de la habitación para hacer sus rondas. Caminó lentamente a través de los pasillos huecos y vacíos del edificio de la Torre, subió y bajó las escaleras deslizantes, habló secamente a los guardias y finalmente salió por los anchos escalones que daban al patio cubierto de hierba.

Strong miró al cielo. Contó las estrellas que podía ver y recordó que cuando tenía ocho años conocía los nombres y las posiciones de cada una. Recordó su entrada a la Academia como cadete y cómo el instructor de su unidad lo había guiado y le había enseñado las muchas cosas que un astronauta debe saber. Pensó en su largo viaje como oficial de línea en la flota de la Guardia Solar al mando del

comandante Walters, entonces mayor, y recordó a sus hermanos oficiales, muchos de los cuales ahora estaban muertos. Había una cosa que todos tenían en común, una cosa que eclipsaba todas las diferencias personales. Una cosa que era casi como una religión. Amistad. Un sentimiento de pertenencia, la certeza de que siempre habrá alguien que creería en ti y en tus ideas.

Una cosa. Amistad.

El capitán Strong giró sobre sus talones, regresó a la Torre y subió por las escaleras deslizantes de regreso a sus habitaciones. Él había tomado una decisión.

# Capítulo 17

"¡Estén listos para levantar la nave!"

El rugido de garganta de toro de Connel resonó a través del intercomunicador de la reluciente nave de proyectiles desde la cubierta de energía donde estaba estacionado Dave Barret, hasta el puente del radar donde el profesor Hemmingwell esperaba ansiosamente.

En la cubierta principal, sentado a los controles, Connel habló rápidamente por el micrófono del audioceptor. "Nave de proyectiles al control de tráfico del puerto espacial," llamó. "¡Solicite autorización para despegue!"

"Control de tráfico del puerto espacial a Connel," respondió una voz por el audio receptor. "Está despejado. ¡Su tiempo es de dos minutos para cero!"

Connel comenzó a hacer chasquear las numerosas palancas e interruptores del panel de control en la secuencia adecuada, sin perder de vista el cronómetro astral que tenía sobre su cabeza mientras una de sus manecillas rojas marcaba los segundos para despegar.

La pantalla del teleceptor a su derecha mostraba una vista de la popa de la embarcación y Connel pudo ver que algunos miembros del personal de tierra retiraban lentamente el equipo de abordaje. Encendiendo el interruptor que abría un circuito a un altavoz externo, gritó una orden para que se despejara el área. La tripulación se escabulló detrás de los deflectores de explosión y observó la nave a través de las gruesas ventanas de cristal.

"Cubierta de energía," llamó Connel por el intercomunicador, "¡regístrate!"

"¡Cubierta de energía, recibido.!" informó Barret.

"Cubierta de radar, regístrese!"

"¡Cubierta de radar, sí!" El profesor Hemmingwell reconoció en voz baja.

"¡Alimente el reactante!" Ordenó Connel.

"Alimentación de reactantes a una tasa D-9," dijo Barret después de una pausa de una fracción de segundo.

"¡Energice las bombas de refrigeración!"

"¡Bombas de enfriamiento, sí!"

"¡Corten los giroscopios de despegue!"

"Gyros on," repitió Barret.

"¡Todo despejado hacia adelante y arriba!" respondió el anciano.

"¡Derecha!" gritó el mayor Connel. "¡Apoyar!"

Tensamente observó cómo la mano roja trepaba por la esfera del cronómetro y agarró con fuerza el micrófono del intercomunicador. "¡Despegue," comenzó, "menos cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero!"

Connel cerró de golpe el interruptor de control maestro y en un instante la nave plateada tembló bajo una tremenda oleada de energía. Las llamas y el humo salieron de su escape y lentamente comenzó a alcanzar el cielo, esforzándose como para romper los lazos invisibles que lo sujetaban a la Tierra. Sus aviones chirriaron tortuosamente, la nave cobró velocidad y luego, de repente, como disparada por un cañón, estalló a través de la atmósfera, hacia el espacio.

Un momento después, en la cubierta de control de la nave, el mayor Connel se inclinó hacia adelante en su silla, se sacudió los efectos de la tremenda aceleración y llamó por el intercomunicador: "¡Encienda los generadores de gravedad!"

Tan pronto como la gravedad artificial estuvo en efecto, el oficial puso la nave en la velocidad de crucero estándar, cambió

ligeramente de rumbo para ponerlos en un rumbo directo a Marte, y luego ordenó a Barret y Hemmingwell que subieran a la cubierta de control.

"Bueno, profesor," dijo mientras le daba al anciano un cordial apretón de manos, "hasta ahora todo bien. Se maneja como un cochecito de bebé. Si los proyectiles funcionan la mitad de bien, ¡realmente tendrá algo!"

El profesor Hemmingwell sonrió agradecido y se volvió hacia Barret, que estaba subiendo por la escotilla desde la cubierta de energía. "Has hecho tanto como cualquiera para ayudar a esta nave a llegar al espacio, Dave," dijo. "¡Gracias!"

"No piense en eso, profesor," respondió Barret alegremente.

"Bueno, ¿comenzamos la primera serie de pruebas?" preguntó Connel.

"¡Por todos los medios!" dijo el profesor con entusiasmo. "¡Si tú y Dave revisan las estaciones de tiro, yo me encargaré del papeleo!"

"Bien," respondió Connel. "¡Vamos, Barret!"

"Trabajaré afuera, mayor," dijo Barret, volviéndose hacia la esclusa de aire. "Ves que todas las cámaras de disparo están cargadas correctamente."

"Cualquier cosa que digas, Barret."

Los dos hombres se apartaron del sonriente profesor y abandonaron la cubierta de control. Se separaron en la escalera, Connel se apresuró a las cámaras de tiro de estribor y Barret se dirigió a la esclusa de aire del centro de la nave, donde se puso un traje espacial para su tarea en el casco.

En dos minutos, el joven científico había descubierto las ampollas de aspecto extraño que marcaban el exterior de las cámaras de disparo que rodeaban el casco.

En cada ampolla, Barret examinó cuidadosamente el tubo de disparo hueco. En varios hizo delicados ajustes a un pequeño anillo

metálico que se extendía desde la abertura del tubo. El anillo era una de las partes más importantes de la unidad de disparo, emitiendo el rayo electrónico de largo alcance que controlaba el vuelo del proyectil.

Mientras tanto, dentro de la nave, Connel verificaba la carga de cada una de las cámaras, asegurándose de que cada uno de los proyectiles torpedol de tres metros de largo estuviera debidamente asegurado en su cuna de detonación. Después de quince minutos y un viaje completo alrededor de la nave, el mayor quedó satisfecho de que todo estaba listo. Regresó a la cubierta de control, se encontró con Barret en el camino, y encontraron al profesor Hemmingwell terminando sus cálculos para la prueba inicial. Se volvió hacia ellos, agitando un papel frente a sus ojos.

"Caballeros," dijo con orgullo, "estamos casi listos. ¡Si ajustan el rumbo quince grados hacia babor, estaremos en la posición adecuada para la prueba!"

"Bien," asintió Connel. "Quédate abajo, Barret."

"En camino," respondió Barret, desapareciendo por la escotilla.

"Bueno, profesor," dijo Connel, acercándose a los controles, "¡este es el gran momento!"

"Sí," asintió Hemmingwell. "Si estos proyectiles de cohetes resultan viables ahora, no hay nada que nos impida continuar con nuestra prueba de los receptores terrestres en Marte de inmediato."

"De la cubierta de energía a la cubierta de control, regístrese!" La voz de Barret de repente crepitó por el intercomunicador.

"Cubierta de control, sí," respondió Connel. "¿Listo para explotar?"

"¡Todo listo!"

"Dame una ráfaga de diez segundos en los cohetes de dirección de estribor," ordenó Connel, agarrando con fuerza el control de la paleta de dirección.

"¡Subiendo!"

Se oyó una explosión repentina y estremecedora procedente de la popa y Connel y Hemmingwell aguantaron sombríos mientras la poderosa nave giraba en el espacio. Observando atentamente los instrumentos del panel de control, Connel apretó el interruptor que abrió los poderosos cohetes de frenado de nariz y detuvo la nave en el espacio.

"¡Por supuesto, profesor, listo para disparar!" Connel anunció triunfalmente, y Hemmingwell tomó su puesto ante el tablero de control de proyectiles gigante.

"¡Prepárate para disparar uno!" dijo el profesor, haciendo un pequeño ajuste en el panel. Detrás de él, Connel cruzó los dedos inconscientemente.

"¡Fuego uno!" gritó Hemmingwell.

Connel apretó un botón rojo en el panel y esperó, conteniendo la respiración. Hubo un silbido distintivo y luego la gran nave se tambaleó levemente. En el teleceptor de arriba apareció un destello blanco, atravesó la pantalla y luego desapareció en la oscuridad del espacio.

"¡Fuego dos!"

De nuevo hubo un silbido y otro estallido de luz blanca se desvaneció en los millones de otros puntos de luz en el vacío negro.

Una y otra vez, a intervalos de un minuto, se dispararon los proyectiles, hasta que las doce cámaras de disparo habían descargado sus misiles de cola de fuego.

El profesor se reclinó y sonrió débilmente a Connel. El brusco mayor le guiñó un ojo de manera alentadora y ambos se volvieron para mirar la pantalla del teleceptor con ansiedad. Los giroscopios de cada proyectil habían sido preestablecidos para un vuelo circular de quince minutos de duración. Pronto regresarían y comenzaría la delicada tarea de llevarlos a bordo a salvo.

"Aquí viene el número uno," gritó Connel, cuando un pequeño puntito de luz apareció en la pantalla.

"¡Estoy listo!" dijo el profesor. Observó atentamente la pantalla del teleceptor, hizo un ajuste minucioso del dial que controlaba el haz direccional emitido por el anillo en la cámara de tiro número uno y, en el último momento posible, accionó el interruptor del control remoto que cortaba la energía en la cámara que se acercaba. prueba de proyectil. Colgó muerto en el espacio, inmediatamente sobre la cámara. Suavemente, el profesor aumentó la potencia del anillo electromagnético y volvió a meter el proyectil en la recámara con la misma facilidad con que deslizaba una mano en un guante.

"¡Éxito!" Connel gritó. "¡Profesor, lo ha logrado!"

"Felicitaciones, señor," llamó Dave Barret por el intercomunicador desde la cubierta de energía.

"Aquí viene el número dos," dijo el profesor Hemmingwell con entusiasmo, y comenzó a repetir el proceso para atraer los proyectiles que se acercaban de regreso a la nave.

Uno tras otro, cinco proyectiles se subieron a bordo con éxito. Luego, mientras trabajaba en el sexto, el profesor comenzó a fruncir el ceño. Volvió a comprobar sus instrumentos y luego negó con la cabeza, obviamente perturbado.

"¿Cuál es el problema?" gruñó Connel, notando el creciente nerviosismo de Hemmingwell.

"El anillo de referencia en el tubo número seis no funciona correctamente," respondió Hemmingwell. "No puedo controlar el proyectil."

"¿Alguna idea de lo que está mal?" preguntó el oficial de la Guardia Solar.

"La configuración del anillo debe ser incorrecta." El profesor cogió el micrófono del intercomunicador. "Dave," llamó, "¡regístrate!"

"¿Sí señor?" respondió Barret de inmediato.

"¿Verificó la configuración de todos los anillos en las cámaras de disparo?"



"Sí, señor," informó Barret. "A mí me parecieron bien. ¿Por qué no consulta con Connel? Él supervisó su instalación."

"Eso es cierto," dijo el mayor. "Saldré y los revisaré."

Connel giró sobre sus talones y corrió hacia la cámara de la esclusa de aire. Moviéndose con una velocidad asombrosa para un hombre grande, se puso el traje espacial en la cámara mientras se igualaba la presión. Tan pronto como se abrió el portal de la esclusa de aire, trepó por el casco y avanzó hacia las abultadas cámaras de tiro. Inclinandose sobre el tubo vacío del número seis, examinó el anillo con cuidado y comenzó a fruncir el ceño. Pasando al número siete, su ceño se profundizó. Para cuando comprobó los anillos del ocho y el nueve, su rostro era una sombría máscara de ira.

"Profesor," llamó por el micrófono de su casco, "regístrese."

"Sí, mayor," respondió Hemmingwell desde la cubierta de control. "¿Has encontrado el problema?"

"Claro que sí," gruñó Connel. ¡Es un sabotaje! Y ahora creo que sé quién...

Connel nunca terminó. Hubo un repentino estallido de energía de la gran nave y el oficial fue lanzado al espacio.

"¡Importante!" gritó Hemmingwell. "¡Barret! ¿Qué has hecho? ¡Connel está afuera!"

"No pude evitarlo, profesor," respondió Barret desde la cubierta de energía. "Mi mano se resbaló y-"

"¡No hables!" gritó Hemmingwell. "¡Detén la nave!"

"¡No puedo! ¡El control está atascado!"

Mientras la nave atravesaba el espacio y el profesor y Barret se gritaban por el intercomunicador, tres cadetes espaciales se levantaron de su escondite en la bodega de la nave.

Tom Corbett dio un codazo a Roger y Astro. "¿Oyes eso?" Dijo

lúgubremente.

"¡Sí!" respondió Roger.

"¡Vamos!" gruñó Astro.

Sin decir una palabra más, abrieron la escotilla y se abrieron paso rápidamente a través del cohete de la nave, cada uno yendo a sus estaciones separadas, de acuerdo con el plan preestablecido. Roger subió al puente del radar, Tom entró en la cubierta de control y Astro irrumpió en la cubierta de energía.

"¡Usted!" Barret gritó, con los ojos muy abiertos por el miedo repentino cuando el enorme venusiano avanzó hacia él amenazadoramente.

"Aléjate de esos controles," gruñó el gran cadete. "¡Si no lo haces, ayúdame, te partiré en dos!"

Barret retrocedió, con el rostro pálido, las manos manoseando el aire frenéticamente como si estuviera tratando de empujar al gran cadete hacia atrás.

"Ven allí," dijo Astro. "¡Siéntate y mantén la boca cerrada!"

En la cubierta de control, Tom se abrochaba a la silla del piloto y llamaba frenéticamente por el intercomunicador: "¡Dame un rumbo, Roger!"

"Un giro de setenta grados a estribor," respondió Roger, "¡y completamente adelante! Tengo el mayor en mi escáner."

"¡Echa el poder, Astro!" gritó Tom, agarrando los controles con firmeza.

Cuando la poderosa nave estalló en un arco largo y amplio, el profesor Hemmingwell se sentó aturdido en su silla, consciente solo de que los tres cadetes estaban llevando la nave de regreso al área donde los proyectiles restantes, completamente fuera de control, zumbaban en el espacio como avispones enloquecidos.

# Capítulo 18

"¡Ahi esta!"

La voz de Roger se elevó hasta convertirse en un grito triunfal en el intercomunicador. "¡Ponle los frenos a este cascarón!"

"¡Cheque!" replicó Astro desde la cubierta de energía, sus dedos volando sobre los interruptores del panel de control y haciendo que la nave se detuviera repentinamente.

En la cubierta de control, Tom se volvió hacia el profesor Hemmingwell. "Voy a salir a buscar al mayor Connel, señor," dijo. "¿Crees que estarás bien?"

El anciano asintió distraídamente, aún aturdido por el repentino giro de los acontecimientos. Tom se apresuró a pasar junto a él y se encontró con Roger que bajaba del puente del radar. "¡Yo también voy!" anunció el cadete de pelo rubio.

"¿Le dijiste a Astro?"

"Sí. Tiene a Barret encerrado en el almacén de la cubierta de energía y se hará cargo de la cubierta de control. ¿Me pregunto si tienen una lancha a reacción a bordo?"

"Lo dudo. No en un vuelo de prueba."

"Tendremos que darnos prisa," dijo Roger cuando llegaron a la esclusa de aire y comenzaron a meterse en los trajes espaciales.

"Sí," respondió Tom. "Probablemente no tenga mucho oxígeno."

"Hay otra razón," gruñó Roger.

"¿Qué?"

"Esos proyectiles. Estamos de vuelta en medio de ellos. Cualquiera de ellos podría arruinar la nave."

"Entiendo lo que quieres decir," dijo Tom. "Supongo que le toca a Astro seguir esquivándolos."

"Nunca pensé que estaría en el espacio esquivando proyectiles calientes para salvar el pellejo del viejo Blast-off Connel."

"Yo tampoco," dijo Tom. "Pero aquí estamos."

Al entrar en la esclusa de aire, rápidamente igualaron la presión y un momento después se subieron al casco.

"¿Lo ves, Roger?" preguntó Tom por el intercomunicador del casco.

"Aún no," respondió Roger.

"Lo veo," dijo Astro desde la cubierta de control. Lo he visto en el teleceptor. Ve a popa, a unas mil, tal vez mil quinientas yardas. Te dirigiré desde allí.

"¡Derecha!" espetó Roger. "¡Y escucha, estúpido venusiano! Hazlo bien. ¡No me gusta ser un pichón de arcilla para esta loca galería de tiro aquí!"

"Aw, humedece tus tubos y ponte a trabajar," dijo Astro arrastrando las palabras. "Honestamente, Tom, ¿alguna vez lo escuchaste no quejarse?"

Tom no respondió. Estaba ocupado fijando dos tanques de oxígeno en la parte delantera de su traje espacial y el de Roger. Cuando terminó, controló la presión y, satisfecho, saludó con la cabeza a su compañero de unidad.

Abriendo las boquillas de las botellas, salieron disparados de la nave hacia la nada del espacio.

"Tienes que ir unos quince grados a estribor y cinco grados hacia arriba en la eclíptica," dijo Astro desde la cubierta de control. "¡Le pegarás a Connel justo en la nariz!"

"¡Derecha!" respondió Tom, girando la boquilla de la botella de oxígeno hacia la izquierda y disparando inmediatamente en la dirección indicada. Roger lo siguió rápida y expertamente.

"¿Verlo?" llamado Tom.

"No," respondió Roger. "¿Estás seguro, gran tonto?"

"¡Está justo encima de ti!" Astro resopló por el intercomunicador. Entonces su voz se elevó en alarma. "¡No! Eso no es-"

"¡Agáchate, Tom!" gritó Roger.

Tom abrió la boquilla de su botella de oxígeno y la giró. Mientras se alejaba disparado, un proyectil atravesó el área que acababa de dejar.

Roger había hecho lo mismo, volteándose y disparándose hacia arriba y alejándose del objeto en movimiento.

"¡Uf!" exclamó Tom. "¡Eso estuvo cerca!"

"¡Estúpido!" rugió Roger. "¿Qué estás tratando de hacernos? ¿Prepararnos para ataúdes?"

"¡Para ti, eso no es una mala idea, Manning!" resopló Astro. "Solo humedece tus tubos. Cometí un error."

"¡Algún error!" gruñó Roger.

Tom y Roger volvieron a maniobrar juntos, y uniendo los brazos para que no se separaran, escudriñaron el vacío a su alrededor en busca de Connel. De repente, Tom se soltó de un tirón. "¡Roger!" gritó.

"¿Qué es?" respondió el cadete. "¿Lo ves a el?"

"¡Allí!" Tom señaló la nave. "¡En la popa! ¡Está colgando del listón sobre los tubos principales!"

"¡Está colgando del listón sobre el tubo principal!" "¡Está colgando del listón sobre el tubo principal!"

"Astro," dijo Roger, "volveremos. Lo hemos visto."

"¡Te oí!" dijo Astro. "Debe haber regresado por sus propios medios."

¡Ve a buscarlo, rápido!"

Girando las boquillas de sus tanques de oxígeno, los dos cadetes dispararon hacia la nave. Rápidamente treparon a la popa donde Connel yacía estirado en el costado del casco, con los brazos extendidos, sus manos enguantadas agarrando la pequeña abrazadera en el costado del casco.

En cuestión de minutos, los dos muchachos tenían al oficial de la Guardia Solar a salvo dentro de la cámara de la esclusa de aire y se habían quitado el casco y el traje espacial. Tenía los ojos cerrados y la cara pálida como la muerte. Tom inmediatamente se colocó una máscara de oxígeno sobre la boca y la nariz, mientras Roger aplicaba unidades de calefacción en las muñecas y el cuello.

Astro irrumpió en la cámara, seguido por el profesor. "¿Estará bien?" Preguntó Hemmingwell con ansiedad.

"No piense en ello, profesor Hummingbird," dijo Roger. "El viejo mayor vendrá en cualquier segundo, y cuando lo haga, retroceda. Lo primero que hará es gritar."

"Roger, el nombre es Hemmingwell," siseó Tom.

"Oh, sí, claro," asintió Roger, y luego se volvió hacia Astro. "¿Barret aún está encerrado?"

"Sí," respondió el venusiano. "Y escondí la llave, para que Connel no pueda alcanzarlo hasta que se enfríe."

"El mayor está llegando," dijo Tom.

Mientras miraban, Connel se agitó, tosió varias veces y luego abrió los ojos. Miró asombrado a Tom, luego se volvió para parpadear incrédulo a Roger y Astro. "¿Qué demonios...?"

"¡Estamos bien, señor!" Tom le aseguró.

"Sí," intervino Roger. "Y no estás en el cielo ni en ningún otro lugar tampoco."

Cuando Connel de repente se sonrojó de ira y se sentó,

Hemingwell habló rápidamente. "Le salvaron la vida, mayor," dijo.

"¿Lo hicieron?" El rostro de Connel se ensombreció de confusión. "No entiendo. ¿Cómo subieron a bordo vosotros tres, de todos modos?"

"Es una larga historia, señor," dijo Tom. "Ahora mismo, tal vez sea mejor que..."

Antes de que el cadete pudiera terminar, hubo un fuerte estrépito y una serie de sacudidas mientras la nave se tambaleaba.

"¡Qué diablos arde!" rugió Connel, poniéndose de pie alarmado.

"¡Los proyectiles!" exclamó Roger. "¡Tenemos que salir de aquí!"

"¡Por los cráteres de la Luna!" gritó Astro. "¡Me olvidé de ellos!"

Tom, Roger, Astro, Hemmingwell y Connel salieron corriendo de la esclusa de aire hacia sus puestos. Astro vertió el poder sin esperar una orden de la cubierta de control y pronto se lanzaron hacia la seguridad del espacio.

Al ver los misiles que volaban salvajemente en la pantalla del teleceptor, Connel exhaló un suspiro de alivio.

"¡Guau!" resopló. "Me alegro de haber salido de ese lío."

"Pero ¿qué vamos a hacer con ellos, señor?" Preguntó Tom, con el ceño fruncido de preocupación arrugando su frente mientras miraba la pantalla. "No podemos dejar esas cosas allí. Algún otro barco puede..."

"No te preocupes," interrumpió Connel bruscamente. "Los proyectiles se quedarán sin combustible en unos minutos y simplemente se desplazarán. Se pueden pescar en cualquier momento."

"Podemos volver a buscarlos nosotros mismos," dijo el joven cadete con entusiasmo. "Roger y yo podemos..."

"¡Tenemos cosas más importantes que hacer ahora!" tronó Connel. Encendiendo el intercomunicador, ordenó a Roger y Astro que se reportaran a la cubierta de control. Aparecieron segundos después de su orden y se enfrentó a los tres cadetes con gravedad.

"Bueno, chicos," preguntó, "¿cuál es la historia?"

"Supongo que será mejor que nos expliquemos, señor," dijo Tom.

"Supongo que será mejor," asintió Connel.

Tom rápidamente repasó la cadena de eventos, comenzando con su secuestro en Marte hasta su aparición en la nave, incluido el papel que había jugado Barret al engañar a Roger y Astro para que se llevaran al explorador. Mientras hablaba, Connel parecía cada vez más asombrado, y cuando Tom finalmente pronunció el nombre del hombre que pensó que era responsable de todo el sabotaje, Connel saltó de su silla.

"¡No puedo creerlo!" el exclamó.

"Casi lo matan hace unos minutos, señor," dijo Tom. "¿Y quién saboteó los anillos? ¡Barret! ¿Quién estaba cerca cada vez que sucedía algo? ¿Quién incitó a la tripulación a evitar llevar esta nave al espacio? ¿Quién difundió el rumor de que estaba maldita? La respuesta a cada una de esas preguntas, señor, es Barret. Y Dave Barret está trabajando para... "

"¡Déjame ver a ese cachorro espacial llorón!" interrumpió Connel, gruñendo su rabia. "¡Lo destrozaré y lo arrojaré a los buitres!"

El comandante enfurecido saltó a la escotilla, pero Astro y Tom le impidieron el paso, con Roger dando un paso rápidamente detrás de él, una pesada llave inglesa en la mano, listo para ayudar en cualquier forma necesaria para someter al oficial aullante.

"¡Intenta matarme!" Connel aulló. "Bueno, yo... yo..."

"¡No, mayor!" gritó Tom. "¡Él es el único que puede ayudarnos a condenar a Carter Devers!"

Connel se detuvo. Se quedó mirando el volumen de Astro y luego se



volvió para ver a Roger tratando de esconder la llave inglesa. "¿Me ibas a pegar con esa cosa, Manning?" gruñó.

Roger tragó saliva. "Sí, señor," dijo. "Si fuera necesario para mantenerlo alejado de Barret, señor. Lo siento, señor."

Connel se volvió para mirar a Tom. "Corbett, debes tener un plan," dijo. "Hagámoslo rápido."

Tom sonrió. "Está bien, señor," comenzó. De repente, por el rabillo del ojo, vio al profesor Hemmingwell desplomarse sobre la cubierta.

Apresuradamente, levantaron al anciano y lo llevaron suavemente al sofá de aceleración cercano. Después de beber un poco de agua que Roger le sirvió, el anciano sonrió débilmente. "Me temo que no tengo la fuerza para soportar toda esta emoción," dijo. Pero ahora comprendo por qué las cosas nunca fueron fáciles para mí. Carter Devers... me hizo esto. Bloqueaba las propuestas cada vez que se presentaban a las delegaciones solares. Él... La cabeza de Hemmingwell cayó hacia atrás. Roger había puesto un sedante en el agua y el anciano ahora estaba inconsciente.

"Es solo fatiga," dijo Connel. "Estará bien en un rato." Se volvió hacia Tom. "¡Está bien, Corbett, continúa!"

Tom concluyó apresuradamente su historia de los eventos que llevaron a su sorprendente aparición en la nave y, mientras hablaba, vio que el ceño del mayor se convertía en una sonrisa radiante. Cuando Tom terminó, Connel de repente extendió su mano en un gesto de amistad.

"Tengo que admitirlo, Corbett," dijo. "Ha hecho un buen trabajo. Y," agregó con un brillo en los ojos, "al acompañarlo, soy cómplice del capitán Strong en la ayuda de tres fugitivos de la Guardia Solar."

Tom, Astro y Roger sonrieron. "Ahora, traigamos a Barret y hagámosle algunas preguntas," continuó Connel. "Y, Manning, si no puedo contenerme, ¡tienes mi permiso para golpearme con esa llave! ¡Pero ayúdame, si me abrochas el cinturón antes de que llegue el momento, doblaré esa llave sobre tu cráneo!"

Mientras Astro y Roger bajaron a buscar a Barret, Connel y Tom revisaron su plan.

"Mejor callamos las noticias por un tiempo," dijo Connel. "Si lo retransmitimos a la Academia, Devers podría volverse inteligente."

"Buena idea, señor," reconoció Tom.

"Pero no puedo entender el motivo de Devers," dijo Connel. "¿Qué puede ganar si este proyecto fracasa?"

"Perderá mucho si tiene éxito," afirmó Tom.

"¡Devers es propietaria de Jilolo Spaceways, la empresa matriz de Universal Jet Trucking y Surface Transportation! Si los proyectiles funcionaran, la entrega de carga de superficie desaparecería."

Antes de que Connel pudiera comentar sobre la sorprendente revelación de Tom, escucharon el sonido de voces enojadas justo afuera de la escotilla de la cubierta de control.

"Deben ser Astro y Roger los que traen a Barret," dijo Tom con una sonrisa.

La escotilla se abrió con un ruido metálico y apareció Astro, llevando a Roger bajo un brazo ya Barret bajo el otro. Los dejó caer a ambos sin ceremonias en la cubierta, pero cuando se pusieron de pie de un salto, Roger cargó hacia adelante rápidamente y aterrizó con un escozor directo en la mandíbula de Barret. El hombre volvió a caer a cubierta como una piedra.

"¡Manning!" rugió Connel. "¿Cuál fue la idea?"

"Quería asegurarme de que me lamía antes de que la Guardia Solar se apoderara de él," respondió Roger, frotándose los nudillos y mirando la forma inerte de Barret.

Astro sonrió tímidamente. "¡Traté de detenerlo, señor!" dijo él.

"¡Apuesto a que intentaste detenerlo!" gritó Connel. "Cadet Manning, usted puso a ese hombre a dormir, ¡ahora lo despierta!"

"¡Sí señor!", dijo Roger, y mientras Connel, Astro y Tom se reían a carcajadas, él vertió una botella entera de agua en la cara de Barret.

# Capítulo 19

"¡No sé de qué estás hablando!"

Gritando enojado, Barret se sentó en una de las sillas del piloto, flanqueado por Roger y Astro, mientras Connel y Tom estaban frente a él haciéndole preguntas.

"Barret," dijo Connel, "tengo suficientes pruebas sobre ti ahora para enviarte a un asteroide prisión durante diez años como mínimo."

"¿Con qué cargo?" preguntó el joven.

"Intentando matar a un oficial de la Guardia Solar."

"¿Dónde está tu prueba?" -preguntó Barret.

"¡Justo ahí!" resopló el mayor Connel, señalando la figura dormida del profesor Hemmingwell.

"¿Qué quieres decir?" -preguntó Barret.

"Juraré que deliberadamente enviaste esta nave a toda velocidad mientras yo estaba en el casco comprobando los anillos."

"No puede," protestó Barret. "¡Estaba en el puente! ¡No podía haber visto nada!"

Tom negó con la cabeza suavemente. "Barret, después de lo que le has hecho a su nave y la operación de proyectiles," dijo, "Hemmingwell jurará cualquier cosa."

"¡Es una trampa!" gritó Barret.

"¿Y qué crees que nos hiciste?" gruñó Roger.

Barret se sonrojó y se alejó. "No puedes asustarme," murmuró. "Adelante. Que jure lo que quiera."

Connel dio un paso atrás con gravedad y se volvió hacia Astro y Roger. "Está bien, muchachos," dijo. "Llévelo abajo y vea si no puede obtener algunas respuestas diferentes de él." El astronauta endurecido le dio la espalda y caminó hacia la ventana.

"¡Vaya, sucia rata espacial!" gritó Barret. "¡No te atreverías!"

"¡Oh, no lo haría!" replicó Roger. "Escucha, amigo, se imagina que te debemos mucho por lo que nos hiciste, ¡y nos está dando la oportunidad de devolverte el dinero!" Se enfrentó a Barret con gravedad. "¡Señor, vas a hacer las cosas bien! ¡Vamos, Astro!"

Mientras el gigante venusiano avanzaba hacia Barret, el hombre se encogió en su silla, los ojos se abrieron con repentino miedo. Cuando Astro extendió su enorme mano y lo agarró por la parte delantera de su chaqueta, gritó de miedo.

"¡Bien, bien!" gritó. "¡Hablaré! ¡Devers lo hizo! ¡Él me obligó a hacerlo! ¡Él es responsable de todo!"

"¡Enciende ese audiograma, Corbett!" gritó Connel.

Tom encendió la máquina y acercó el micrófono a Barret, sosteniéndolo frente a su boca temblorosa.

"¡Está bien, habla!" Connel gruñó. Y cuéntalo todo.

Barret apenas había pronunciado las primeras palabras vacilantes cuando Roger soltó un grito de alarma. "¡Oye! ¡El escáner!" gritó.

Todos se volvieron hacia la pantalla del teleceptor. Para su horror, vieron una forma amenazadora que volaba hacia ellos. Lo reconocieron al instante: ¡un torpedo espacial!

Astro se zambulló a través de la escotilla de la plataforma eléctrica mientras Roger corría hacia la escalera del puente del radar. Tom se arrojó a la silla del copiloto y, con Connel a su lado en la posición de mando, esperó a que Astro le suministrara energía. De repente, la nave tembló violentamente y luego salió disparada hacia adelante cuando, muy por debajo, los escapes de los reactores chirriaron bajo el empuje total de todos los reactores atómicos. Tom manejó los controles con fuerza y mantuvo su ojo en la pantalla del

escáner.

"¡Es un pez girasol magnético!" gritó al ver que el torpedo se curvaba tras ellos. "Roger, ¿puedes conspirarla para mí?"

"¡Trabajando en eso ahora, Tom!" gritó Roger por el intercomunicador.

"¿Cómo diablos salió esa cosa de aquí?" murmuró Connel.

"Temo que más tarde tendremos que preocuparnos por eso, señor," respondió Tom. "Vamos a tener las manos ocupadas para alejarnos de ella. Con esa ojiva magnética, nos seguirá por todo el espacio a menos que podamos deshacernos de ella."

"¡Lo cual tomará algo de tiempo!" gruñó Connel, frunciendo el ceño con profunda preocupación.

"¡Oye Tom!" La voz de Roger llamó por el intercomunicador. "Ahora está disparando al máximo de empuje. Tenemos una muy buena oportunidad. Usa esa idea que resolvimos. ¡Haz una serie de giros a la izquierda y siempre en el plano superior de la eclíptica!"

"¡Derecha!" dijo Tom, agarrando la palanca maestra de control manual y comenzando a volar la nave gigante a través del espacio por "sentir."

"¿Qué diablos estás haciendo, Corbett?" gritó Connel con súbita alarma.

"Sólo espere y observe, señor," respondió Tom, manteniendo sus ojos en el escáner donde podía ver el torpedo espacial siguiéndolos. Una y otra vez, Tom siguió golpeando la nave en giros bruscos a la izquierda, mientras el torpedo lo seguía en un círculo cada vez más estrecho.

"¡Está bien, Tom!" gritó Roger de nuevo. "¡Dale lo mismo a la derecha y al plano inferior de la eclíptica!"

"¡Cheque!" respondió Tom, invirtiendo sus controles y enviando la nave en espiral a través del espacio en un curso opuesto.

Connel agarró los brazos de su silla y jadeó, "¡Ustedes niños son felices con el espacio!"

"Esos giroscopios son tan perfectos, señor," dijo Tom, accionando los controles rápida y suavemente, "que la única forma de desequilibrarlos es confundiéndolos."

"¡Confundirlos!" exclamó Connel.

"Sí, señor," dijo Tom. "Es una teoría que Roger y yo trabajamos juntos. Ningún giróscopo es perfecto, y si puedes hacer que rebote hacia adelante y hacia atrás en giros extremos, se desequilibrará. Entonces todo lo que tenemos que hacer es hacer que el torpedo falle una vez y no volverá."

"¡Que el cielo nos ayude a todos!" fue la respuesta quejumbrosa de Connel.

"¡En la pelota, Tom!" gritó Roger. "¡Ella se está acercando a nosotros!"

"La veo," respondió Tom con calma. "Esperen, todos. ¡Voy a darle la vuelta a este barco!"

Tom sacudió los controles y lanzó la nave a un giro loco y giratorio, sometiendo a la nave a las pruebas de tensión más severas que jamás haya experimentado. El casco gimió y crujió, y el equipo mal colocado se soltó y traqueteó por la cubierta. De repente, el joven cadete niveló la nave.

"¡Cohetes de frenado de nariz, Astro!" él llamó.

"¡Cohetes de frenado, sí!" reconoció el venusiano por el intercomunicador.

En la cubierta de energía, Astro bloqueó el motor de avance y abrió de golpe los cohetes de morro. La nave tembló, se sacudió y finalmente se detuvo con un temblor antes de iniciar un rumbo inverso, acelerando rápidamente.

"¡Aquí viene!" gritó Roger.

Mientras Connel y Tom observaban tensos, el torpedo espacial se alzó grande y amenazador en el escáner, y luego, mientras contenían la respiración, pasó silbando junto al casco plateado de la nave, ¡con menos de dos pies de sobra!

Con un profundo suspiro, Tom volvió a poner la nave en vuelo nivelado. "Estamos bien ahora, señor," dijo. "Sus giroscopios están fuera. No volverá."

"¡Por los cráteres de la Luna!" Connel explotó de repente. "¡La Guardia Solar gasta una fortuna para desarrollar un torpedo espacial infalible y dos cadetes de sabiondo vienen y se alejan de la maldita cosa! ¿Por qué no le has dicho esto a nadie antes?"

—Bueno... er..., "balbuceó Tom—, nunca hemos tenido la oportunidad de demostrarlo, señor.

Detrás de ellos, la escotilla de la plataforma eléctrica se abrió de repente y Astro entró. "¡Buen trabajo, Tom!" él llamó.

"Y en cuanto a ti, simio venusiano," rugió Connel, "¿no te das cuenta de que puedes hacer estallar un tubo de reactor lanzando tanta potencia a una nave sin activar primero las bombas de refrigeración?"

Astro sonrió. "No si abre la derivación, señor," dijo, "y alimenta directamente del depósito de la bomba. El gas enfría el tubo y al mismo tiempo se expande y aumenta el empuje de potencia."

Ante la fácil respuesta de Astro, Connel solo pudo quedarse boquiabierto de asombro. Una vez más, uno de los tres cadetes de la unidad Polaris había desarrollado un procedimiento revolucionario que incluso los mejores científicos de cohetes estarían orgullosos de llamar suyo.

Guiñando un ojo a Tom, Astro se dio la vuelta y de repente notó que Barret estaba tendido en la cubierta, inconsciente.

"¿Lo que le sucedió?" preguntó el gran venusiano.

"Oh, me olvidé de él," dijo Tom. "Supongo que no se subió a una silla de aceleración a tiempo. Será mejor que consiga un poco más



de agua."

"¡No tenemos tiempo para él ahora!" espetó Connel. Átelo bien y bien apretado. Tenemos que averiguar de dónde vino ese torpedo.

Como en respuesta a la orden del mayor, hubo una llamada repentina por el intercomunicador de la nave.

"Puente de radar a la cubierta de control, regístrese!" Había una nota de alarma en la voz de Roger.

Tom saltó al panel de control para responder.

"¡Mazo de control, sí!" espetó en el micrófono.

¡Hay una nave espacial a estribor! llamado Roger. "Distancia veinte kilómetros, quince grados arriba en el plano de la eclíptica. ¡Y juro que está maniobrando para disparar otro torpedo!"

"¡Estén atentos a las estaciones de acción!" rugió Connel, sumergiéndose en su silla frente al panel de control. Tom se abrochó a su lado, mientras Astro corría precipitadamente hacia la cubierta de energía.

"¡Sí!" gritó Roger. "¡Ha disparado un torpedo!"

"¡Levántala! ¡Levántala!" gritó Connel. "¡Diles quiénes somos!" Se volvió hacia Tom. "¡Entra en tu acto, Corbett," dijo, "y hazlo bien!"

Mientras Tom manipulaba los controles de nuevo, la nave plateada se hundió en el espacio, girando y girando en la misma serie de maniobras que había realizado para escapar del primer torpedo. Pero esta vez la distancia que los separaba no era tan grande y el torpedo se acercó rápidamente.

"¿No puedes levantar ese barco aún, Manning?" Connel rugió por el intercomunicador.

"Solo tengo, señor," respondió Roger con voz tensa. "Pero es-"

"Déjame hablar con ese tonto de capitán," interrumpió Connel. "Por las estrellas, le enseñaré a..."

"Es inútil, Connel," dijo una voz ronca por el altavoz de la cubierta de control. "¡Aunque esquivas este torpedo, tengo diez más!"

"¿Quién es?" rugió Connel.

"¿No lo sabes, Connel? ¡Estoy sorprendido!"

La pantalla del teleceptor cobró vida y Tom y Connel se quedaron mirando horrorizados al reconocer las imágenes de tres hombres. El que estaba en primer plano sonrió burlescamente y dijo: "¿Te acuerdas de mí, Connel?"

"¡Devers!" Connel rugió.

"Y los otros dos detrás de él..." tartamudeó Tom. "¡Cag y Monty!"

"Vaya, sucio rastreador espacial," gritó Connel, "¡Te atraparé si es lo último que hago!"

"No, no lo haré, mayor." Devers se rió. "Lo último que harás es besar un torpedo espacial. Entonces no más Major Blast-off Connel, no más lloriqueos del Profesor Hemmingwell, y lo más importante, ¡no más nave de proyectiles!"

Y mientras Devers se reía a carcajadas, Tom lanzó la nave a otro giro violento y gritó: "No sirve de nada, mayor. ¡No puedo esquivar este!"

"¡Todas las manos preparadas para el torpedo!" advirtió Connel.

De repente hubo una explosión a popa. La nave se sacudió y se estremeció violentamente, girando por el espacio, y mientras Tom luchaba contra los controles, todo se volvió negro. La nave se fue a la deriva sin poder hacer nada, fuera de control.

# Capítulo 20

"¡Enciende las luces! ¡Pon las baterías de emergencia!"

El rugido de garganta de toro de Connel recorrió la nave mientras estaba de pie en la cubierta de energía con Astro y le gritó a Tom en la cubierta de control. El torpedo espacial había destruido la popa de la nave, y si no hubiera sido por la rápida acción de Astro para sellar la parte posterior de la nave, todo el aire podría haberse perdido y la tripulación muerta por asfixia.

Un momento después, las luces de emergencia se encendieron débilmente y Connel y el gran cadete venusiano comenzaron una rápida inspección de la nave. La cubierta de energía fue una pérdida total. El barco no volvería a ponerse en marcha.

En el puente del radar, Roger estaba a punto de encender el escáner de radar cuando apareció Tom y lo detuvo.

"Espera un poco, Roger," dijo. "Es posible que necesitemos el poder para otra cosa."

"¿Qué, por ejemplo?" resopló Roger.

"Ese barco aún está ahí fuera, probablemente acercándose para matar."

"Podemos hacer mucho al respecto," gruñó Roger.

"Tengo un plan que podría funcionar," dijo Tom a medias. "Es lo único en lo que puedo pensar, a menos que Connel y Astro tengan una idea mejor."

"¿Qué es? ¡Sea lo que sea, es mejor que sentarse aquí como un pato muerto, esperando que esa rata entre y acabe con nosotros!" dijo Roger. "Mira, sólo tengo que ver qué está haciendo ahí fuera." Encendió el interruptor del escáner y, mientras esperaba que el aparato se calentara, se volvió hacia Tom. "¿Cuál es tu idea?"

"Bueno," comenzó Tom, "lo único que tenemos a bordo que podemos usar para contraatacar son esos proyectiles."

"¿Cómo podemos luchar con proyectiles?" preguntó Roger. "¡No llevan ojivas!"

"No," asintió Tom. "Pero son grandes y pesados. Tienen un gran impacto si golpean algo."

Los ojos de Roger se iluminaron de repente. "Dime, creo..."

El escáner comenzó a emitir un pitido y Roger centró su atención en la pantalla. Tom se inclinó sobre su hombro y miró con impaciencia. Ambos vieron la nave de Devers volando en un círculo lento a su alrededor.

"¡Probablemente buscando ver cuál sería la mejor manera de dejarnos tenerlo!" gruñó Roger.

En ese momento, el mayor Connel se subió al puente del radar, seguido por Astro.

"Es hora de irse," anunció el oficial.

"¿Ir a donde?" preguntó Roger.

"Tenemos que abandonar la nave," declaró Connel. "La cubierta de energía está disparada. Nunca nos pondremos en marcha, y simplemente seremos blancos fáciles si nos quedamos a bordo."

"¿Qué puede evitar que Devers nos detenga mientras estamos afuera?" preguntó Roger.

"Nada," dijo Connel. "Pero tendrá un trabajo más difícil y tal vez no nos atrape a todos."

"Entonces, señor," dijo Tom con una mirada a Roger, "tengo una idea."

"Hagámoslo," dijo Connel.

"Los proyectiles, señor," respondió Tom.

"¿Que hay de ellos?"

"Aún podemos dispararlos con las baterías de emergencia, señor."

"¿Vas al grano, Corbett?" gruñó Connel. Es probable que Devers nos envíe otro torpedo en cualquier segundo y... Connel se detuvo de repente y abrió mucho los ojos. "¡Un torpedo!" jadeó.

"¡Exactamente, señor!" exclamó Tom. "¡Tenemos cinco proyectiles! ¡Podemos usarlos como torpedos!"

"¡Saltando Júpiter!" exclamó Astro. "¡Qué idea tan estupenda!"

"¡Qué fantástico sueño imposible!" espetó Connel. "¡Esos proyectiles no tienen ojivas!"

"Aún podrían causar mucho daño si chocan contra ese barco," afirmó Tom.

"¿Y cómo esperas apuntarlos?" -preguntó Connel. "¡No hay suficiente energía en las baterías para manejarlos!"

"Los dispararemos de frente, señor," interrumpió Roger. "¡Mirar!" continuó, señalando la pantalla del escáner. La nave de Devers nos está dando vueltas ahora. Y está en el mismo plano de la eclíptica. Si mantiene ese rumbo...

"¡Cruzará nuestra proa!" exclamó Astro emocionado. "¡Un tiro perfecto!"

"¡Ridículo!" gritó Connel. "¡Absurdo! ¡Nunca funcionará en un millón de años luz! ¡Disparará otro torpedo y seremos convertidos en polvo espacial!"

"Pero podemos intentarlo, ¿no es así, señor?" preguntó Tom, sonriendo.

"¡Por supuesto que podemos!" rugió Connel. "Nunca he renunciado a una batalla aún y, por las estrellas, ¡no lo haré ahora!"

Olvidando el rango y el protocolo, los tres cadetes bailaron alrededor del mayor, le dieron palmadas en la espalda y aullaron de

entusiasmo. Connel no pudo contener una sonrisa momentánea y luego sus rasgos asumieron su habitual aspecto de bulldog.

"¡Ya basta!" él gritó. "Tenemos trabajo que hacer. ¡Manning!"

"¿Sí señor?"

"¡Mantén tus ojos clavados en ese escáner!" Connel gritó. "¡Canta si Devers cambia de rumbo ni por un pelo!"

"¡Ya ya señor!"

"¡Astro!"

"¿Señor?"

"Ponga trajes espaciales al profesor Hemmingwell y Barret y espere con ellos en la cubierta de control."

"¡Ya ya señor!"

"Corbett, tú y yo revisaremos los proyectiles. ¡Asegúrate de que estén en orden de disparo!"

Girando sobre sus talones, Connel abandonó el puente del radar. Solo por un instante, los tres cadetes de la unidad Polaris se tomaron de las manos en silenciosa determinación y luego se sumergieron en sus diversas asignaciones.

Cinco minutos después, Connel y Tom regresaron a la cubierta de control para encontrar a Astro esperándolos. El profesor Hemmingwell y Barret, ambos con trajes espaciales, estaban sentados en sofás de aceleración. Mientras Connel se acercaba a él, Hemmingwell levantó la cabeza lentamente, aún bajo los efectos del sedante.

"¿Qué... qué está pasando, mayor?" preguntó vacilante.

—Profesor,"dijo Connel—, va a suceder una de dos cosas. ¡O su nave se convertirá en polvo espacial o Carter Devers estará terminado y traeremos su nave de regreso a la Tierra!

"Bien, bien," murmuró Hemmingwell.

"Y en cuanto a ti, Barret" -Connel se volvió hacia el hombre enojado- "¡ahora puedes ver qué tipo de agradecimiento recibes por tu trabajo sucio! Tu jefe está tan dispuesto a deshacerse de ti como a destruir este proyecto.!"

Barret se sonrojó bajo la mirada de Connel y se alejó.

En el panel de control, Tom abrió los circuitos de las cinco cámaras de disparo cargadas y luego se volvió hacia Connel. "¡Todo listo para el fuego, señor!" él llamó.

"¿Alguna noticia de Manning?" preguntó Connel.

"No mientras esté aquí," respondió Astro.

Connel cogió el micrófono del intercomunicador. "¡Hola, Manning!" él gritó. "¿Cuál es la historia?"

"Pasando al último capítulo," respondió Roger por el intercomunicador. Devers mantiene el rumbo. ¡Debería cruzar nuestra proa en dos minutos!

"Bien," respondió Connel. "¡Que nos mantengais!"

Reemplazando el micrófono, se volvió hacia Tom. "¡Tonto estúpido!" resopló. "Debería haber disparado otro torpedo y aniquilarnos. ¿Qué le pasa?" Connel aborrecía la estupidez, incluso en un adversario.

"Quizá él piensa que ya lo hemos tenido," sugirió Astro. "Con nuestra popa arruinada, podría imaginarse que todo el aire ha salido de la nave."

"Esperemos que siga pensando de esa manera," dijo Connel. "¿Todo listo para disparar, Corbett?"

"Todo listo, señor," respondió el joven cadete. "He conectado todos los circuitos a este botón." Señaló un botón en el panel de control. "Vamos a disparar en salva."

"Oh, lo haremos, ¿verdad?" exclamó Connel.

"Si crees que es aconsejable," se apresuró a enmendar Tom.

"¡Por supuesto que es aconsejable!" resopló Connel. "Estamos casi apuntando a ciegas. Una salva nos dará una mayor extensión. Además," agregó, "con un barril de suerte, podríamos golpearlo con dos de los proyectiles. Eso realmente haría algún daño." "

"Me gustaría un poquito de suerte," murmuró Astro, "y poder conseguir uno."

"¡Atención, allá abajo!" La voz de Roger de repente cantó en el intercomunicador.

"¿Devers ya ha cruzado nuestra proa?" preguntó Tom.

"Aún está en curso," dijo Roger. "Pero está entrenando su tubo de estribor número uno de esta manera. ¡Nos va a volar de nuevo!"

"¿Cuánto tiempo tenemos que esperar por ese tiro de arco?" - preguntó Connel.

"¡Otros cuarenta y cinco segundos al menos!" fue la respuesta de Roger.

"¡Maldita sea!" murmuró Connel. "Mucho tiempo para que dispare."

Barret se levantó repentinamente de su sillón de aceleración, gritando: "¡No puedes retenerme aquí! ¡Déjame ir!"

Astro lo agarró rápidamente y lo tiró al suelo. "Quédate quieto," gruñó.

"No," gritó Barret, frenético de miedo. "¡Es un asesinato! ¡Déjame ir!"

"Relájate y disfrútalo, Barret," resopló Connel. "¡Es tu jefe quien lo está haciendo!"

"¿Qué pasa con el profesor Hemmingwell, señor?" preguntó Tom. "¿No deberíamos—?"



"No," dijo Hemmingwell desde su aturdimiento. "Quiero quedarme en mi barco."

"¡Oye!" Roger lloró por el intercomunicador. "¡Tenemos compañía!"

"¿Empresa?" exclamó Tom. "¿De qué estás hablando?"

"Un crucero de la Guardia Solar," respondió Roger. "Llegando al puerto. A unas quinientas kilómetros de distancia. ¡Eh! ¡Es la Polaris!"

"¡Debe ser el capitán Strong!" gritó Tom.

"No nos servirá de mucho ahora," murmuró Connel. "¿Cuánto tiempo tenemos, Roger?"

"Siéntate allí. Sólo otros diez segundos y Devers estará en nuestra proa."

"¡En la pelota, Tom!" ordenó Connel.

"Listo, señor."

Los segundos pasaban lentamente. Una, dos, tres, cuatro, gotas de sudor aparecieron en la frente de Connel. Astro cerró y abrió los puños. Hemmingwell cerró los ojos con calma y esperó. Barret se desplomó en su sofá, casi paralizado por el miedo.

"¡Subiendo, Tom!" gritó Roger.

Tom no respondió. Mantuvo los dedos en el botón de disparo. Y los segundos transcurrieron lenta y desesperadamente. Siete, ocho, nueve!

"Han disparado," gritó Roger. "¡A quemarropa! ¡Lo conseguiremos!"

"¡Fuego, Tom!" gritó Connel.

Incluso mientras Connel hablaba, el dedo de Tom presionó con fuerza el botón de disparo. La nave se estremeció cuando cinco proyectiles salieron disparados de las cámaras de disparo y volaron en su camino mortal a través del espacio. La sala de control de la

nave estaba en silencio, todos esperando el impacto del torpedo y rezando para que de alguna manera, de alguna manera, pudieran saber si su propio ataque había tenido éxito aunque perdían sus propias vidas en el intento de destruir la nave de Devers.

Hubo un rugido repentino y estruendoso y un destello de luz blanca brillante llenó la cabina. La cubierta se agitó violentamente y luego cayó de forma repugnante. Bajo la fuerza de la explosión, todos fueron arrojados a la cubierta y quedaron mortalmente quietos.

En la sala de oficiales del crucero espacial a la Polaris, el capitán Strong, el mayor Connel, el Profesor Hemmingwell, Roger y Astro estaban tomando té y discutiendo con calma los acontecimientos de la última hora.

"Su nave no se ha dañado demasiado, profesor," dijo Strong. "La llevaremos a remolque y la llevaremos de regreso a la Academia Espacial. Estará como nueva."

"Me temo que tendrá que prescindir de los servicios de Dave Barret, señor," comentó Connel secamente. "Tiene un compromiso anterior en un asteroide prisión y le llevará mucho tiempo."

"Puedo hacerlo muy bien sin él," dijo Hemmingwell. "De hecho, me hubiera ido muy bien sin él antes." Hizo una pausa y negó con la cabeza. "Me siento tan avergonzado de mí mismo cuando pienso en las cosas que les dije a esos chicos." Señaló con la cabeza a Astro y Roger. "Y todo el tiempo tenían razón."

Astro sonrió tímidamente. Roger estaba a punto de abrir la boca y hacer un comentario típico cuando se abrió la escotilla y apareció Tom, con una venda cubriendo su cabeza. Los dos cadetes saltaron hacia él y lo hundieron con afectuosas palmaditas en la espalda.

"¡Espera un minuto!" gritó Tom. "Estoy herido. ¡Mira mi cabeza!"

"¡No podrías haber golpeado el panel de control con nada mejor!" resopló Connel.

"Pero ¿qué pasó?" preguntó Tom.

"Dos de los proyectiles impactaron en la nave de Devers," dijo

Roger. "Uno de ellos en la cubierta de energía. ¡Debe haber destrozado los tanques de reacción y haber convertido el material en un gato montés, porque lo voló hasta convertirlo en polvo de cohete!"

"¡Los proyectiles volaron la nave de Devers en polvo de cohete!"

"¡Los proyectiles volaron la nave de Devers en polvo de cohete!"

Nota

"¡Pero su torpedo! ¡Disparó al mismo tiempo!" dijo Tom.

"Esta unidad es la más afortunada del universo," dijo Roger con orgullo. "Uno de los otros proyectiles golpeó el torpedo y explotó la ojiva. ¡Fuimos rebotados por la onda de choque, pero eso es todo!"

"Bueno, seré un ratón marciano," suspiró Tom. "¿Entonces todo está bien ahora?"

"En lo que a vosotros tres concierne, es perfecto," dijo Strong. "Barret lo ha derramado todo. ¡Quedas libre de todos los cargos!"

"¿Qué hay de Pat Troy?" preguntó Tom.

"Él también está libre," dijo Strong. "Puede recordar que se negó a decirnos para quién trabajaba además del profesor Hemmingwell y eso nos hizo sospechar de él. Bueno, descubrimos, cuando recuperó la conciencia hace poco tiempo, que es un agente de seguridad del Solar Alliance Council. Le habían asignado trabajar con el profesor y ayudar a protegerlo. Barret ha admitido que intentó asesinar a Troy."

"¡Humph!" resopló Connel, levantándose de repente.

La habitación estaba intensamente silenciosa y Tom, Astro y Roger sintieron que se acercaba algo. Strong apenas pudo reprimir una sonrisa cuando Connel sacó un papel de su túnica.

"Este mensaje fue recibido hace apenas quince minutos," dijo. "Dice, cita, mayor Connel, Guardia Solar. Con referencia a la Operación Proyectil Espacial, nos ha llegado información de que la unidad Space Cadet, conocida como la unidad Polaris, ha contribuido de

una manera sobresaliente y extraordinaria a la finalización exitosa de este proyecto de gran valor. Como oficial superior de línea de la Academia, por la presente se le solicita que otorgue a esta unidad alguna forma de expresión de gratitud de este Consejo por su comportamiento notable e inspirado frente a las adversidades implacables. Firmado, Secretario General: Consejo Solar, Venuspuerto, Venus. 14 de junio de 2354, cita final."

Connel deslizó el papel dentro de su túnica y se enfrentó a los tres cadetes.

"¡Muy bien, lo escuchaste!" gruñó. "Y te lo mereces. Tienes tres semanas de licencia. Pero cuando vuelvas," añadió, "¡cuidado!"

"¡Oh, por la vida de un cadete espacial!" dijo Tom, sonriendo a sus compañeros de unidad. "¡Es maravilloso!"

**FIN**